



BIBLIOTECA

AMENA

XII

2
13

B.P. de Soria



61120504

D-2 23613

D-2
23613

LA COMEDIA HUMANA

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA COMEDIA HUMANA

CONFERENCIA FAMILIAR



111085

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

ES PROPIEDAD



Monseñor (1),

SEÑORAS, SEÑORES:



OLVÍA yo del campo este último Setiembre, cuando brotó en mi mente la idea de la conferencia que vais á oír. Era una tarde encantadora; en lo más bajo ya del horizonte aparecía el sol ceñido de una nube como de una banda sombría, de la cual se desbordaban los postreros rayos, arrebolando el cielo y matizando con reflejos de nácar las yerbas de la vasta campiña que se extendía ante mis ojos, semejante á un gran desierto. Los trigos, ya segados, yacían en montones, mientras que las avenas, aún en pie, se balan-

(1) Mons. Boermans, Obispo de Ruremonde.

ceaban dulcemente mecidas por la brisa, que hacía sonar sus campanillas de oro, y de pasada por los prados, recogía en sus alas el penetrante aroma del rosado trébol. Árboles añosos ostentaban á mi derecha su copa sombría, á manera de ropón tendido sobre las espaldas de la tierra; y á mi izquierda, allá en lontananza, se destacaban sobre lo alto de una colina, en hilada monótona, los plátanos de una carretera... Yo entonces ni veía ni oía cosa alguna de este mundo: y me hubiera creído solo en medio de la naturaleza, á no ser por las alondras, que á bandadas se levantaban por los aires susurrando su breve estribillo de otoño. Sobre aquel inmenso panorama reinaba el silencio sublime de la campiña, ese silencio dulce, sereno, apacible, con que descansa el espíritu y el alma recobra su vigoroso temple.

¡Cómo gozaba yo, Señores!... También vosotros habréis saboreado el encanto de la soledad y del silencio, y como yo, habréis experimentado aquella sensación deliciosa que pone en olvido las cosas todas de los hombres y del mundo, sumergiéndonos en la paz de la naturaleza y del campo.

¡Y es tan dulce entonces soñar! ¡Tiene uno el corazón tan abierto á lo ideal!... Yo, ciertamente, soñaba.

Mas de pronto, desemboca en el camino un perrazo recién desatado, que, evidentemente, iba de merodeo; se me planta cara á cara, y erguida la cabeza y con las orejas enfiladas, se pone á contemplarme en ademán de sondear mi carácter é intenciones, hasta que, por fin, avergonzado sin duda y presa de remordimientos, dió media vuelta y á todo correr desapareció por donde había venido.

El tal suceso, francamente, desvaneció un poco mis ensueños: fué como una aparición del mal en el cielo purísimo por donde bogaba mi espíritu. Pero dije para mis adentros: ¡Vaya! ese pobre perro no pasa de ser bestia; quizás tenga índole noble, y se la habrán resabiado á fuerza de palos; y al fin y al cabo, para un perro, no es poca recomendación conservar el alma accesible á los remordimientos.

Mientras reanudaba mis fantasías, el camino se fué poco á poco encajonando, y en una revuelta me encontré á pocos pasos de una rapazuela desgñada, que en lo alto del ribazo estaba contemplando, sin reparar en mí, una pieza de nabos. Decidióse al fin por uno, le agarró con ambas manos por el penacho de hojas, y al primer tirón logró arrancarlo; pero ¡ay! el arranque fué tan excesivo, que flaqueando las piernas, venció hacia atrás el cuerpo,

y la pobrecita dió consigo en tierra. Como al dar la voltereta reparó en mí, caer, soltar la presa y levantarse todo fué uno; y se puso muy serena á mirarme, y en seguida, al pasar junto á ella, con la sonrisa de la más delicada inocencia, «¡Padre, me dijo, una estampa!» ¡La muy ladronzuela, una estampa!—respondí yo para mi capote.

Y ya me retozaba en los labios un discurso sobre el derecho de propiedad; pero aquella ingenuidad ó arte, ó lo que fuera, me desarmó, y—os lo confieso—le di la estampa.

Á los pocos pasos volví la cabeza. ¡Ya estaba con su nabo entre ambas manos, y clavando en él las blancas hileras de sus dientes!

Aquella comedianta en miniatura apenas si contaba nueve años; y, sin embargo, era ya tan hábil en su oficio!

Esto me sumergió en la realidad de la vida humana, y... ¡adiós ensueños míos! Además, me iba ya internando entre casas y hombres: ¿cómo seguir soñando?

Pero se me quedó tan grabada la idea de comedia, que determiné hablaros de ella algún día. Ese día es hoy.

De entonces acá he vuelto á leer *El Misántropo*; y aunque no pienso caer en sus rarezas, ello es que, cada vez que repito su lectura, sin perjuicio de réfrme de él un poquillo, no puedo menos de amarle como á hombre honrado. Y diría gustoso con Elianta:

«Muy raro es; mas su rareza
No quita que yo le estime;
Y algo de noble y sublime
Tiene su misma franqueza».

Y tengo para mí que jamás faltará quien le ame.

Y, al fin, cuando huyendo de Celimena, que le había engañado, y aun de la misma Elianta, se le ve correr

«Buscando con ansiedad
Algún rincón apartado
Donde aún haya libertad
De vivir como hombre honrado»;

siente una inclinación de seguirle á aquella tierra de rectitud y lealtad, para cobijarse con él bajo un cielo sin nubes, donde la lengua fuera fiel intérprete del alma limpia, donde las palabras no sirvieran para embozar los pensamientos, donde ni el gesto, ni la sonrisa, ni los ojos se emplearan para enmascarar los corazones.

Tiene horas la vida en que es una desventura para el hombre no poder leer en el corazón de los demás, no poder contemplar en toda su desnudez el fondo de las almas.

Estos cuerpos con que Dios las ha enmuralado, las defienden tan bien, que nadie, sino Él, puede penetrar en ellas.

De ahí, Señores, esa necesidad, ese anhelo, esa sed de sinceridad que devora al hombre. Todos la quieren, la exigen, la imponen. Exigencia legítima, si en cambio de la sinceridad que pedimos á los demás, estuviéramos siempre dispuestos á otorgarles la nuestra.

¿Quién no comprende que esto es necesario, y que no cabe entre los hombres relación alguna duradera, sino á condición de reinar entre ellos la sinceridad, sin la cual es imposible el comercio de las almas?

Parece, pues, que la sinceridad debía ser la cosa más natural en nuestras sociedades; que á cada paso debíamos encontrarla, y que á mayor altura de civilización había de corresponder necesariamente una sinceridad más generalizada.

Pues no, Señores.

Para dar con la sinceridad ingenua, hay que retroceder á las civilizaciones próximas al estado salvaje; y en las tales se llama rudeza.

Fuera de allí no la veréis en ninguna parte: el más palurdo de los aldeanos se da prisa á despojarse de ella, para llegar á la altura envidiable de hombre astuto.

Fenómeno singular, pero no por eso menos verdadero, y que todos habréis observado.

Mirad el mundo desde arriba. Cierto que encontraréis en él almas sinceras; pero ¡qué pocas! Y aun esas tienen sus ratos de cansancio; aun esas ceden de vez en cuándo á la costumbre y al convencionalismo: la oleada de los demás las arrastra, y la impresión que os quedará del conjunto será la de una comedia universal. Id más al fondo; continuad mirando: veréis—y esto es lo más triste—veréis cómo vosotros, vosotros mismos, responderéis muy á punto—eso sí, con mucha corrección—en esta comedia universal.

Descubrimiento triste, es cierto, pero al mismo tiempo, magnífico homenaje prestado á la virtud. Actores somos en la comedia, mas siempre para cubrirnos con sus apariencias y ataviarnos con sus colores. ¡La virtud!... harto sabemos todos que no tenemos sino andrajos, y por eso nos amparamos de ella para cubrirnos bajo su manto. Muy querida nos debe de ser, cuando así anhelamos llevar por lo menos su máscara; muy hermosa nos debe

de parecer, cuando tanto nos esforzamos en componer nuestros labios y nuestras frentes de manera que remeden su fisonomía. ¡Ah! hermosa, sí; querida, también: ¡lástima que nos sea tan dura! ¡Cuánto cuesta llegar á impregnar de ella el corazón!... Es mucho más fácil contrahacer sus actitudes, y con eso nos contentamos.

No voy á seguir ahora al hombre en la variedad infinita de papeles que representa al cabo de la vida; pero sí os he de señalar alguno que otro; y lo he de estudiar en vosotros, para que el análisis sea más luminoso.

Todas las relaciones del hombre con sus semejantes las formuló Cristo en una palabra de incomparable profundidad: «Ama á tu prójimo como á ti mismo». Desarrolladas las consecuencias que entraña esta ley, veréis surgir una filiación de virtudes excelentes: respeto, caridad, bondad, benevolencia, dulzura, indulgencia, perdón: todas las limosnas, todas las abnegaciones, todos los sacrificios. Imaginaos una sociedad donde reinen estas virtudes, y tendréis la sociedad ideal, casi el paraíso.

Pero el paraíso, Señores, está lejos de nosotros.

¿Con qué lo hemos reemplazado? Con el manual de urbanidad y cortesía.

Notad que yo no me río de eso. Despojad las reglas de urbanidad, por infantiles que sean, de ciertos pormenores variables, de algunas fórmulas debidas más á la moda del día que á la exigencia íntima de las cosas; y veréis cómo esas reglas tienen su apoyo en las virtudes que acabo de mencionar: bondad, benevolencia, condescendencia, olvido de sí, y otras.

Las reglas de urbanidad son el exterior y los modales propios de la virtud, tanto, que ella las adopta espontáneamente. ¿Dónde está, pues, nuestro yerro?

En dejar á un lado la virtud y quedarnos con solo sus visos.

Así se sacrifica la sinceridad y comienza la comedia.

En *El Misántropo*, que ya he mencionado, anuncian á Celimena la visita de una beata, Arsinoe.

«—Señora, Arsinoe os llama.
CELIM. ¿Qué me querrá esa mujer?
¿Qué buscará aquí?
—Doquier
De gran beata lleva fama...»

En seguida comienza á hacer un retrato sincerísimo de la importuna visitadora.

CÉLIM. «¡Ah! sí, mojigata pura!
Mundana de alma, en el mar
Cual otras quiere pescar,
Aunque en vano lo procura;
Y es tal su envidia, que menos
Su corazón se alborota
Al ver la propia derrota
Que ante los triunfos ajenos.
De aquí ese celo que raja,
Y en perpetua corajina
Contra el mundo ciego trina
Que á la virtud así ultraja.
En forzada soledad,
Devorando mal su encono,
Quiere encubrir su abandono
Con velo de santidad,
Y por alabar con creces
De su celo la eficacia,
Llama crimen á la gracia
Con que otras pescan los peces.
Pero bien se le trasluce
Que holgara tener galán,
Pues no oculta el tierno afán
Que mi Alceste le produce;
Y en su pasión importuna,
La merced que él me dispensa
La toma ella por ofensa
Y por robo mi fortuna.
Y tan mal guarda en su pecho
Este dolor, que donde halla
Ocasión, al punto estalla
Contra mí en furia deshecho.
En suma, que jamás vi
Otra gazmoña en mi vida
Ni más necia y presumida
Ni más fastidiosa, ni...»

Ábrese en este momento la puerta, y al ver á Arsinoe, cambia bruscamente de estilo.

«¡Jesús! ¿qué dicha tan buena
Os trae por aquí ahora?
Os digo en verdad, señora,
Que estaba como alma en pena.
—El santo deber de haceros
Una advertencia, que es justo
Me oigáis...

CELIM. —¡Dios mío, qué gusto
Tan grande siento de veros!»

Algo viejo es el ejemplo—ya lo veo—pero ¿ha pasado ya de moda? ¿Os parece así á vosotros? Lo que es yo, digo que no han muerto aún ni todas las Celimenas ni todas las Arsinoes.

En el ejemplo aducido se presenta la comedia en toda su crudeza.

Y bien veo que en semejantes circunstancias la sinceridad hubiera tenido sus inconvenientes.

Pero hay un término medio: la virtud.

La virtud hubiera hecho que os resignaseis.

—¿Resignarme cuando estoy rabiando?

Es que la virtud os quitaría esa rabia.

—Pero me quedaría dentro el hastío.

Corriente; mas habiendo virtud, lo sobrellevaríais con paciente benevolencia, y hasta con gozo; porque—notadlo bien—es propio de la virtud complacerse y regocijarse en el venci-

miento propio. Aun sin desechar el hastío, hubiera sido sincera Celimena al exclamar:

«¡Dos mío, que gusto
Tan grande siento de veros!»

Recordad una á una toda la serie de convenciones que exige de vosotros la cortesía, y veréis que os encierran en esta disyuntiva: ó virtud ó comedia. Elegid.

He ahí el primer homenaje tributado á la virtud.

Toda sociedad culta adopta por lo menos los modales de una sociedad virtuosa.

Pero, Señores, el papel de comediante tiene sus dificultades; hay que ser muy artista para coger el acento á la virtud y expresarlo con precisión. La naturaleza tiene su aire propio, que nadie acaba jamás de imitar; todos fallan al pretenderlo, unos por carta de más, otros por carta de menos.

De ahí un sin fin de convenciones que nada tienen que ver con la virtud, y sin embargo, logran el respeto del mundo, el cual las aprueba y se acomoda á ellas sin darse cuenta de lo frívolas y vanas que son. Convenciones en el len-

guaje familiar; convenciones en las bellas letras; convenciones hasta en la moral.

Convenciones en el lenguaje. Y si no, ¡cuántas cosas hay absolutamente inofensivas é indiferentes, cuyos nombres, sin embargo, todos tenéis sumo cuidado en que no resuenen jamás en vuestros labios! ¡Cuántas veces, al escapárseles á vuestros niños, que en su candorosa ingenuidad no han llegado aún á tales refinamientos, les ponéis cara seria con la consabida admonición: «¡Esas cosas no se dicen!»

Cuenta DÍCKENS que los puritanos de Filadelfia revestían de muselina hasta los pies de los pianos porque no apareciesen desnudos. Y nosotros mismos nos reímos de las «melindrosas» de Molière y de esas pobres señoritas que se sonrojan y se estremecen á la vista de una *liga*. ¡Cielos santos! poco tienen que envidiar á los del «gran siglo» los melindres que en el día se estilan. Por todas partes estamos viendo *ligas* y poniendo *medias* de muselina. ¿Somos en esto más cuerdos? ¿Es esto virtud?

No nos atrevemos á llamar gato al gato, y en cambio, con nombres más delicados le colmamos de caricias.

Y no digo nada del convencionalismo literario y artístico; nuestra generación está en vías de sacudir el yugo. Bien que, desdichadamente,

se extralimita por la banda opuesta, y alardeando de sincera, se hace brutal.

Convencionalismo en la moral. Sí, Señores, el mundo se ha forjado una moral de pura convención: y cuenta, que hablo del mundo cristiano; no de ese otro mundo que, por su falta de creencias, parece que tiene más derecho á ciertas anchuras y aun á dejar á un lado la moral.

Este convencionalismo moral distingue entre la vida pública y la privada, y os permite despreciar á un hombre en lo íntimo de vuestro corazón y saludarle llamándole «mi distinguido amigo». Gracias á él os es dado ignorar una porción de cosas que conocéis á maravilla, y guardar oficialmente en silencio lo que es asunto inagotable de vuestras conversaciones íntimas.

«Se sabe que es un bribón
Que por los medios más feos
Ha escalado los empleos
Más altos de la nación.

Y ante los rayos que arroja
Su suerte desde la cima,
Padece el mérito grima
Y la virtud se sonroja.

Llamadle en ausencia truhán,
Decid de él que es un infame:
No habrá nadie que reclame,
Todos os aplaudirán.

Más si él viene, á toda prisa
Volverán todos la hoja,
Y no habrá quien no le acoja
Bañada la cara en risa.

¿Propone? Nadie resiste;
¿Pretende? Todo lo alcanza;
Siempre vence la balanza
De la parte que él insiste.
Que adorado de mil modos,
Triunfa doquier sin disputa;
Y empuñando él la batuta,
Á su compás bailan todos».

Si algún inocente se extraña ó habla según el leal sentir de su conciencia, al punto le estáis amonestando como á los niños: «¡Esas cosas no se dicen!»

—Pero ¡si no digo más de lo que sé!

—¡Esas cosas no se deben saber!

—Pero ¡si yo las he visto!

—¡Esas cosas no se deben ver!

—Pero ¡si las he oído!

—¡Esas cosas no se deben oír!

—Pero ¡si V. mismo, V.!...

—¡Yo?... ¡Vamos! ¿Estamos solos? ¿Están cerradas las puertas? Pues bien, sí, saberlo... lo sé yo también; lo he oído, lo he visto. Pero está admitido ya en sociedad no saber, ni ver, ni oír delante de otros.

Esto me recuerda á aquel que repartía sus oídos de manera, que reservaba el uno para las lenguas sabias y el otro para las vulgares. Solo que nosotros nos distribuimos por entero, y tenemos dos caras, una oficial y otra íntima; y así, por el estilo, dos corazones, dos lenguas y dos manos.

¡Ah! Señores, ¡cuánto más me gusta á mí nuestro lado íntimo, es decir, el verdadero, el bueno, y por rudo que sea, sincero!

Recuerdo que allá por los días en que apareció aquel libro que saca sangre á todo corazón cristiano, *La Vida de Jesús*, habiéndose encontrado casualmente su autor con un militar en un salón elegante de París, adelantóse á saludarle y le alargó la mano. Pero el oficial dió un paso atrás, y, clavando en el apóstata una mirada tan noble como altiva, «¡No, señor, le dijo, yo no estrecho la mano que ha abofeteado á mi Dios!»

¡Indudablemente, aquel oficial se mostró muy descortés!...

En la ley antigua había crímenes que Dios castigaba con pena de muerte. «Cogeréis al culpable, decía, le sacaréis fuera del campamento, y le mataréis á pedradas: no quiero que el infame habite en medio de mi pueblo». Pero entre nosotros, ¡cuántos hay que explotan la blandura de la nueva ley! Lejos de apedrearlos, se los recibe con todos los agasajos de la más delicada cortesía. Eso sí, con que la sentencia de algún tribunal dijera en voz alta lo que de esas personas tenéis vosotros en particular muy bien sabido, ya estaríais al punto mandando á vuestro lacayo que las pusiera á la puerta de

la calle. Pero, ¿qué novedad se os descubrió en esa sentencia? ¿Acaso no podríais añadir por vuestra cuenta nuevos considerandos sobre los que el tribunal ha consignado? ¿Es esta vuestra lógica? Pues qué, ¿no es el crimen lo que infama al hombre?—¡Quiá! Es la sentencia declaratoria; y quienquiera que de ella se encuentre inmune, queda á nuestros ojos más inmaculado que la nieve, más blanco que el armiño. ¿No es así?

No sé si me habré detenido demasiado en esa comedia. El uso la hace casi forzosa: es una comedia obligada. Si nos engañamos, la culpa es nuestra, porque ya estamos sobre aviso. Si algo nos roba, es poca cosa: unos cuantos cumplimientos, que no salen muy caros.

Pero sucede, á las veces, que esta comedia cuesta algo más; algo que nos llega más al alma.

Por de pronto, el dinero. ¡Y de cuántas maneras!...

Hay en el estudio de las ciencias naturales una sección de especialísimo interés, por lo que hace á nuestro caso, y es el estudio de las falsificaciones, que bien pudiera llamarse estudio de comedia en la industria y en el comercio. No es

fácil imaginarse la asombrosa fecundidad que ha logrado.

Un día, va un químico y deja caer un poco de bencina en ácido nítrico. Al punto está ya sobrenadando una gotita amarilla; el químico repara en ella, y observa que exhala un olor como de almendras amargas.

Viene otro químico, coge una porción de manteca, hace con ella jabón de potasa, lo destila con alcohol y ácido sulfúrico, y obtiene una esencia de ananas deliciosa.

Se acabó; mal año ya para todas las frutas: en los laboratorios veréis cómo se las puede obtener de materias tal vez podridas y repugnantes.

Y lo malo es que estas cosas no se quedan en los laboratorios, sino que de allí pasan á las confiterías, y del confitero pasan al repostero.

¿Qué cosa más corriente ya, que vinos sin uva, pasteles confeccionados con residuos de petróleo, y hasta manteca, Señores, manteca hecha con la estopa que ha servido para recoger la grasa de las máquinas de fábrica y de las locomotoras!

Interminable sería si quisiera seguir por este camino.

¿Dónde están ahora los tiempos aquellos en que solo se podía desconfiar de las lecheras que bautizaban demasiado la leche?...

Y contra esta comedia ¿qué remedio podemos tener? La sinceridad del vendedor, me diréis. Efectivamente, la sinceridad del vendedor... Pero aplicad el oído, y escuchad lo que todos ellos os dicen. Todos son sinceros, todos honrados; todos están interesadísimos en mantener bien alta la bandera de su casa. Todos y cada uno en particular os aconsejarán,—por vuestro bien, ya se entiende,—que no os fiéis de ningún otro.

Os queda un recurso: los laboratorios y los reglamentos de policía. Así es; y á veces caerá una multa sobre algún culpable...; con lo cual ya tenéis á los demás fijando en sus escaparates con letras bien claras el certificado de su inocencia.

No sé quién, dijo que se ahorcaba á un hombre de vez en cuándo, para que los demás pudieran forjarse la ilusión de creerse personas honradas.

¡Y si fueran la manteca, el pan, el vino y las confituras los únicos artículos adulterados que ruedan por esos mundos! Pero no; todo se ha convertido ya en materia de comercio, hasta vuestro oro y vuestras haciendas.

Debo confesaros, Señores, que en este parti-

cular no tengo ni la menor experiencia: en achaques de hacienda no sé una palabra... Todavía, sin embargo, llega con harta frecuencia á mis oídos, como á los vuestros, el estruendo de grandes catástrofes y bancarrotas.

Obreros pobres he visto que, en una de tantas, han perdido de un golpe el fruto acumulado al cabo de muchos años de sudor y trabajo: el caudalillo tan ansiosamente procurado, tan penosamente recogido. He visto pobres muchachas de servicio arruinadas, y precisadas á volver en su vejez á servir. Vosotros, los ricos soléis á veces perder fuertes cantidades... Y de los labios de ricos y pobres ha llegado hasta mis oídos esta queja dolorosísima: «¡Quién lo hubiera creído! ¡Si parecía tan honrado!» ¡Por lo visto, la virtud del aludido tratante no era sino un papel de comedia!

Cierto día en que Jesús se asentaba á la mesa en casa de Simón, acercósele una mujer, la Magdalena, ya arrepentida, y arrodillándose á los pies del divino Maestro, le derramó sobre la cabeza y sobre los pies un pomo de esencia tan aromática, que, según nos refiere el Evangelista, embalsamó toda la casa.

Mientras los demás comensales admiraban en sus corazones, así el amor generoso de aquella mujer como la bondad de Cristo que la aco-

gía después de tantas ruindades y miserias como sobre ella pesaban, en el corazón de Judas no bullía sino el ansia del oro. Oídle: «¿Á qué viene ese despilfarro? ¡Esa esencia valía, por lo menos, trescientos dineros!» Tal fué el primer grito que se escapó de aquel pecho ruin; pero en seguida vuelve á su papel y, disfrazando su pasión, añade: «¡Pudiera haberse vendido, para dar el precio á los pobres!»

«No porque á él se le diese nada de los pobres, advierte San Juan con indignada ingenuidad, no porque le importasen nada los pobres, sino porque era ladrón». Y notad lo bien que elegía la máscara: hacerse el amigo y favorecedor de los pobres. Sabía muy bien el Iscariote, que al solo nombre de pobre, el corazón de su Maestro no podría menos de enternecerse, pues eran los pobres lo primero en su amor y en los desvelos de su vida.

Á vosotros, Señores, os brindan con otros alicientes; pero la comedia siempre viene á ser la misma. No os dirán: «Ese dinero se podría dar á los pobres». Pero os dicen: «¡Qué buenos dividendos se pueden obtener!» Y, aunque con otra fórmula, os roban ni más ni menos vuestro dinero.

Y otra cosa más preciosa que el oro pueden robaros: os pueden robar la reputación. Por ventura sintáis menos este robo: no importa; siempre será verdad que la reputación vale más que el oro.

El camino leal, honrado, franco y sincero para llegar á granjearos la estima de uno, es presentaros delante de él sin tapujos, con vuestras propias obras, vuestras convicciones y vuestras creencias, y decirle: «Aquí me tiene usted; este soy yo; V. verá».

Pero no es ese siempre el camino que se sigue.

Lo ordinario es estudiar bien al hombre á cuya estimación se aspira, vaciarse en su troquel y hacerse una copia viva de él. En una palabra, lo que se busca es agradarle á él, y á los que son de su agrado, y á los que agradan á esos en quienes él se agrada, y así va diciendo, en serie de nunca acabar.

Por este camino, allá en *el gran siglo*, todo un mariscal de Francia, para llegar á avistarse con el Rey, enviaba cabecitas de conejo á una perrilla; porque la perrilla era muy mimada de su ama, la cual á su vez era muy bien quista de los Beringhen, quienes estaban en buenas relaciones con los señores del Maine, los cuales se arreglaban bien con Madame de Maintenón, que tenía gran cabida con el Rey. Pero llegó

á faltar uno de los eslabones, y la cadena se rompió, y... no hubo más regalos para la pobre perrilla. Su ama, con todo y ser muy avisada, ¡tuvo la candidez de admirarse!... Es cosa de leer esta historieta en Saint-Simón, y retener en la memoria, sobre todo, aquella famosa definición: «El arte de medrar y abrirse paso en el mundo, es el arte de alargar la mano á quien uno desearía dar con el pie».

Recuerdo á este propósito un sucedido. Napoleón,—aquel genio incomparable, pero enredado en tantas pequeñeces; aquel espíritu sin igual en la historia por su penetración y amplitud, pero rebajado al uso de medios tan ruines; aquella voluntad de hierro que «manejaba á los reyes como juguetes», y no sabía dominarse á sí misma,—Napoleón, digo, acababa de conquistar el Egipto y quería afirmar allí su señoría. Pero desde luego comprendió que tendría un gran obstáculo: el fanatismo musulmán. ¿Cómo vencerlo? Cosa sencilla: representando el papel de musulmán. Entra en la gran pirámide de Queóps con dramática solemnidad y exclama: «¡Alá es Alá, y Mahoma su profeta!» Y á los muftíes que le rodean les asegura que, hacía ya tiempo, los franceses habían abandonado el Evangelio y no juraban más que por el Corán.

«Ulemas y scherifes,—dice en una proclama que se ha hecho célebre,—enseñad al pueblo, que los que quieran ser mis enemigos no han de encontrar refugio ni en este mundo ni en el otro... Hacedle comprender que desde el principio está ordenado que, después de destruir en Europa la Cruz, tenía yo que venir á vuestra tierra desde las regiones más remotas del Occidente. Enseñadle cómo mi venida se encuentra anunciada en más de veinte pasajes del Corán. Yo podría pedir cuenta á cada uno de vosotros de sus pensamientos, porque todas las cosas me están patentes... Yo puedo hacer que baje del cielo un carro de fuego, porque soy el caudillo á quien Dios otorga el poder y la victoria».

¿Quien no recuerda aquí la exclamación del atribulado Pío VII? «¡Comediantel ¡comediantel!»

Los Napoleones son muy pocos, y pocas también las ocasiones en que la comedia exija profesar el islamismo. Pero ¡qué de *credos* tan diversos no resuenan en nuestros oídos!

¡Cuánto orador! ¡cuánto sacerdote de toda especie de cultos! ¡Y qué desinterés más sublime! ¿Buscar ellos la fortuna, el bien propio?... ¿ellos?... ¡No faltaba más! No; su norte es el amor, puramente el amor, el amor de la verdad,

de la justicia, de la patria, del partido... ¿Que es necesario el sacrificio de la vida? Ahí va toda ella, como si fuera una gota de agua.

¡Y qué discursos más admirables en loor de la libertad, de los grandes principios, del bienestar del pueblo, de las convicciones religiosas, de las reivindicaciones nacionales! ¡Qué himnos más sonoros ante los dioses del día! Pero ¡cuidado, Señores, no os maraville ese lirismo, ni ese entusiasmo, ni ese fervor tan ardiente por el martirio!...

Se trata de conquistar el Egipto: un empleo en el presupuesto, una condecoración y, á veces, hasta un asiento en el Congreso. «¡París bien vale la pena de oír una misa!»

En nuestra querida patria, para granjearse la estima de un hombre, muchas veces ¡oh dolor! no hay más que enarbolar bandera de su color; y como aquí no hay sino dos colores!... Solo que son colores que fácilmente se cambian. Y entonces, ¿cómo arreglárselas?...

Conocí á un personaje muy hábil que tenía dos hijas. Á una la casó con un rojo, y á la otra con un azul. Así colocadas, cuando quería conseguir algo, enarbolaba, según las circunstancias, bandera de distinto color, ora el del yerno azul, ora el del rojo; y siempre lograba su intento.

Pero no todos tienen dos hijas, ni todos los que las tienen las pueden colocar tan estratégicamente.

Desde que, por casualidad, tengo alguna como sombra de influencia, mi posición y mi sotana me han facilitado algunas conversiones inesperadas, y no os podéis figurar el número de corazones que, cuando menos lo esperaba, he visto orientarse hacia Dios. Cuando la Exposición de Amberes, tuve la honra de formar parte en el jurado de recompensas. ¡Cuánto aprendí allí, sobre todo, en punto á conocer la naturaleza humana! Ya sabéis lo que suele pasar en semejantes casos. Todo expositor hace valer su mercancía; y es natural: para eso acude á la justicia del jurado. Luego hace recomendaciones de su propia persona; y también es corriente: para eso se dirige á la bondad del jurado. Lo verdaderamente anormal para los expositores era el ver entre los jueces á un sacerdote... ¿Cómo llegar á su corazón? ¡Oh! sí, ¡la religión, la religión! ¡Qué cosa más buena que la religión?... Renacía en ellos la fe, fe por extremo parlera: para hacer valer sus estearinas, hubieran sido capaces de rezarme allí el Credo.

«¡Ay! Reverendo Padre, — me decía un expositor de jabones de sosa, — ¡ay! Padre: no diré yo que no; el mundo es mundo, y cada cual tiene

sus debilidades; pero en el fondo del corazón, ya lo ve V..., cuando uno ha tenido una buena madre, —y la mía era bretona, —ya se ve, siempre queda el sentimiento religioso aquí...» Y se ponía la mano en el corazón con un enternecimiento conmovedor.

«Es lo que le pasa á mi mujer; —yo os aseguro, Señores, que la aludida no tenía, ni mucho menos, pinta de devota; —no le diré á V. precisamente que sea de las que van á misa. Eso no: el mundo... ya sabe V.... Pero mujer más religiosa que la mía no la hay. ¡Oh! ¡la religión!... ¿quién no ve que ahí está todo? Lo que digo: fuera de ella todo es nada». Y su mujer no cesaba de apoyarle con inclinaciones de cabeza, con sonrisas llenas de piedad, con miradas devotas al cielo.

Y aun llegué á hacer mayores prodigios: ¡hasta les hice amar la orden á que pertenezco! ¡hasta el nombre de «jesuíta» llegó á salir de sus labios entre respetos de admiración!

Solo que el juego aquel tenía sus quiebras; muchos de mis respetables colegas estaban muy lejos de participar de mis creencias. Así es que, después de presentarse ante mí en figura de ángeles, se veían precisados á trasfigurarse de repente en diablos para agradar en otra parte.

Cierto es que, por regla general, este segundo

papel les cuadraba mucho mejor: sus hábitos adquiridos les hacían mucho más fácil el atenerse á él.

Os reís, Señores; y, en verdad, no merecen que uno se indigne comedias tan insignificantes. Pero me inspiran una reflexión.

No es raro entre los descreídos atribuirnos á nosotros los creyentes una singular habilidad en eso de representar varios papeles; jamás se les cae de los labios esta palabra: «¡mojigatos!» ¡Qué generosidad y qué modestia la de esos señores! Mas no tienen que envidiar á nadie: entre ellos abundan los talentos para eso, y ¡qué maravillosamente desarrollados!... y ¡qué dispuestos siempre á ejercitar su habilidad!

¿Os he dicho que no había que indignarse sino más bien reirse? ¡Ah! Señores, hay ratos en la vida en que, á pesar de todo, y sin que lo pueda estorbar la experiencia más consumada de lo que son los hombres, el alma se rebela y salta de coraje.

¿Quién no ha tropezado en su camino con alguno que parecía «el hombre honrado», con alguna que parecía «la mujer honrada?» Nos pidieron su respeto, y se lo dimos; nos pidieron nuestra estima, y se la otorgamos. Sus ojos nos

parecieron francos, índices del alma; su voz leal y sin engaño; sus labios honestos, su corazón fiel, sus manos puras...; y así, caminamos con ellos de la mano algún tiempo en la vida. De repente, al volver de una esquina, sobreviene un rayo de luz, y se rasgan los velos!... ¡Ah!...

¿Conque manos como estas estaba yo estrechando? ¿Y era ese á quien yo daba mi estima y mis respetos? ¿Á ese? ¿á ese?

Y, al sentir el contacto de esta infamia, el alma brama de dolor, se apodera del corazón el disgusto, mira uno las manos como manchadas y las sacude cual si hubiesen tocado algún bicho asqueroso, y quisiera lavarlas para volverlas á ver blancas.

Y por largo tiempo lleva en el corazón el recuerdo de tales traiciones, doloroso, irritante, ardiente, como una picadura de víbora... ¡Sí, por mucho tiempo!... ¡ay! Señores, hasta otra nueva traición: ¡que así es el mundo!

Aún tenemos otra cosa de más valía que nuestros cumplimientos, que nuestro oro y nuestra estima: á saber, los afectos de nuestro corazón; nuestra amistad y nuestro amor.

He ahí el don más grande que pueden hacer nuestras almas. Ya sabéis lo que dice Lacor-

daire: «Yo digo á un hombre: le estimo á V. ¿No puedo decirle aún algo más? Sí, puedo decir fácilmente: le admiro. ¿No puedo decirle aún algo más? Sí, aún puedo decir: le venero. ¿Y no puedo decirle todavía algo más? ¿habré agotado en esa palabra toda la expresión de la facundia humana? No; todavía me queda una cosa que decirle; pero una sola, la última de todas; aún le puedo decir: le amo. Diez mil palabras caben antes de esta palabra; después de ella, no viene ya ninguna en ninguna lengua; y cuando hemos llegado á decírsela á un hombre, no nos queda ya más que un recurso: repetírsela sin cesar. La boca del hombre no puede ir más lejos, porque su corazón no puede ir más allá.»

Ahora bien, observad que no hay trato en el mundo que viva tanto de la sinceridad, como el trato de las almas en la comunicación de su amor. La necesidad primera en todo corazón que ama, es la de explayarse y abrirse en el corazón de su amigo, esperando en cambio, si es amado, la misma expansión y la misma confianza del corazón á quien ama.

¿Quién de nosotros no ha gustado, Señores, el encanto de esas confidencias íntimas con que comunicábamos nuestras alegrías y consolábamos nuestras tristezas? ¿Quién de nosotros no reconstruye, allá en su memoria por lo menos,

aquellas horas de amistad llenas de palabras y de compases de silencio,—que también el silencio tiene su elocuencia,—aquellas horas, repito, en que nuestras almas se fundían una en otra, se rehacían y cobraban aliento, para cargar de nuevo con el peso de la vida? Hay dichas más vivas: no las hay más dulces. Pero... una sombra nada más de comedia que se desliza entre estas almas... y se acabó!...

Tiene Sully Prudhome unos versos lindísimos á un florero resquebrajado y roto de un abanico. La hendidura era bien poca cosa; pero, á la larga, se dilató, derramóse por ella el agua gota á gota, y las flores se murieron.

«Así á veces la mano más querida
Á un corazón desflora
Y lenta va quitándole la vida.
El pobre corazón entonces llora,
Llora, mas en voz baja,
Y, al constante punzar de sus dolores,
Poco á poco por sí se resquebraja,
Y fenece la flor de sus amores.
Intacto lo cree el mundo;
Mas él allá, sin ruido ni alboroto,
Siente crecer la herida en lo profundo...
¡No le toquéis, amigos, que está roto!»

Muy bien dicho, Señores; una vez chasqueados nuestros sentimientos, es muy raro que se repongan y enderecen. Siempre quedarán rastros de la compostura en las porcelanas finas.

Y ¿cómo asegurar contra estos lances de la comedia humana esas amistades, esos amores, que no viven sino de sinceridad; ese bien, el bien supremo del alma, ¿cómo asegurarlo? ¿Tenéis vosotros algún secreto para ello? Porque lo que es yo, os lo confieso, no lo tengo.

Cuando un traficante me dice: «Ahí está mi vino, vino puro»; tengo alambiques para destilar la mercancía. Cuando un hombre me dice: «Ahí tiene V. mi amistad, amistad sincera»; no tengo retortas para analizarla.

El viejo Alcestes se queja á Celimena de que todo el mundo sea de ella tan bien recibido, y le pregunta qué es lo que reserva para él. Á lo cual responde Celimena con una serenidad que desconcierta:

«La dicha de saber que sois amado».

• ¿Qué más podía desear? Con todo el buen viejo no queda muy satisfecho; quisiera tener pruebas de esta dicha.

«Yo creo», replica Celimena, siempre con la misma magnífica serenidad.

«Yo creo que habiéndooos hecho
Confesión tan terminante,
Con ella tenéis bastante
Para quedar satisfecho».

¿Se puede responder algo á esto? Pues sí,

esto tiene una respuesta; y no se hace esperar:

«Mas á mí ¿quién me asegura
Que no irá mi Celimena
Con la misma cantilena
Al primero que la apura?»

Aquí Celimena, usando de una maniobra hábil y muy socorrida..., se amohína y toma la ofensiva; y ahí tenéis al pobre Alcestes completamente despistado; que por fin se va como había venido, sin sacar nada en limpio.

Entendámonos, Señores, Dios me libre de creer que nuestros sentimientos sean constantemente el blanco de semejantes perfidias, y que tengamos que andar poniendo en tela de juicio la sinceridad de aquellos á quienes amamos. Nada más lejos de mí que tales pensamientos, y nada más lejos de este corazón mío, á quien Dios, —y por ello le doy gracias,— ha otorgado el favor de saborear copiosa y regaladamente las dulzuras de la amistad. No, lo que yo os quiero decir es más sencillo. Helo aquí.

Vosotros sabéis, puesto que lo experimentáis en vuestra alma, vosotros sabéis que amáis. Pero ¿cómo sabéis que sois amados; y, sobre todo, cómo, después de transcurrido largo tiempo, sabéis que todavía os aman? ¡Así os lo dicen, así os lo juran! Y esto ¿qué prueba?... Una

de dos: ú os dicen la verdad, ú os engañan. ¿Cómo lo podréis conocer? «Al fin y al cabo, me diréis, ya se echará de ver lo que hay». Perfectamente; estoy en ello. Al fin y al cabo lograréis averiguarlo: buen recurso, tratándose de amistades; de las cuales puede uno retirarse cuando quiera. Pero, si ya no se trata de amistad sino de amor, llega una hora en que ya es muy tarde para volverse atrás.

Ahora bien, Señores, ¿no tiene lugar en el mundo este linaje de comedia? ¿No es esta comedia la que hace en él cada día víctimas inconsolables? ¿No va segando para siempre, y á veces en flor, vidas enteras, ricas de esperanzas y rebosando felicidad? ¿Quién de nosotros no se ha encontrado en su camino con alguno de esos desventurados corazones chorreando sangre?

Á veces, irguiéndose con valor magnánimo en medio de su abandono, sepultan el dolor en el secreto y en el silencio que, á la sorda, los atormenta. Debajo de una frente serena, debajo tal vez de una sonrisa, llevan la herida abierta, en carne viva y chorreando sangre. Apenas si sombrea su mirada una nubecilla de melancolía, mientras que su alma se halla desgarrada y hecha añicos como los granos de trigo bajo la piedra del molino. Ninguno ha visto con sus ojos la amarga marejada interior que les hace

enojosa la vida; ninguno ha oído el grito de dolor que sale de esos corazones despedazados; ninguno acaso ha adivinado el martirio horrible que lentamente los consume y los mata. Ninguno... fuera de Dios, que los vengará. Sí, Dios los vengará.

Dios, Señores, tuvo á bien sentir en sí mismo estas amarguras. Cristo quiso sufrir la traición de la amistad.

Había reunido en su mesa doce hombres, á quienes llamaba sus amigos. Era una tarde, y en todas sus frases se rezumaba cierta melancolía triste y resignada: había hablado de su muerte ya próxima. «Este vino —había dicho— es el último que he de beber en vuestra compañía». Después había dejado que se desbordase el amor de su corazón: «Hijitos míos, *filioli*, ya no he de estar más con vosotros... Pero no os dejaré huérfanos; volveré á vosotros, y, como yo estoy en mi Padre, así estaré yo en vosotros y vosotros en mí». De repente, en esta efusión de ternura le asalta un dolor inmenso: «¡Ah!, exclama, uno de vosotros me va á hacer traición». Y todos, temblando de angustia. «Maestro, le dicen, ¿seré yo?» Y Judas, como los demás, con la misma voz y la misma sonrisa le pregunta: «Maestro, ¿seré yo?»

¡Y acababa de venderle la víspera!

¡Y estaba ya para salir á entregarle!

Y salió en efecto, se encargó, como estaba convenido, del pelotón de soldados que debían prender á su Maestro; los guió por varios rodeos, y dejándolos apostados, se adelantó él solo.

Iba nada menos que á dar la señal por donde los esbirros reconociesen á Cristo. ¡Y qué señal! ¡qué señal fué á inventar! «Maestro», le dice echándole los brazos al cuello, «Maestro». Y le dió un beso.

Y ese beso, ese beso horrible del traidor, lo recibió Cristo en sus labios. No hay porqué nos quejemos, Señores; pues no valemos más que Cristo, y por donde él pasó, justo es que guemos nosotros nuestros pasos.

Buscad ahora, Señores, qué es lo que mueve al hombre á representar los papeles que acabo de indicar, y la innumerable muchedumbre de los que paso en silencio; buscad la pasión que le empuja á semejante farsa, á veces tan ruín, y no encontraréis en el fondo más que una, siempre la misma: el amor propio, el egoísmo.

¡Á ese hombre todo el universo le tiene que

servir!... y en el universo todo no ve él otra cosa: para él el mundo entero no vale ni más ni menos que lo que de él pueda sacar para su provecho.

Si tuviese fuerza... entonces no se tomaría la molestia de andar representando comedias, sino que saltaría al cuello del universo, como fiera sobre su presa. Pero ¡no tiene fuerzas para tanto!... ¿Qué hacer? ¡Se compone, se adereza, se disfraza, cubre de hojas las mallas de su red, y oculta sus lazos bajo la yerba!...

No le pidáis que tenga algún respeto... ¿Qué es eso de respeto? Él solo sabe gozar. No le habléis de honor: él solo sabe *éxitos*. No le habléis de amor: amar... ya ama, sí, pero con ese amor reentrante, que parte de sí para volver á sí, y por todos los caminos se busca y llega sin cesar á sí mismo.

Todo lo bueno que pasa por delante de sus ojos le excita el apetito... le hace falta; y ha de ser suyo. Sin perdonar á rodeos, sin detenerse ante ninguna bajeza, sin reparar en las mayores infamias, conseguirá arrastrarse hasta llegar á lo que desea. Una vez allí, se saciará de ello y apartará lejos las sobras con el pie.

¡Comedia, Señores, comedia! Pero á veces ese es el camino más fácil para conseguir algo. La virtud de buena ley es demasiado tiesa; no

podrá pasar por eso: no sabe adaptarse á las tortuosidades del camino.

No he terminado aún.

Seré breve para no cansar vuestra paciencia. Á ese hombre, enmascarado para con los demás, le llegará una hora, en que, viéndose á solas consigo mismo, se le caerá la máscara, tendrá que despojarse de los arrequives de honradez y virtud con que estaba disfrazado, y en el espejo de su alma aparecerá con toda la desnudez de su ignominia. ¿Lo creeríais? Pues bien, va á representarse á sí propio la comedia.

Va á ver si busca y encuentra razonamientos que le demuestren que es honrado y justo; que tal cosa explica, excusa y justifica aquel desliz; y tal otra cosa, el otro desliz: con lo cual él se erguirá muy alto, levantará la frente y se gloriará de su inocencia.

¿Qué bribón hay que no esté dispuesto á daros mil pruebas de su honradez?

¿Qué mujer perdida hay que no se sienta herida si la despreciáis, y no os grite: «Pero ¿por quién me toma V.? Esas pruebas antes de dároslas á vosotros, se las han dado ya muchas

veces á sí mismos. Ese grito lo han lanzado mil veces en su conciencia, que los desvelaba y torturaba en sus insomnios.

Para mí no hay nada tan misterioso como ese poder que el hombre tiene de engañarse á sí mismo acerca de sí propio. Pero es innegable que tiene ese poder; el que lo niegue, desconoce por completo el corazón humano. Es muy fácil gritar, «¡imposible!»; pero basta haber sondeado alguna vez el corazón del hombre, para saber los temibles mentís que su interior lanza á nuestras teorías.

Fuera de que basta considerarse cada cual á sí mismo. Nosotros mismos tratamos de justificar nuestras faltas á nuestros propios ojos: al principio nos parece que no son tan graves, sino que, por el contrario, son muy excusables; bien pronto nos parecen cosa de nada; después, cotejándolas con ciertos extremos criminales á los que aún conservamos horror, en virtud de este horror precisamente, nos declaramos inocentes. Lo cual conduce á resultados muy curiosos. Uno os gritará: «Yo quiero morir sin tacha;» y estará todo mancillado. Otro os dirá: «Esto, bien; lo confieso, porque realmente es poca cosa; pero aquello, ¡jamás! no ¡es horrible!» Siendo así que el *esto* y el *aquello* se están tocando como dos cuartos vecinos y con la puerta

del uno al otro entreabierta. Y todos son sinceros; todos se han engañado á sí mismos, merced á la comedia que han representado en sus corazones. Esa puerta es la que los salva; y aunque no hubiera tal puerta, sino una cortina, aun descorrida, bastaría.

Para decirlo todo en una palabra, los pecados propios los encontramos muy bonitos, y los de otros muy horribles, aun en el caso de que los dos no hagan más que uno.

Pero aún hay más, Señores.

Dada la comedia á los demás, dada á sí mismo, aún le queda al hombre dársela á Dios, y en efecto, lo procura.

¿Es esto factible? Evidentemente, que Dios no caerá en el lazo; pero caerá el mismo farsante, y en él se quedará, para vivir con no sé qué cara de satisfacción y tranquilidad de alma, que le permita exclamar, como el judío en el templo: «Señor, gracias os doy porque soy mejor que los demás hombres; ayuno dos veces por semana, y pago el diezmo».

Se había imaginado que aquellos ayunos y aquellos diezmos bastaban para absolverle de

lo restante. Es la puerta entreabierta de que hablábamos hace poco.

He ahí en este judío el patrón por donde están cortados los otros. Poquito á poco llegan á escoger entre los mandamientos de la ley de Dios, como se escogen las semillas en nuestros puertos.

Los mandamientos fastidiosos se dejan á un lado, los fáciles se recogen con esmero y se ponen á la luz pública. Jamás se van estos de los labios ni del corazón; los otros se relegan al olvido. En cuanto á los fáciles, admirable fidelidad; con los difíciles ninguna cuenta. Este eclecticismo no es obra de un día; prolóngase durante gran parte de la vida, escogiendo más y más cada vez las semillas. Leyes que al principio parecían fáciles, acaban por hacerse pesadas, y una tras otra nos desembarazamos de ellas; disminuye así el caudal de nuestras creencias, y sobre todo el de nuestros deberes; y al fin resulta que del Credo y del Decálogo no queda más que esta fórmula sencillísima: «Creo en Dios, un Dios bueno... ¡oh, muy bueno!... que está obligado á premiarme, y no ha de tener nunca valor para castigarme».

¡Y á este Dios truncado, á este Dios profanado, es á quien se invoca, y en quien se espera!

Muchos no llegan á tales extremos y se paran

á mitad de camino, conservando de su antigua fe la forma exterior impuesta por el uso y autorizada por la moda; y alguna que otra oración para días determinados, un poco de ceniza sobre la cabeza allá una vez al año, ofreciendo á Dios el sacrificio fácil, y esperando en cambio todos los perdones y todos los paraísos.

Hay un episodio que siempre me ha llamado la atención al leer el Evangelio. Cristo Nuestro Señor, tan tierno y tan fácil en perdonar las flaquezas del hombre, cuando éste las reconoce y las confiesa, ese mismo Cristo se muestra despiadado con los comediantes. Escuchad:

Pasaban luengas horas en el templo; nunca se les caía de los labios la ley, llevábanla sobre la frente grabada en bandas de oro, filtraban el agua que iban á beber, por temor de tragar un grano impuro.

«Maldición sobre vosotros, exclama Jesucristo, maldición sobre vosotros, escribas hipócritas, que saqueáis las casas de las viudas, y después os vais á hacer prolijas oraciones.

»Maldición sobre vosotros, escribas hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y después, infiltrándole vuestra hipocresía, hacéis de él un hijo de perdición.

»Insensatos, ciegos; pagáis, sí, el diezmo de la menta, del anís y del comino. Pero ¿y de

la justicia, y de la misericordia qué habéis hecho?

»Maldición sobre vosotros, que os laváis por defuera, como se lava un vaso, y en el interior estáis llenos de rapiña.

»Maldición sobre vosotros, sepulcros blanqueados, que ostentáis magnífica fachada, y dentro no tenéis más que huesos de muertos. Serpientes, viboreznos... No os escaparéis de mí».

No, Señores, no es posible escaparse de Dios; y este quiero que sea el fin de mi discurso.

¡No es posible escaparse de Dios! por más que el hombre siempre lo ha intentado. Desde los primeros albores de su historia veréis á Adán y Eva escondiéndose, como si Dios no los hubiese de ver. Dios les llama; se hacen los sordos, creyendo que Dios no les oirá... ¡como si Dios no lo hubiera visto todo!

¡Ah! ¡qué terrible, qué espantoso es el ojo de Dios, inmóvil allá encima del universo que pasa; penetrante como el relámpago hasta en los abismos más oscuros; escudriñador de nuestros corazones y de nuestro interior; testigo del deseo que brota silencioso de nuestros ocultos pensamientos; el ojo de Dios, siempre abierto durante

el día iluminado por el sol y durante la oscuridad de la noche; en lo secreto de nuestra habitación, en lo más profundo de nuestros escondites, en la cabecera de nuestra cama; el ojo de Dios, á quien no hay palabras, ni sonrisas capaces de engañar, y que siguiendo todos nuestros pasos, desde la cuna al sepulcro, sin tregua ni descanso, siempre interpuesto entre nosotros y nuestros pecados, ¡todo lo habrá visto!... lo habrá visto todo!—¿lo oís?—¡todo!—¡todo!

¡Ah! no, no hay manera de escaparse de Dios; ya se acerca la hora de que caigan las máscaras que ante Él de nada sirven, y se abra paso la justicia.

Pero yo no vacilo en deciros que esto no basta, que es menester algo más. ¡Si á Dios no le hemos engañado, nos hemos engañado á nosotros mismos; engaño muchas veces cruel! Es menester, por lo tanto, que nos hagamos justicia; es menester que nosotros mismos podamos ver, una vez siquiera, el fondo real de nuestras almas.

Antiguamente, cuando la justicia se había apoderado de un malhechor y le tenía ya sentenciado, antes de aplicarle la pena, y para que nadie desconociera el motivo, se le llevaba á la plaza pública; allí se levantaba una picota, adonde sujetaban al infeliz con una argolla al

cuello y ataban las manos; encima de su cabeza inscribían su causa. El pueblo pasaba y volvía á pasar por delante, y el condenado tenía que devorar aquella vergüenza!

Preguntadle á vuestro corazón qué es lo que exige ese sentimiento innato de justicia que anida en todos los corazones. ¿Sabéis lo que exige? ¡Exige que brille la luz en los ojos de todos, que delante de todo el mundo se arranquen á los pérfidos sus máscaras, que todas las arterías rastreras, todos los manejos subterráneos y cenagosos, todas las traiciones ocultas y viles vengan por fin á quedar patentes y manifiestas, puestas en evidencia, y sacadas á la pública vergüenza en pleno día y á la luz vengadora del sol y de los cielos!

Pues bien, ese complemento de justicia por el que suspira vuestro corazón, Dios os lo dará. Día vendrá en que, á la vista del mundo entero, se levantará la picota donde la venganza divina clavará á los culpables; la luz descenderá á torrentes... aparecerán las almas en toda su desnudez, y por la inmensidad pasará el canto de los ángeles: «¡Gloria á Dios! ¡Gloria al Dios verdadero, al Dios justo, al Dios vengador!»

¡Aquel día, Señores, quedará para siempre destruído el reinado de Satanás, padre de la mentira y mentiroso desde el principio!

Y ya no reinará en las almas más que la verdad; abajo, la verdad en el odio; arriba, la verdad en el amor.

Miremos arriba, Señores. Allí está la patria de las almas sinceras. Este mundo no es más que el lugar de su destierro.

A. M. D. G.

LOS PERDONES

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LOS PERDONES
CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:

QUISIERA hablaros esta tarde acerca de los perdones; y para que esta mi ocurrencia no os cause tanta extrañeza, voy á deciros desde luego el fin que me propongo.

Bajo la inspiración de un Ministro que muchas grandes naciones pudieran envidiarnos, tenemos en el reducido país de nuestra querida Bélgica establecido todo un nuevo sistema penal que nos ha valido la admiración de ambos mundos.

Condena condicional, indulto condicional, asilos de preservación, casas de beneficencia, patronatos, etc., etc.

Complemento indispensable de obras tan

magníficas viene á ser una de iniciativa privada: la protección de los excarcelados.

Pero esta obra profundamente cristiana, que rebosa de caridad evangélica, esta obra á la cual en la Edad Media había órdenes religiosas especialmente consagradas, en nuestros días se ve como puesta en cuarentena, se la mira de soslayo, y si no se la censura, se la anima poco, y lo menos que se hace es no interesarse por ella. Y todo esto, á veces, so pretexto de virtud; lo cual sería verdaderamente el colmo, si no fuese bien conocida la manía que tienen ciertas gentes de poner tan augusto sobreescrito aun á las acciones más torcidas y detestables.

Esto es contra lo que yo deseo protestar. Para lo cual usaré de un procedimiento muy sencillo: ponerlos á la vista los perdones de Cristo y los perdones del mundo. Así echaréis de ver bien pronto á qué lado deberéis acogeros para poner á salvo la hermosura y la grandeza del alma humana: así veréis, sobre todo, la bandera bajo la cual se deben agrupar los que tengan á honra el ser hijos de Cristo y del Evangelio.

No hay cosa más excelente, ni más noble, ni más conmovedora que el perdón: derecho de gracia en los reyes, don de misericordia en los dioses, fruto suavísimo de la bondad y de la dulzura. Pero, como todas las demás virtudes

que brotan del alma, preciso es que tenga por guía á la prudencia.

Solo se dirige á los culpables: el inocente no necesita de perdón; sería para él una ofensa. Mas por lo mismo que no se dirige sino á los culpables, parece no pocas veces peligroso, no sea que dé ánimos al crimen. Y efectivamente, entre los hombres, la justicia y el perdón por fuerza tienen que encontrarse á menudo frente á frente; pero no así en Dios, en quien la infinita justicia y la bondad infinita constituyen unidad perfectísima, cuyo secreto maravilloso sobrepuja los alcances de nuestro corto entendimiento.

Todo mi discurso irá fundado en estos principios, que, seguramente, ninguno de vosotros rechazará, bien que no por eso me prometo vencerlos á todos. Sin embargo, con uno solo que hubiere conquistado para dicha obra, me daré por contento y saldré de aquí muy satisfecho de no haber perdido la jornada.

Ante todo comenzaré por preguntarme: ¿Cómo perdonaba Cristo?

Y os ruego que no extrañéis la pregunta; pues Cristo es el eje en torno del cual gira el mundo. Cualquiera que sea el método que se siga en

agrupar y distribuir los siglos de la historia, siempre se presentará un abismo que los divida en dos grandes secciones: de una parte estarán los que preceden á Cristo; de otra los que le siguen.

Fenómeno misterioso para los que en Jesús no aciertan á ver sino al hijo de José el carpintero; pues necesariamente tienen que estrellarse ante la acción súbita y prodigiosa de ese hombre insignificante, y perdida así la llave de la historia, y rota la cadena de los acontecimientos, no encuentran medio alguno en el dominio de las causas para soldar los extremos.

El hecho innegable es que el mundo ha cambiado súbitamente de polo moral: la civilización antigua ha retrocedido cuarteada y deshecha para ceder el puesto á otra nueva; los dioses de carne y sangre han caído del cielo de la humanidad para dejar su pedestal al Dios espíritu y verdad, misericordia y justicia; el egoísmo hecho Dios ha tenido que esconderse en los secretos repliegues del corazón humano, ante el Dios de amor y caridad, único que puede ya reinar sobre la tierra.

Y esta asombrosa revolución de las almas es la obra de ese Galileo oscuro y plebeyo: los grandes reyes de Roma han tenido á gloria proclamarse sus esclavos, y hasta la Europa, tan

arrogante, de hoy se ve forzada á reconocer que lo mejor que tiene en el corazón y en el espíritu le viene del hijo del carpintero.

Vivió treinta años en su oscuridad; pasó otros tres en predicar su doctrina en las riberas de los lagos á muchedumbres de pobres; después de lo cual murió ignominiosamente como los más grandes malhechores. Mas en los veinte siglos que de entonces acá se han sucedido, no es la filosofía, ni la ciencia, sino él á quien escucha la humanidad; porque en él y solo en él se hallan las verdaderas palabras del alma y de la vida.

He ahí el misterio. ¿Quién será capaz de descifrarlo?

Á la hora en que os hablo no hay cuestión alguna de moral ni regla de conducta en que el pensador, á poco que reflexione, no se vea precisado á inquirir, aunque sea incrédulo, cuál es acerca de tal cuestión y tal regla la doctrina de Jesucristo.

Y esto es cabalmente lo que me coloca á mí en posición ventajosa ante este auditorio donde pueden encontrarse las más diversas creencias; porque yo, hermano mío, yo que conozco á Jesús, que le amo y le adoro, puedo hablarte de él; y tú, si no le adoras como á Dios, le escucharás por lo menos como á sabio, y si no doblas

las rodillas en su presencia, inclinarás siquiera la frente con veneración y respeto.

Esto me basta: con esto ya puedo ponerme con vosotros á meditar sus divinas enseñanzas.

El fondo de la doctrina de Cristo está basado por entero en los perdones divinos. La promesa de su venida es la señal del primer perdón otorgado al hombre. Su vida toda, más bien que vida de perdón, lo es de expiación: él, sustituyendo su persona inocentísima á la humanidad culpable, nos salva y nos devuelve el derecho á los favores que perdimos por nuestras faltas personales.

Pero no insistiré más en esto: para nosotros es de fe que no hay crimen, por odioso, por vil, por irritante y perverso que sea, que no pueda aspirar al perdón y no lo obtenga de hecho por el arrepentimiento.

Lo que deseo examinar con vosotros son las condiciones y circunstancias en que Jesucristo mismo olvida y perdona, según nos refieren las sublimes páginas del Evangelio. Están verdaderamente llenas de enseñanza.

Abramos al acaso.

Mateo es un publicano, quiere decir, uno de esos recaudadores de contribuciones que roban

en pequeño á los pueblos, como los gobernadores romanos saqueaban en grande á las provincias: ladrones solapados, usureros de manos gafas, tenidos de todo el mundo por viles y despreciables. Jesús le encuentra metido en su garita de rapiña, y le llama: quiere hacerle apóstoll... Esto fué un escándalo para todos los mojigatos del país; los cuales, así que vieron al publicano sentarse á la mesa con Jesús, no se recataron de decir á los discípulos: «¿Cómo es que vuestro Maestro se sienta á comer con publicanos?»

Más notable fué lo que hizo con Zaqueo, llamándole y pidiéndole hospedaje en su casa. Zaqueo era el jefe de aquellos publicanos tan aborrecidos y despreciados, y á fuerza de exacciones y socaliñas había llegado á hacerse con una fortuna considerable. «Zaqueo, le dijo el Maestro, ven, que deseo hospedarme en tu casa». Y los hipócritas murmuraron y pusieron el grito en el cielo. «¡Bah! y se hospeda en casa de pecadores!»

El primero á quien recibe consigo en el paraíso es un bandido, repetidas veces asesino, y crucificado por tal á su derecha. Y Jesús le perdona sin más que oírle un sencillo «Acuérdate de mí».

Pedro le hace traición, y, con una cobardía

sin ejemplo y sin excusa, le niega hasta tres veces; mas Jesús le ve llorar, y le perdona y le hace jefe supremo de su Iglesia.

En esa misma Iglesia, á quien él ama como á esposa fidelísima, el inmediato á Pedro será Pablo. ¿Y quién era Pablo?—Uno de sus más apasionados enemigos, que iba de pueblo en pueblo apresando cristianos para llevarlos á los tribunales y al suplicio; el que, al apedrear al diácono Esteban, guardaba los vestidos de todos los que, para apedrear al mártir con más brío, se habían desembarazado de ellos y púes-tose á brazo desnudo.

Pronto estaba á perdonar al mismo Judas que le había vendido; y aun le llamó «amigo!» Pero el traidor no dijo la palabra de arrepentimiento que hubiera llegado al alma á su Maestro.

Salteadores, truhanes, ladrones, asesinos, traidores, perseguidores... ¿á quién rechazó jamás? ¿De quién llegó nunca á decir «¡vaya enhoramala! que yo no me cuido de tunantes: bastante tengo con los buenos!?»

¡Y las mujeres!

El Evangelio nos ha conservado tres sucesos conmovedores que pintan bien al Maestro. Una vez, yendo á Sicar en Samaría, sentóse á tomar

descanso junto al pozo de Jacob; y habiendo llegado en esto una mujer Samaritana á coger el agua privilegiada, pidióle Cristo por favor un trago, y con tal motivo se entabló entre uno y otra un diálogo admirable acerca del agua viva que apaga la sed de las almas y las embriaga de dulzuras eternas. Sobreviniendo á poco los discípulos, se admiraron de ver al Maestro en conversación con una mujer á quien ningún judío se hubiera dignado dirigir una palabra; pero no se atrevieron á manifestarle su extrañeza ni el escozor de su arrogancia resentida. Quizás alguno de ellos se imaginó que el Maestro no conocía la pieza con quien trataba: pero sí que la conocía, y bien, pues según ella misma confesó poco después, en una sola palabra le había Jesús revelado toda la ignominia de su vida: «Me ha dicho todo cuanto he hecho».

Á mayores sorpresas tenían aún que disponerse.

En medio del templo, henchido de gente, le presentaron los escribas y fariseos una mujer cogida en adulterio. «Maestro, le dicen, á esta mujer la acaban de sorprender...; y á las tales la ley de Moisés manda apedrearlas. ¿Tú qué dices?» Tenían muy sabido aquellos inexorables doctores que el corazón de Cristo se inclinaría al perdón, y esperaban ponerle en contradicción

con Moisés. Pero Jesús les contestó: «Tírele la primera piedra el que esté entre vosotros sin pecado». Y silencioso, púsose á trazar letras en la arena que cubría el pavimento. Aquellas letras expresaban los crímenes secretos y ocultas ignominias de los acusadores; los cuales, al verlas, volvieron la cabeza y sin decir palabra se fueron avergonzados uno en pos de otro. Así que desaparecieron todos, Jesús levantó los ojos, y dirigiéndose á la adúltera: «Mujer, le dijo, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?—Ninguno, Señor, respondió ella.—Pues tampoco yo te condenaré, añadió Jesús: anda, y no vuelvas á pecar».

¡Y Magdalena! Sabéis bien lo que era Magdalena, ¿no es verdad?... ¿Hay mujeres á las cuales profeséis más legítimo y más profundo desprecio? ¿No las deja marcadas para siempre, como hierro encendido, la vileza misma de su vida ignominiosa? ¡Y quién las rescatará de su infame esclavitud?

Pues he aquí la escena en los términos mismos con que la expone el Evangelio:

«Rogóle (á Jesús) un fariseo que fuese á comer con él, y habiendo entrado en su casa, se puso á la mesa; cuando he aquí que una mujer de mala fama, no bien supo que estaba á la mesa del fariseo, se presentó á él con un vaso

de alabastro lleno de perfume, y arrimándosele por detrás á los pies, comenzó á bañárselos con sus lágrimas, y se los besaba y derramaba sobre ellos el perfume. Viendo lo cual el fariseo que le había convidado, murmuraba para sus adentros:— Si este hombre fuera profeta, conocería á no dudarlo quién es la mujer que le está tocando; sabría muy bien que es una pecadora.— Entonces Jesús, respondiéndole *al pensamiento*, le dice: Simón, una cosa tengo que decirte.— Dí, Maestro, repuso él. Y Jesús le dijo: ¿Ves esa mujer? Yo he venido á tu casa, y no me has dado agua para los pies: ella, por el contrario, me los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz: ella, desde que ha entrado, no ha cesado de besarme los pies. Tú no me has ungido con oleo la cabeza: ella me ha ungido los pies con su perfume. Por todo lo cual te digo, que le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho... En seguida dijo á la mujer: Tus pecados te son perdonados».

Y Magdalena no le dejó ya, sino que le siguió paso por paso allegándosele más cada día; ni Jesús la rechazó nunca, ni la tuvo por indigna de su divina familiaridad, ni creyó que podría comprometer la honra del colegio apostólico, y

al morir quiso que ella le asistiera fiel al pie de la cruz entre su Madre y el discípulo amado.

Y de todo esto no se avergüenza el Evangelio; antes lo relata al pormenor, sin velar la vida precedente de Magdalena para hacerla más aceptable á la delicadeza pudorosa de nuestros tiempos, y San Juan ni siquiera se percata de llamarla «la mujer de quien Jesús lanzó siete demonios».

En suma, á todos y á todas, por abyecto, profundo y hediondo que sea el lodazal de donde han salido, á todos y á todas perdona Jesucristo, con tal de que se arrepientan y le amen. ¡Ah! seguramente, este es el Cristo que necesitan los pobres corazones de los hombres!

Seamos sinceros, Señores; entremos dentro de nosotros mismos y mirémonos un poco. Miremos, no la imagen ficticia y mentirosa que mostramos á los otros, sino el retrato vivo que van trazando en el fondo de nuestra conciencia la prolongada serie de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestras ilusiones y de nuestras perversas voluntades. ¡Ah! cuánto fango se deposita á ciertas horas en las negras profundidades de nuestra alma! Y ¡á dónde iríamos á parar, Señores, á dónde iríamos á parar, si

Cristo no estuviera siempre dispuesto á perdonarnos!

No olvidemos, sin embargo, que Jesucristo exige el arrepentimiento; y arrepentirse es algo más de lo que ordinariamente se piensa, pues no consiste, no, en un vano «me pesa» que sale entre sonrisas de los labios. Semejantes «pésames» bastarán para un amigo á quien se ha dado un pisotón, para una señorita á quien por descuido se le ha rasgado la cola. Pero Dios no se paga de tales cumplimientos: el pesar que exige Dios consiste en que el alma, por un esfuerzo vigoroso de su energía, se arranque del mal en que estaba sumida, y se oriente hacia el bien que ahora anhela y abraza con generoso amor, y por decirlo en una palabra técnica de admirable precisión, el arrepentimiento es la conversión de la voluntad, el retorno completo del alma.

No insisto más, porque el tiempo apura, y aún me resta mucho que deciros.

El hombre del mundo tiene dos maneras muy diferentes de perdonar.

Una emplea para perdonar á los demás; otra para perdonarse á sí mismo.

Veamos cómo perdona á los otros. Pero, ante

todo, notemos que el decálogo del mundo está muy abreviado; de suerte que, descartando muchos pecados, alivia no poco nuestras necesidades. Con no matar ni robar ya es un hombre honrado.

He aquí un señor enormemente rico: á voces se cuentan sus millones; pero muy por lo bajo y con los ojos muy abiertos se cuchichea que no se sabe á punto fijo cómo los ha apañado, y bajo la gran campana de la chimenea refiérense odiosos chanchullos, háblase de negocios por extremo sucios, de usuras y jugadas de bolsa en que se han acumulado grandes ruinas. Es por lo tanto un señor bien villano. Mas hédelo ahí que entra en el salón; y de repente á él se vuelven todos los ojos; á él se tienden todas las manos; hacia él irradian todas las sonrisas.

¡De manera que el mundo le perdona todo *eso!*

He aquí otro, honrado y sin tacha, pero desafortunado en sus empresas y por fin... arruinado. Pues observad cómo al verle vuelven la espalda casi todos sus amigos, y saludándole con un revés de mano, fruncen la frente y se dicen por lo bajo: «¡Vamos! á qué vendrá ya aquí ese!»

¡Ay! á este no le perdona el mundo!

Se me presenta un personaje muy sucio, un D. Juan de baja estofa, pero sin chispa de cora-

zón ni de ingenio, que se lanza á las buenas fortunas como borrico al alcacer, y á semejante oficio consagra toda su vida, incapaz de imaginarse que haya un hombre de miras más levantadas ni que sirva mejor que él á su país y á la sociedad. ¡Á su vista retrocedo!... mas ¡ay! que sin duda no lo entiendo, pues la gente que me rodea se da prisa á estrechar la mano asquerosa y á mostrar su agrado al indecente!...

¡De suerte que el mundo le perdona todo *eso*!

Álzase de repente un rumor horrible en todos los salones: acaban de descubrirse cosas atroces, y, según anuncian los papeles, van á verse comprometidos nombres muy altos. Ya se los cita por lo bajo, y... va á intervenir la justicia. Poco despues... completo silencio: todo se ha olvidado. Los nombres que se citaban por lo bajo siguen tan gloriosos y tan saludados como antes.

¡De modo que aun *eso* lo perdona el mundo?!

No siempre: porque si la justicia llega á intervenir y á castigar, será universal el grito que se levantará contra los miserables.

¡De modo que *esto* no lo perdona el mundo!

Una gran señora da que hablar: el caramillo va sonando de amiga en amiga; sábense los por menores de todos los encuentros y entrevistas, y hasta las miradas y los gestos están bien co-

nocidos: la cosa raya en escándalo, y no es difícil que el día ménos pensado suceda una catástrofe; mas por ahora lo exterior está aún en salvo. Á boca llena se la llama excelentísima señora.

¡De manera que el mundo le perdona!

Sí, hasta que suene la catástrofe. Pero si llega, se acabó: no habrá ya rincón tan escondido que no vuele allá la maledicencia para desgarrar á la desgraciada, víctima tal vez de un arrebato pasajero ó de una ilusión momentánea.

¡De suerte que el mundo no le perdona!

Y lo más divertido del caso es que, si la camarera de la señora se hubiese comprometido así con algún guapo militar, la misma señora la hubiera echado de casa incontinenti. Lo cual me lleva á las divergencias que ya dejo apuntadas.

Pero antes de entrar en ellas resumamos lo dicho hasta aquí.

En dos frases me parece que puede resumirse con toda exactitud:

El mundo perdona todo á los ricos y nada á los pobres.

Su única regla es salvar las apariencias. Lo cual vale tanto como decir á las gentes: «Haced cuanto os dé la gana; pero ¡chitón y guar-

daos bien!... que yo pueda por lo menos aparentar que no lo sé».

No quiero detenerme en la prima que se concede á la riqueza. Dios mismo se encarga de hacer el desquite, y á veces terriblemente, convirtiendo de la noche á la mañana al rico en pobre; y entonces... suena la hora de las compensaciones.

Mas ¿quién no ve que ese culto absurdísimo de las apariencias y convencionalismos mundanos es una prima concedida á la hipocresía? ¡Vida, por cierto, infernal, de mentira y de baja comedia, la que imponéis á los siervos miserables de la pasión! ¿Y es ese el modo como pretendéis reducirlos al honor? Odiáis, según decís, con toda el alma la hipocresía; ¿y la ponéis como condición necesaria de vuestra estima? Porque ¡tal es el precio á que dais vuestros testimonios de respeto!...

Pero aquí también se reserva Dios su papel. Á veces, al súbito resplandor de un relámpago, arranca el velo á los tales adoradores del dios de las conveniencias, y ¡oh cielos! qué desnudez tan afrentosa! qué lepra tan repugnante en aquellos cuerpos que parecían tan limpios y tan hermosos! ¡Y á su vista padece náuseas el alma!... Es historia de nuestros días, Señores; nosotros mismos estamos viendo á cada paso

estas repentinas desnudeces, y por si no, buena prisa se da el periodismo en referirnos al por menor lo que había de verdad bajo ciertas galas y rumbosos vestidos. Dice un proverbio vulgar que, cuando riñen el cura y el sacristán, salen á luz los secretos de la capilla. Pues bien, los curas, sacristanes y sacristanas de esta hermosa capilla del mundo tienen á riña por hora. ¡Los que tienen ojos para ver, que vean; los que tienen orejas para oír, que oigan!

Hay una ralea de gentes con quienes el bondadoso Jesús se mostró inexorable: la de los fariseos é hipócritas; sepulcros blanqueados que, espléndidos por de fuera, solo encierran dentro podredumbre y miseria. ¡Y esos son precisamente á los que vosotros concedéis amnistía!

Para sí mismos tienen los hombres del mundo perdones mucho más amplios. Y en verdad, lo que yo me pregunto es si hay algo que no se perdonen. Para todo encuentran excusa, y nunca les falta razón para defenderse.

¡Fenómeno singular, Señores, el de la razón ingeniándose para disculpar á la voluntad culpable! Sentirse criminal, aun en lo secreto de la propia conciencia, es demasiado duro para que el hombre se resigne á ello; y pareciéndole

insuportable tener que avergonzarse de sí mismo y llevar sin tregua en el corazón el testimonio de su infamia, ¿qué hace? Buscar á todo trance razones para convencerse de que su crimen no es crimen, y su bajeza no es bajeza, y que por haber cometido una infamia, él, por lo menos él, no es infame. Y las razones acuden á su demanda; eso sí, cojas, contrahechas, deformes, mentirosas; pero no importa: él las acepta y, en ellas fundado, se absuelve y se perdona.

Ni aun las almas más rectas se ven libres de semejantes perversiones del sentido moral: basta que la pasión las asalte y las solicite. Y son tan sinceras, que aun á nosotros se vienen con no sé qué secreta esperanza de que les digamos: «Sí, hacedlo». Y cuando les oponemos el tremendo *non licet* de la ley divina, vanse melancólicas y preguntándose aún si por ventura Dios les llevará muy á mal que, á pesar de todo, hagan la suya. Y es manifiesto que quienes descuentan la permisión de Dios, es porque ya ellas mismas se la han concedido.

Para hacer á cada uno palpar con sus manos la facilidad con que se perdona á sí mismo, sería medio excelente plantearle la cuestión en causa, no propia, sino ajena. Si Natán, presentándose á David, le hubiese reprendido bruscamente el

rapto de Betsabé, es muy probable que el gran rey hubiera encontrado razones con que defenderse. Pero fué el profeta más hábil que todo eso: púsole el caso de un poderoso que, teniendo innumerables rebaños, había arrebatado á un pobrecito la única ovejuela que poseía. «¡Vive Dios, exclamó David, que ese hombre es reo de muerte!» Y entonces fué cuando cayeron sobre él como un témpano de hielo aquellas palabras: «¡Ese hombre eres tú!»

Cuántas veces sucede, Señores, que al contársenos la historia de nuestro vecino, si fuésemos sinceros deberíamos decirnos á nosotros mismos: «No te indignes tanto: ese hombre eres tú».

Mutato nomine de te fabula narratur.

Y cuando condenamos á los demás, ¿no podrían encararse con nosotros las víctimas y decirnos lo que cierto reo: «Pero, vamos, ¿están vuestras manos tan puras?»

Sería curioso poner al mundo en las diversas situaciones en que hemos visto á Cristo, y preguntar lo que haría. Ante el ladrón, claro está, no tendría sino asco y soberbio desdén. ¡Bah! un ladrón de encrucijada! un matón! ¿En gentuza

como esa ha de poner la vista persona bien nacida y de buena educación?

«En verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso».

Vería con bastante buenos ojos á Mateo, que era rico, y con mejores aún á Zaqueo, que era más rico, pues estaba al frente de los honradísimos alcabaleros; pero sus simpatías serían muy pasajeras, pues Mateo dejó toda su hacienda y Zaqueo las tres cuartas partes.

Pónenle delante la mujer sorprendida...— Sorprendida? ¿Es cierto? ¿La han visto? ¿Y ella lo ha confesado?... ¡Qué escándalo! qué desvergüenza! qué infamia!—¿Oís ese gran clamoreo de maldiciones y de ultrajes? Sin duda que todas esas gentes deben de estar muy puras cuando á brazo remangado le tiran piedras. ¡Ah! y qué hermoso es ver la protesta indignada de tantas virtudes y el austero deber defendido por tan nobles vengadores!... Solo que, si viniese un profeta y se pusiese á escribir en la arena los pecados ocultos, ¡cuántos de esos acusadores sellarían sus labios y volviendo la espalda irían á esconderse entre la muchedumbre!

«Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?— Ninguno, Señor.— Pues anda, que tampoco yo te condeno».

¿Y con Magdalena qué haría el mundo? ¡Ay!

á esas mujeres de alcantarilla ¿quién las va á recoger?... ¡Si yo os propusiera que os interesáseis por ellas, al punto os preguntaríais que dónde tenía yo el sentido común, y si podía ni aun imaginarme que vuestras manos inmaculadas fuesen capaces de tocar esas manos tan sucias!

Jesucristo, sin embargo, ya os he dicho cómo acogió á Magdalena para no separarse de ella jamás. Cuando buscándole desconsolada después de muerto, él se le apareció, Magdalena, sin darse cuenta de que era él, le dirigió la misma pregunta que á todos: «Me han quitado á mi Señor. ¿No sabéis vos dónde lo han puesto, para que yo me lo lleve?» Y Jesús, conmovido, le dijo: «¡María!» Y á esta voz el corazón de María saltó de gozo: «¡Oh Maestro!»

¿Quién va á recoger á semejantes mujeres?

Y heme aquí ya en los perdones que quisiera obtener de vosotros.

El salvaje, en el estadio más ínfimo de la vida moral, se toma la justicia por su mano: da muerte á su enemigo, y, á veces, se lo come. La legislación bárbara presenta ya algún progreso: ojo por ojo, diente por diente.

Una cultura mucho más elevada reserva á la

sociedad el cuidado de castigar á los culpables, confiriendo para el caso todo el derecho y poder á una magistratura. Desde este punto el progreso todo se reduce al perfeccionamiento de las leyes penales. Toda pena para ser razonable debe tener dos cualidades: ha de ser á un tiempo vindicativa y medicinal. Ha de dirigirse juntamente á vengar y á sanar; á vengar el bien lesionado y el orden perturbado, y á sanar al culpable incitándole á reducirse al deber. Pena que se limitase á la vindicta y no dejase lugar á la esperanza, sería indigna de una justicia civilizada. Este fué uno de los más poderosos argumentos que se opusieron á la pena de muerte, y no se eludió su fuerza sino alegando en pro de la sociedad el derecho que tiene de asegurarse contra ulteriores atentados. Pero no está ahí el punto de mi problema, ni son precisamente los asesinos para quienes busco la piedad de vuestro pecho, bien que tampoco los excluyo ni de mi razonamiento ni de mi compasión.

Quedamos, pues, en que la pena infligida al culpable debe tender á curarle y hacerle mejor.

No hace aún mucho tiempo que á eso se debía limitar la justicia. Como consecuencia de la suavización general de costumbres, dábase por corriente el que la justicia debía ser compasiva

y proporcionar bondadosamente el castigo á la falta; pero permitirle que perdonase, aun mediando arrepentimiento, ni por sueños le había ocurrido á nadie. Gloria será de nuestro Ministro Sr. Lejeune el haber introducido en las atribuciones de los jueces el derecho de perdonar. Y se lo dió bajo dos formas: la condenación condicional y la liberación condicional. En esta última, sobre todo, nos vamos á ocupar.

Según las nuevas leyes un penado, en curso de su condena, si da suficientes pruebas de arrepentimiento y de enmienda puede obtener la libertad aun antes de que expire la pena jurídica. La condición es muy dura, á saber, que si en un tiempo dado llegare á recaer en falta, á la pena que por la nueva falta se le imponga deberá sobreañadirse todo lo que le fué remitido de la anterior.

Tal es el mecanismo de nuestras leyes vigentes. Con ellas nos hemos puesto á la cabeza de la civilización; y hoy es el día en que las más grandes naciones se esfuerzan por imitar nuestro ejemplo, bien que borrando á veces el sello original de nuestra obra. Pero, en fin, hay que perdonárselo: las naciones, como los individuos, tienen su amor propio, y algunas hay que sienten mucho no aparecer en todo las primeras.

Ahora bien, Señores, todo este gran progreso

no ha sido sino un paso hacia el Evangelio; y después de lo que tengo dicho acerca de los perdones de Cristo, sería superfluo demostrároslo.

Pero es manifiesto que la acción de la justicia quedará incompleta, si de parte de la nación y del pueblo no recibe cooperación vigorosa y desinteresada. Á ese culpable, condenado, liberado, arrepentido y puesto en camino del honor y del deber, es necesario que la sociedad le acoja, que le perdone y le tienda sus brazos, que le ayude en ese penoso trabajo de ascensión moral que decididamente quiere emprender. De otro modo, si le rechazáis, si le ponéis en cuarentena, si continuamente le estáis arrojando á la cara el estigma de que la justicia por su propia mano le ha lavado, ¡Dios mío! ¿en qué pensáis que vendrá á parar?

Ved ahí lo que algunos corazones nobilísimos han comprendido, y comprendiéndolo han llegado á formar para esos desgraciados comisiones protectoras á las cuales se han consagrado con generosa y magnánime abnegación. Debieran ser por legiones: pero hasta ahora no son sino, como á los principios del Evangelio, un reducido rebaño: *pusillus grex*.

¿Y por qué? ¿Por qué esa prevención para con

una obra tan profundamente cristiana? ¿por qué esa desconfianza? ¿por qué esa desdeñosa indiferencia? Cristianos, cristianos, ¿no seremos capaces de perdonar como nuestro Maestro? tan picados estamos del espíritu mundano, que se haya secado en nosotros toda la savia evangélica? ¿Por qué? ¿por qué?...

¡Ah! ya oigo diversas respuestas.

«¡Hay tantas personas honradas que viven en la miseria! ¿á qué ir en busca de malvados?»

Esta misma dificultad, sin duda alguna, le pusieron á Cristo. Pero ¿qué importancia le dió? «No he venido por los justos, sino por los pecadores».

Y ya entenderéis que yo no tengo ni la pretensión ni la imprudencia de añadir ni una palabra á la respuesta de Cristo.

Dicen otros: «Ocuparse con semejante gentuza es tiempo perdido».

Lo cual, si yo no me engaño, quiere decir, que los tales no se enmiendan jamás, que están entregados al mal é irremediablemente perdidos, que no hay que cansarse con ellos sino abandonarlos á la fatalidad de su suerte.

¡Ah, Señores! reparad en lo que decís: ¡es cosa tan grave desesperar de un alma!

«Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo le perdonaré? hasta siete veces?»

Jesús respondió: «No te digo siete veces, sino hasta setenta veces siete».

Dícese, y yo lo comprendo muy bien, que en el momento de pronunciar sus sentencias, aun en las causas más justas, en el momento de arrancar de la sociedad para largos años á un culpable, suelen los jueces sentir una angustia que les aprieta y tortura el corazón: ¿y vosotros, con una palabrilla tan ligera, vais á excluir de un golpe y para siempre de todo honor y de toda esperanza á toda esa legión de desgraciados, sin conocer su miseria, su debilidad, tal vez su inocencia? ¿Es esto cristiano, Señores? ¿Es siquiera humano? De ninguna manera, ¿no es verdad?

Pero vais á ver hasta dónde llevo yo mis condescendencias.

No, yo no pretendo que abráis vuestro corazón y vuestros brazos á todos los presidiarios, ni que vayáis á cogerlos de buenas á primeras del hato, ó según se presentan en hilera ó escritos en el registro. No, abiertas tenéis las celdillas; id á ellas, tratadlos allí, conocedlos y... escoged. Así es cabalmente como proceden las comisiones que os recomiendo.

Sí, de celda en celda van esas mujeres admirables, de celda en celda van esos hombres de corazón generoso y grande, —al fin, corazones

de apóstoles,—allá van, á franquear sus propias almas y consolar las ajenas. Si no me engaño, esta es la obra que nos enseñaba nuestro viejo catecismo: visitar á los encarcelados. Mas, ¡ay! qué olvidada está ya esta virtud de los antiguos cristianos! Lo sé muy bien, los rigores administrativos, sin corazón y sin entrañas de principios de nuestro siglo la hicieron imposible. Pero imposible ya no lo es: ¿á qué arredrarnos?

Van, pues, como digo, los de las comisiones, y, Señores, ¿lo creeréis? Á vista de esos hombres y esas mujeres que penetran en la prisión, aquellos pobres corazones..., los que en un momento de locura desfallecieron, y los que, más duros ya, fueron rodando de caída en caída, y hasta los criminales encallecidos en que tal vez parece que llegó á extinguirse hasta la última chispa de la virtud, en una palabra, todos aquellos desgraciados rompen á llorar, se sienten como desconcertados, y saltan de gozo, porque, entre la negra cerrazón de la tempestad, ven cruzar un relámpago, una ráfaga luminosa que viene del cielo á entreabrirlos á la esperanza. ¿Será verdad? ¿Conque yo podré volver á ser hombre honrado? y la sociedad que me arrojó de sí no rehusará recibirme? y podré yo

andar con la frente levantada, sin que nadie me avergüence y me fuerce á bajarla. ¡Ah, hermano mío! lo que dices no es un sueño: tú, sí, tú puedes recobrar tu honra en la sociedad y tratar con ella sin sonrojarte; y los hombres de corazón, los cristianos, no te desecharán. Mira esos hombres que vienen á visitarte, mira esas mujeres de noble y magnánimo aliento que vienen á tratarte con tan cariñosas palabras: ¿no es verdad que se han adelantado á tenderte los brazos y ofrecerte su corazón? ¡Ánimo, hermano mío encarcelado, buen ánimo! Lloro por lo pasado, mas espera en lo por venir, que todavía habrá para tí días de honor en el mundo.

Aprenden, pues, á conocerlos; y para precaver toda sorpresa, no se fían de solo su juicio, sino que oyen respetuosamente el de aquellos, que ocupados por oficio en la vigilancia y observación de los criminales, tienen por su carácter y por su ejercicio, acreditada experiencia.

Y estos señores, cuando yo les pregunto, me responden lo siguiente: «Es incontestable que ciertos naturales degenerados son incapaces de arrepentirse y volver á mejor vida. ¿Será que están viciados de origen, y como formados en moldes esencialmente corrompidos?»

Pero éstos, más bien que criminales, deben llamarse inconscientes, y faltándoles la base mis-

ma de la culpabilidad, son irresponsables. Y por más que en nuestros días va dominando una perversa tendencia á multiplicar el número de tales desgraciados, y á no ver en la generalidad de los hombres sino desequilibrados por el estilo, preciso es, sin embargo, reconocer que existen algunos casos; con lo cual ya tenemos una categoría de que podemos prescindir para nuestro intento, pues los tales, más bien que la caridad particular de los patronatos, lo que necesitan es hospitales ó manicomios.

Al lado de esta gavilla de hombres máquinas, verdaderamente fatales, inclinados al crimen con el ímpetu irremisible de las leyes necesarias, hay otras que tampoco serán de nuestra incumbencia. Encuéntranse naturalezas, equilibradas sí y libres con toda la libertad de una voluntad dominante y perfecta, pero tan perversas y corrompidas, que parece están de arraigo en el mal como en terreno jugoso y preferido; que son malas, no ya por constitución y modo de ser, sino por elección; que hacen el mal por el gusto de hacerlo y no lloran su condena, sino porque los pone, al menos por el momento, en la imposibilidad de seguir ejercitando sus malas mañas; que no sueñan en la libertad, sino porque esperan que en libertad podrán volver de nuevo á sus crímenes y maleficios.

Estos son los que se llaman incorregibles; tampoco hacia estos pretendo yo orientar vuestro corazón. Sin embargo, antes de pasar adelante, no puedo menos de lanzar un grito de alarma cristiana. ¡Oh! no os apresuréis á pronunciar sobre un hombre tan aterradora sentencia. ¡Incorregible! Pensad una y otra vez ese juicio sin remisión. ¡Cuántas veces sucede que los miserables no se corrigen, porque ni la sociedad ni vosotros habéis tocado aún en su alma la fibra que seguramente hubiera vibrado y los hubiera traído á camino de salvación!

¡Incorregibles! ¿Y vosotros? ¿os corregís vosotros de vuestras faltas? ¿Y no conocéis en el mundo algunos impenitentes que no reciben de vosotros sino sonrisas y continúan sus graciosísimas fechorías? Y el mundo también los conoce y los tiene por tales, y, sin embargo, los admite á su trato y encuentra buena su compañía, hasta el punto de causar asco aun á los menos aprensivos. ¡Incorregibles! ¡Ah Dios mío! si vos nos hubierais de juzgar como nosotros juzgamos á los demás, ¿quién hallaría gracia en vuestros ojos?

Resta aún una larga cadena de criminales vulgares. Figuraos que van pasando á vuestra

vista cual suelen pasar por las grandes crujiás de los presidios. Miradlos: uno en pos de otro, á paso acelerado, bajo la imponente mirada de sus guardas, oculta la cabeza en el siniestro capuz y presentando á la altura de los ojos aquellos dos agujeros negros, por donde salen á manera de relámpagos miradas despavoridas, que parece os preguntan algo y no sabéis lo qué. Porque toda vuestra curiosa atención se estrella en aquella hopa insensible, sin que logréis vislumbrar ni un rastro siquiera del semblante, ni un repliegue de esa sonrisa que hablaría aun en el silencio de los sepulcros. ¿Os dirigen una súplica, ó una amenaza? ¿Imploran vuestra protección, ú os maldicen? ¡No lo sabéis! Y en tanto la cadena va desfilando silenciosa, rápida, cual nube de atropellados fantasmas bajo el látigo vengador de las Erinnes. ¡Ah, Señores, semejantes impresiones no se olvidan jamás: quedan cual losa de plomo oprimiendo el alma! Porque, en fin de cuentas, ¡si entre esos desgraciados hubiese un inocente, uno solo!...

Momentos después de pasar ante mi vista, los contemplé en la capilla, adonde ellos se habían dirigido, y tras de ellos nosotros para cantar y hacerles así más bellas y conmovedoras las ceremonias religiosas, únicas fiestas de que ellos disfrutaban. Allí, desde lo alto del coro, los veía-

mos en la profundidad de aquella especie de anfiteatro, que remedaba al infierno de los nueve círculos de Dante: allí estaban los infelices en su departamento especial con el rostro ya descubierto y mirando hacia el altar. Cuando apareció el celebrante, y las teclas del órgano comenzaron á vibrar con solemnidad y dulzura, ¡oh! ¡qué de lágrimas vi yo rodar por aquellos semblantes! ¡qué de sollozos oí salir de aquellos angustiados pechos! Agólpanse á su memoria en tales ocasiones los recuerdos de toda su vida: aquella su juventud sonriente, aquellos años en que también ellos eran buenos; y la madre queridísima, y la esposa, y los tiernos chiquitines ¡oh, sí, los chiquitines, los pedazos de su corazón que quedaron allá solos, abandonados, á la otra parte de aquellos muros más infranqueables que el Océano, lejos, sí, tan lejos!

¡Ah! ved ahí, Señores, los que os llaman; ved ahí los que por mi mediación os piden misericordia; ved ahí los que os ruegan que os dignéis ir por allá á verlos y consolarlos; ved ahí los infelices á quienes podéis abrir y allanar el camino que los conduzca á recobrar el honor.

Determinaos á ello, os lo suplico. Persona de noble alcurnia y cuyo ejemplo, seguramente, no os llevará jamás á nada indecoroso, os ha señalado hace tiempo el camino. Os diré su nombre:

no lo desconoce la historia; es nombre de Rey, y las más altas coronas se abaten en su presencia: llámase Jesucristo. No se desdeña él de comunicar con ellos: á ellos se da todo cuanto es, lo mismo que á vosotros; sí, á ellos también, á todos ellos, por muy hondo que hayan caído, por despreciables, por odiosos que á vosotros os parezcan. Y adonde Jesucristo va, páreceme—¿y no sentís vosotros lo mismo?—páreceme que también nosotros podremos ir sin mengua. ¿Acaso no tenía él ideas tan seguras como vosotros sobre el decoro y tratamiento propio de cristianos? ¿Ó pretenderá el mundo aventajársele y darle lecciones en punto de educación y cortesía? ¡Por cierto, que la pretensión tendría gracia!

En el régimen de las nuevas leyes hay ciertos días y horas en que los socios del Patronato pueden visitar á los presidiarios en sus celdillas, y aun—¿porqué no decirlo?—en la íntima comunicación de una fraternidad verdaderamente cristiana. Pues en tales visitas es donde aprenden á conocerlos; así es como en aquella lobre-guez llegan á descubrir las almas para quienes puede aún brillar la esperanza de regeneración. Y una vez descubiertas, á ellas se dirigen y se

consagran: con ellas departen un día y otro día, y les oyen sus penas, y escuchan sus ensueños, y discuten sus proyectos; y á estas agencian la libertad, y, por fin, libres ya les dan afectuosamente la mano y les prestan auxilio.

Voy á presentaros un caso.

Una mujer admirable, cuyo nombre no me es dado revelar, se encontró en sus visitas con una infeliz madre de familia, condenada por varios hurtos, la cual, lejos de encerrarse en hipócritas negaciones, confesaba ingénuamente el número y gravedad de sus faltas, solo que le parecía tener en ellas alguna excusa. Madre de cuatro niños de tierna edad, había visto á su marido entrar en presidio por haber, en no sé qué reyerta de taberna, inferido á su adversario algunas lesiones capaces de ponerle en peligro la vida. Sola y abandonada, dióse á trabajar cuanto pudo para mantener á sus hijitos; pero como el jornalillo no le alcanzaba, tuvo ocasión y alargó la mano á lo ajeno. Lo fácil de este nuevo medio de subsistencia y la impunidad que logró en el primer lance, fueron para ella gran tentación, y en efecto, continuó robando, hasta un día en que sorprendida en flagrante la encarcelaron. Bien arrepentida estaba ahora, y sin queja de nadie sufría la pena que le habían impuesto; pero aspiraba á la libertad, no tanto

por sí misma, pues harto sabía la vida trabajosa que la aguardaba, sino por sus hijos. ¡Ah! verlos, abrazarlos, estrecharlos contra su seno, poderlos sentar de nuevo sobre sus rodillas!...

La noble visitadora tomó muy á pechos el salvar á esta mujer, á esta madre. Se averiguó que el marido continuaba aún el curso de su condena, pero con tantas y tan sinceras prendas de arrepentimiento, que podía aspirar á la liberación condicional. El empeño decidido de la señora por una parte, y por otra la buena voluntad del Ministro de justicia, condujeron las cosas á tan buen punto, que en el mismo día en que la mujer dejaba su prisión, el marido dejaba la suya.

Mas no paró aquí.

En un pueblecillo de cierto país no lejano se había dispuesto una tiendecita, humilde sí, claro está, pero al fin una tiendecita para la mujer, y para el marido un empleo de obrero. Y ambos pusieron manos á la obra con ánimo y decisión; y la cosa les fué á pedir de boca. No hicieron, no, una gran fortuna; pero trabajando uno y otro con perseverancia, llegaron á educar é instruir á sus hijos. El mayor era mocito, y estaba ya en aptitud de ganar su salario cuando la madre se sintió morir. Al ver que la hora se acercaba, el corazón se le fué hacia aquella

á quien lo debía todo en la vida, y, volviéndose al sacerdote que la asistía para el viaje supremo, le rogó que escribiese á la señora no más que estas palabras: «Yo me muero, señora, y ¡deseo tanto volveros á ver!...»

—Pero no piense usted en eso, pobre mujer, esa gran señora no puede emprender para darle á usted gusto un viaje tan largo.

Sí que vendrá; vendrá, respondió la moribunda.

Y el sacerdote escribió.

Y ahora ¿queréis ver en actividad un corazón de cristiana?

Así que llegó la carta, en el de la gran señora no hubo un momento de duda: incontinenti se puso en camino, y cuando al caer de la tarde entraba en el cuchitril donde yacía la infeliz moribunda, ésta enderezóse en el lecho, y abriendo los brazos, «¡Ah!, dijo, bien sabía yo que había usted de venir y que yo la había de ver aún otra vez, y que había de poderle dar gracias como se dan las gracias á Dios. Ahora, bien puedo morir!» Y pocas horas después moría, en efecto, con su mano en la mano de la noble señora.

¿No es verdad, Señores, que agrada y fortifica el ver semejantes almas?

Es que llega uno muy pronto á amar, y tier-

namente, os lo aseguro, á estos desgraciados y desgraciadas. Cuando se los oye, el corazón se conmueve... ¡Siéntese tan á las claras lo mucho que ha influído en sus faltas el triste ambiente en que han nacido, y crecido y comenzado á vivir!...

¡Ah, Señores, y vosotras también, Señoras, seamos sinceros! ¿Qué seríamos nosotros si hubiésemos tenido tales padres y tales madres, y sobre nuestras cunas esa atmósfera de miseria donde hormiguan todas las mescolanzas, y ante nuestros ojos, de día y de noche y sin cesar, el ejemplo de la calle?... ¡Y qué calle, Dios mío!

Y cuando esas almas, levantadas del fango por vuestras manos, se purifican, se iluminan, y se abren como flores tardías al sol del honor, ya no es compasión lo que sentís por ellas, es amor; os sentís ya verdaderamente los padres y las madres de estas almas que habéis engendrado á la virtud.

Una mujer de grandes alientos, pero mundana por extremo y muy engreída con sus triunfos de salón, vino á dar, á lo mejor de su dicha, en un tremendo infortunio, con lo cual vuelta en sí y como resucitando de muerte á vida, consagróse á toda clase de obras caritativas, pero

muy especialmente al patronato de los encarcelados.

Y cierto día, yendo á un convento á visitar algunas de sus protegidas, y encontrándose en el camino con una amiga, la invitó á que la acompañase hasta el locutorio. Acompañóla en efecto. Recibidas en la modesta salita, y después de la breve espera tradicional, ábrese la puerta, y al punto, radiantes de júbilo, se precipitan tres muchachas como á porfía por ser cada cual la primera en abrazar y besar con toda efusión á la gran señora.

Ya adivinaréis la sorpresa y aturdimiento de la ilustre compañera.

Al salir no pudo ya contenerse.

—¡Cómo! ¿y tú te dejas abrazar de esas... mozas?

—Amiga mía, ¡hay tantos en el mundo que me abrazan y no me aman tanto ni son de mí tan amados como estas!

—Sea así, pero, al fin, si consideras lo que esas han sido... ¡qué horror!

—¡Es verdad!... pero vamos, esa consideración tampoco hay que extremarla demasiado... ni aun en el mundo.

—En fin, te admiro..., pero lo que es yo... jamás!

¿Y qué os parece que hubiera hecho esta de-

licadísima acompañante, si se hubiese encontrado con Cristo acompañado de Magdalena? Á mí no me cabe duda; tras un gestillo de repugnancia, le hubiera endilgado su frasecita: ¡Ah, Señor Jesús! ¡Y cómo podéis!... ¡Con esa Magdalena!... En fin, os admiro, pero lo que es yo... jamás!

Claro está, Señores, que no siempre se logra lo que se pretende. Y aun sucede tal vez que uno se vea burlado por una infame comedia de virtud; aunque más á menudo el fracaso tiene su origen en la flaqueza de esta pobre voluntad humana, que tan fácilmente se doblega, á pesar de las resoluciones más sinceras.

Desagradable es, ciertamente, el verse engañado.

Pero á esta mala ventura me parece que está uno algo expuesto en todas partes, hasta en los círculos más selectos y aristocráticos. Y con eso se ha de contar; ó no hay más remedio que huir á un desierto. Pero en tales percances, seguramente, lo mejor es tomarlos á risa; y á las veces, por más que uno se empeñe tendrá que reirse.

Una muchacha, encarcelada por liviana y vagabunda, dió tales muestras de arrepentimiento

y de enmienda durante su arresto, que las señoras del Patronato se interesaron por ella y le prometieron buscarle colocación, para lo cual no le pidieron otra garantía sino que, al salir de la cárcel, consintiese en pasar unos cuantos meses en una casa de arrepentidas. Aceptó muy de corazón, y, llegado el día, fué en busca de ella una Hermana del Buen Pastor. El viaje lo hicieron sin novedad.

Al llegar al monasterio brillaba el sol, los pajaritos cantaban, el verano, en su mayor auge, irradiaba sobre los valles y las colinas su embriagadora dulzura: la buena muchacha empezó á soñar.

—Pero, Irma, —le dijo Sor Ángela, —está usted muy silenciosa!

—¡Ay, hermana, qué gusto da vivir aquí afuera, en este sol hermosísimo!

Para colmo, acertó á pasar en aquel mismo punto, con su gran música á la cabeza, un garbosísimo regimiento. Sor Ángela bajó la vista y avivó el paso; Irma, por el contrario, abrió cuanto pudo los ojos, aflojó la marcha, y, por fin, se paró como fascinada por el uniforme. Sor Ángela proseguía adelante.

Al doblar de la calle volvió la cabeza, levantó la voz: «¡Irma! ¡Irma!» Ya no había allí Irma: la pobre Irma se había ido tras los soldados.

Seis meses después ya estaba de nuevo en la cárcel.

Indudablemnte, lances como este son fracasos: mas en mi concepto no daría gran idea de sí quien, por evitarlos, se resolviese... á no hacer nada.

Pero la verdad es que, siempre ó casi siempre es posible evitarlos, tomando las precauciones de costumbre en toda empresa donde hay que habérselas con hijos de Adán. La prueba está á la mano, y es que los patronatos, en la mayor parte de los casos, lejos de tener que arrepentirse de su gestión, encuentran más bien motivos de felicitarse y de bendecir á Dios por haberlos tomado como auxiliares en esta obra de regeneración social, cuyo primero y principal autor es él mismo.

He aquí en resumen la acción ejercida durante un año por la junta de una pequeña ciudad; y la escojo bastante lejana, porque no se ruborice vuestra modestia.

La junta ha visitado á sesenta y siete presos: de los cuales, doce reconocidos como incorregibles, han sido abandonados; treinta y dos se han hecho acreedores á la liberación condicional y la han obtenido; siete han logrado colocación en la industria, y veinte en otros varios servicios. En fin, tres han emigrado y, merced

á la solicitud de la Junta, están trabajando en colonias agrícolas. Ninguno ha desmentido sus promesas; y la historia de uno de ellos merece bien referirse.

El infeliz, por vengarse de un su rival, le había incendiado un cortjo, y condenado á cinco años de presidio, estaba sufriendo la pena cuando la Junta intervino en su causa.

Dejaré hablar al juez que más se interesó por él:

«Mi primera impresión, escribe, fué muy desfavorable. Le encontré en tal disposición moral, que me dió muy poca esperanza de rehabilitación. Y no es que dejase de reconocer y lamentar sinceramente su falta; pero estaba sumido en una desesperación tan sombría, que parecía haber perdido hasta el último resorte de actividad y de vida. Sin embargo, repitiéndole yo mis visitas con más frecuencia, comenzó á mostrarse más expansivo, y muy pronto su progreso moral fué tan palpable y tan rápido, que el Director y el Capellán del penal llegaron á sospechar no fuese comedia.

»Le propuse yo que emigrase, y aceptó. Una sola cosa le atormentaba: irse sin ver á su madre! Pero, precisamente su madre, á pesar de

reiteradas cartas suplicatorias que él le dirigió, se negaba á verle y á perdonarle. En fin, fuí yo mismo en busca de aquella pobre mujer, confiado en que mi persuasión doblegaría su corazón maternal. Logré mi intento. No solo vino á ver á su hijo, pero aun me dió, para cubrir los gastos de emigración, ciento cincuenta francos que tenía ahorrados y como en reserva para los días de su vejez. El penado mismo había también hecho por otra parte, á fuerza de trabajar, un peculiejo de setenta francos; de manera que añadiéndole la Junta á estas dos sumas otros cincuenta francos, tuvo ya no solo para pagar el flete hasta el Canadá, sino también para proveerse algunos días la subsistencia hasta que hallase trabajo. Y muy pronto lo halló; pues desembarcado el 2 de Setiembre, el 5 del propio mes ya escribía: «He sido afortunado y estoy contentísimo: cuento ya con dieciocho piastras (90 francos) al mes, amén de posada y mantenimiento. Conforme á mis repetidas promesas trabajaré cuanto pueda, para borrar mi deshonra pasada y tener con qué auxiliar cuanto antes á mi madre».

»Un año después escribía: «Siempre me hallo contento; pero ¡cuándo será el día en que pueda darle á usted una prueba de que el penado puesto gracias á usted en libertad, ha llegado á

ser un hombre de bien, verdaderamente feliz y buen padre de familia!»

»Este hombre se está portando tan bien, que el vecindario católico de su pueblo acaba de escogerle para dar la bienvenida en nombre de todos al nuevo párroco, y para hacer de padrino en el bautismo de la gran campana que han puesto en la torre.

»Á los tres años de estancia compró una posesión de ciento sesenta acres (657 hectáreas) con su casa, graneros, establo y demás dependencias; llegando así á ser todo un propietario. Verdad es que en esta compra empleó todos sus ahorros y aun algo más, pero supo arreglarse; porque dando enseguida la posesión en arriendo, se fué á trabajar á una cantera hasta que, reunido el dinero necesario para amortizar su pequeña deuda, la satisfizo y tomó por cuenta propia la explotación de su hacienda. Y salió con su intento, y al anunciarlo así á su protector de Europa: «¡Ah! —exclamaba— toda esta dicha á usted se la debo; ¡bendito sea usted y mil veces bendito! Me horrorizo al pensar lo que hubiera sido de mí á no haberle puesto á usted Dios en medio de mi camino».

Muchísimos casos podría citaros, Señores, de caídas semejantes y semejantes resurrecciones. Tengo en mi poder numerosas cartas, que bondadosamente me han entregado sus dueños, escritas por obreros de fábricas, trabajadores de campos lejanos, doncellas y muchachas de servicio, modestos comerciantes de pueblo, obreras de grandes ciudades...; todas ellas rebosan de gratitud para con aquellos á quienes, con nombre bien propio, llaman sus salvadores. Y es muy dulce, sobre todo, al recordar las repugnancias vencidas—pues no niego yo que el contacto con semejantes culpables naturalmente ha de causar repugnancias,—pero es muy dulce verlas de este modo recompensadas. Y en todo caso, es manifiesto que Dios entra á la parte y paga de contado, proporcionando el gozo, aun en este mundo, á medida del sacrificio.

Uno de mis amigos, consagrado de lleno á esta obra, encontróse un día en presencia de un crimen tan abominable y odioso, que, si yo me atreviese á nombrarlo en este lugar, vuestros corazones saltarían de espanto. ¿Y había de abandonar á aquel miserable? ¡Ah! no; sino que se venció, y necesitando él mismo de un hortelano le llevó á su propia casa y le tomó á su servicio. «Lleva ya conmigo diez años—me

decía —y le aseguro á usted que no tengo menos confianza en él que en mí mismo». Al ímpetu salvaje de una pasión infernal, llegó el desdichado á tener una hora de locura furiosa; pero Dios sabe hasta qué punto sería culpable. No prejuzguemos.

Pero me diréis que el oficio á que os invito podrían desempeñarlo con infinitas ventajas de prudencia y de fruto los empleados de los penales, y especialmente los capellanes. ¿Y á qué meteros á vosotros en eso?

Pues ved ahí una cosa en que os equivocáis, Señores, y vosotras sobre todo, Señoras.

El personal de los penales, por inteligente y abnegado que sea, tendrá siempre á los ojos del presidiario un vicio de origen: es un empleado del gobierno, que está á cumplir con su oficio. El Capellán tiene también para ellos la contra de ser un cura y predicar... para su capilla. No es posible quitarles del magín estas cosas; y en lo que hace á los curas ¡cuántas gentes de mejor condición participan de semejantes prejuicios! Pero no insistamos en esto. El penado tiene fe en la abnegación de tal señor y de tal señora, precisamente porque comprende que, si le van á visitar, es por puro amor y bondad, que allí no buscan lucro sino molestias y trabajo; de manera que se le va el corazón hacia ellos,

porque antes ha visto que los corazones de ellos vienen á él.

¿Y os parece nada, Señores, el honor que les hacéis? ¿No echáis de ver que los eleváis y los engrandecéis á sus propios ojos? ¿No adivináis lo que es vuestra visita para ese pobre hombre afrentado, degradado, sepultado bajo la deshonra de aquel capuz gris; y la emoción que experimenta y cómo se estremece de júbilo cuando vuestra mano va á buscar su mano culpable y se la estrecha como mano de hermano desgraciado? ¡Ah! este momento, este primer apretón de manos tan afectuoso no lo olvidan jamás, por larga que sea aquí abajo su vida.

Pero aun hay más. El corazón del hombre está tan mal equilibrado, que los celos pesan en él más que las esperanzas, y muy presto acaba, ya lo sabéis, por desesperar de sí mismo. Así que, para acercarse á estos hombres, se requiere su tanto de ilusión y entusiasmo, y como el depósito y provisión de cosas tan santas se agota demasiado pronto en nuestras almas, se necesitan corazones juveniles, de esos que, siquiera sea por irreflexión, siempre digan ¡adelante! á pesar de todos los chascos y decepciones. Y en fin, solo vosotros, con la delicadeza de vuestros sentimientos aún no embotada por la experiencia, podéis figuraros los

recursos encantadores, las seductoras estratagemas, las habilidades,—iba á decir la diplomacia—de los corazones que, á veces al primer asalto, los invade y los hace cautivos.

Ya en otra ocasión cité un rasgo que completará bien mi pensamiento, y por lo mismo espero me concederéis el permiso de repetirlo.

Un penado tascaba su freno con furia incorregible. Su pena era justa, él mismo lo confesaba; y no era desproporcionada, también lo reconocía. Pero un camarada le había hecho traición, sin la cual, jamás le hubiera llegado á descubrir la justicia. Y el traidor estaba libre, sin que hubiese ley alguna que le alcanzase, ni lengua que le echase en cara su felonía; era todo un hombre de bien á los ojos del mundo, mientras que él, deshonorado para siempre, no podría levantar ya nunca la frente. Pero, en fin, había de llegar la hora; y se vengaría, y le mataría como á un perro, pues lo era, le quitaría la vida con todo el refinamiento de los antiguos verdugos, para hacerle así pagar en una hora lo que él había penado en diez años de presidio. Director, guardias, capellanes le habían predicado, mas todo en vano: él no les repli-

caba, eso no; pero en su corazón proseguía caldeando el crimen y la venganza.

Uno de los visitantes del Patronato probó también á ganarle, pero sin más fortuna, tanto, que ya sentía en sí el desaliento, cuando su señora tuvo una inspiración del cielo:

—Pero ¿no me has dicho que ese infeliz tiene una hijita?

—Así es, y basta nombrársela para que al punto se me eche á llorar.

—¿Y no me has dicho también que precisamente este año ha de hacer la niña su primera comunión?

—Sí por cierto.

—Pues entonces, amigo mío, ganada tenemos la causa.

Bien ensayada la niña en el papel que había de ejecutar, y vestida para el gran día, como pudiera una rica, á la hora convenida fué con su propia madre y con el visitante y su señora al penal. Cuando el pobre hombre entró en el locutorio y vió delante de sí toda de blanco y coronada de flores á su niña, á su pequeñita, á su hija queridísima, cubrióse el rostro con ambas manos y rompió á llorar. Y precisamente entonces, cuando más sollozaba, acercándosele cuanto pudo la niña: «Padre mío—le dijo—no me lo niegues; le perdonas, ¿verdad?» Á lo

cual, vencido él y reventando de emoción y de amor: «Sí, querida mía—le respondió—sí, por tí, le perdono». Y á través de la doble valla formada entre uno y otro por las rejas inexorables, el padre y la niña se enviaban ardentísimos besos.

Pues bien, Señores, ¿os parece que un guardia, ni siquiera un capellán, hubiera sido capaz de imaginar una escena tan conmovedora? No, para esto se requería el corazón de una madre. Ved, pues, ahí porqué esta obra necesita de vuestros corazones.

Por lo demás ya entenderéis que mi intención no es que todos y todas entréis precisamente en la rueda de las visitas: ni aunque quisierais podríais hacerlo. El número de los visitantes está necesariamente restringido; y el mismo Ministro de la justicia es quien faculta para este cargo. Pero, con todo, no vacilo en deciros que está en vuestra mano el cooperar con los visitantes á cada momento.

¿En qué vendrán á parar los pobres presos, aun así entresacados y convertidos y devueltos al honor, si el mundo todo se empeña en rechazarlos? ¿Y de qué servirá toda la solicitud y desvelos del Patronato, si al fin y al cabo sus pro-

tegidos han de verse tratados como parias y arrojados á la vía pública? ¿Qué será de ellos si cada uno de vosotros abandona á su vecino el cuidado de buscarles trabajo y colocación? ¡Ah, Señores! yo no os pido que vayáis á confiar la administración de vuestra hacienda á un condenado por estafa, ni el cuidado de vuestros hijos á una mujer apresada por vagabunda: no hay para qué extremar las cosas. Lo que os suplico es que no os mostréis despiadados é inexorables, que no rechacéis de golpe y porrazo, sin examen, sin dar antes oídos, á los infelices que os presenten y á quienes tal vez podéis dar en una respuesta la sentencia de vida ó de muerte moral.

¡Acordaos de Jesucristo!

Que, al fin, él es nuestro Maestro y nuestro ejemplar y modelo, ¿no es verdad? ¿Ó por ventura será peligroso el ejemplo que nos dió?

Perdón, Señores, perdón para esos desgraciados, á fin de que algún día haya siquiera un alma que clame á Dios perdón para nosotros.

A. M. D. G.

DE LA CONDICIÓN DE LOS OBREROS

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DE LA CONDICIÓN DE LOS OBREROS
EN
LA SOCIEDAD CRISTIANA
CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



MUCHAS veces, bien lo sabéis, en las conferencias que he tenido el honor de haceros, he tratado de la suerte del obrero y del pobre. Mi corazón me llevaba á hablar de ellos y el vuestro os inclinaba á escucharme. Siempre nos parece dulce y grata la conversación que versa acerca de lo que amamos.

Hoy vuelvo á hablaros de lo mismo, pero en condiciones singularmente solemnes. Las otras veces os he hablado en mi nombre, y mis pensamientos, como todos los pensamientos humanos, se presentaban á vuestros espíritus como pretendientes á quienes podíais abrir ó cerrar

la puerta. Nada os ligaba conmigo: yo era un hombre que se dirigía á otros hombres, y solo vuestra benevolencia me aseguraba buena acogida entre vosotros. Hoy ya no me presento en mi nombre solamente; hoy me siento revestido de autoridad y de fuerza: tengo misión para dirigiros este discurso. «Que el que sepa hablar, hable», ha dicho el Jefe de la Iglesia, y en la medida de mis fuerzas hablaré.

¡Ahl Señores, fué un día grande en la historia de nuestro tiempo, aquel en que apareció en todas las lenguas de la tierra la luminosa Encíclica pontificia sobre la condición de los obreros. Toda la Iglesia de Jesucristo la escuchó en pie, respetuosa, y aun el mundo, admirado, dió treguas por un instante á las frivolidades de su vida, para prestar oídos á la voz de ese anciano, que hablaba en medio del silencio del universo.

Se ha dicho que desde aquella hora la Iglesia tomaba una orientación nueva, que renunciando á los tronos adonde Constantino la había hecho subir, y de donde la revolución del siglo último la había hecho bajar, renunciando á vanas esperanzas y á inútiles miradas al pasado, abría sus brazos á la democracia que subía. Se la ha tenido por hábil en sacar provecho del imponente despertar de los pueblos, y

prudente en abandonar á tiempo las viejas naves que hacían agua por todas partes.

Solo se olvidaba una cosa, y es que siempre y ante todo la Iglesia ha sido la ciudad de los pobres, que su divino Jefe fué un obrero, hijo de obrero; que sus apóstoles fueron obreros, y que en eso ha cifrado su gloria. «Somos hijos de la plebe vil, exclamaba Tertuliano»: *ex vili plebecula*. Ese instinto, ese innato afecto al pobre y al pequeño ha permanecido en su sangre. Es en ella como un sello de raza y un perfume distintivo. Va á los débiles, como á ellos iba Jesucristo. ¡Sí! ha habido tiempos en que los hombres la han hecho subir á los tronos, le han dado puesto al lado de sus reyes, la han revestido de la misma pompa y le han tributado iguales honores... Pero por elevada que estuviese, guardó siempre el recuerdo de su origen, no olvidó nunca á su pueblo, y para defenderle cuando llegaba la hora se levantaba justiciera y amenazadora ante las potencias que la creían bien encadenada á sus manos, bien sujeta bajo sus pies. Entonces exhalaba un grito, siempre el mismo, un grito de madre, el grito de su divino Maestro: «¡Cuidado! ¡Guardaos bien de hacer eso! ¡Lo que hicieréis al más pequeño de ese pueblo, me lo haríais á mí mismo!»

Y sin embargo es verdad, aunque en sentido

bien diverso, que se ha dado una nueva orientación á la Iglesia. Si ella es la ciudad de los pobres, es también la ciudad de la autoridad y del respeto. Ahora bien; en la lucha de clases que caracteriza el fin de nuestro siglo, el rico, los grandes, los poderes mismos son poseedores y ocupantes, y, por tanto, el derecho parece estar de su parte. El obrero, el pobre, el pequeño, en sus reivindicaciones, parecen ser rebeldes en insurrección contra el orden de cosas establecido. Buen número de espíritus, inciertos ó temerosos ante ese espectáculo, vacilaban en tomar puesto en la lucha. Reconocían perfectamente al pobre y paciente necesitado, veían indudablemente su fisonomía demacrada por el hambre, contraída por el dolor... pero aquellos gritos de guerra y de ruina, aquellas miradas de odio, aquellos espumarajos de frenesí, aquellos puños crispados y amenazadores les asustaban, y en su terror retrocedían y se apartaban de él.

Mas hoy ¿quién habrá ya que vacile? La palabra de orden ha resonado de un extremo á otro de la cristiandad: «¡Al pueblo! ¡Al pueblo!»

Y toda la Iglesia acude á él ahora, como un ejército va á la batalla. Penetra á través de la vanguardia tumultuosa de los rebeldes, y detrás de ella descubre á la multitud de los pequeños, de los trabajadores, de los que sufren, can-

sada sin duda de su miseria y aspirando á mejor situación, pero calmosa y no poniendo su esperanza más que en la justicia y en el derecho... Esa multitud—bien la conoce la Iglesia—esa multitud es la misma de quien se compadecía Jesucristo: *Misereor super hanc turbam*, y, como madre de ella, siente que á su vista se le conmueven las entrañas. Va á amarla más que la ha amado nunca, va á servirla, va á defenderla, y, si Dios quiere, va á salvarla.

Esta, Señores, sí, esta es la nueva orientación de la Iglesia. ¡Es cosa hecha! Ya no hay en el mundo ni un sacerdote, ni un fiel, cuyo corazón no se haya consagrado, irrevocablemente, si es preciso hasta darle su sangre y su vida, al pueblo, al obrero y al pobre. Ya no hay ni un púlpito de iglesia, ni una cátedra de escuela en que no resuene esa Encíclica de León XIII, esa carta inmortal de los derechos y de los deberes del obrero y del miserable.

¿No oís esas voces que pasan por el universo en medio del soplo de las tempestades y del bramido de los huracanes? Son las voces de la Iglesia. ¡Cantan la paz y el amor! ¡Cantan el porvenir de los pueblos!

¡Ah! Señores, no moriré yo, no moriremos nosotros sin haber visto lo que pesa en la balanza de los destinos del mundo el peso de la

Iglesia toda entera lanzando en el platillo de los pequeños.

Alguien ha dicho: «La Encíclica es algo más y mejor que un programa económico, es un beso de Jesucristo á los pobres».

¡No conozco expresión más bella!

Sí, es un beso de Jesucristo á sus pobres; un beso de hermano, porque él fué pobre como ellos; un beso de madre, porque les ama mucho más y mejor que una madre; un beso sangriento, enrojecido aún por la sangre derramada por ellos!

Me permitiréis que no siga rigurosamente el orden y la disposición de las ideas que ha seguido su mismo augusto escritor. Él no se detiene en describir largamente el espectáculo del desquiciamiento de la sociedad contemporánea; le bastan para esto dos pinceladas.

Con ellas hace ver que la violencia de las revoluciones políticas ha dividido el cuerpo social en dos clases y ha abierto entre las dos un inmenso abismo. De una parte, la omnipotencia en la opulencia; una facción que, dueña absoluta de la industria y del comercio, tuerce el curso de las riquezas y hace que afluyan á sí propia todas las fuentes. De la otra, la debili-

dad en la indigencia; una multitud, de alma ulcerada, siempre dispuesta al desorden.

Sin detenerse más en este mal doloroso, nos descubre inmediatamente sus raíces: «Los progresos incesantes de la industria y los nuevos caminos por donde van las artes, el cambio verificado en las relaciones mutuas de amos y obreros, la acumulación de las riquezas en unos pocos y el empobrecimiento de la multitud, y en los obreros la idea más grande que de su propio valer y poder han concebido, y la unión más estrecha con que se han coligado, y, finalmente, la corrupción de costumbres, han hecho estallar la guerra».

Ahí está la fuente del mal.

Los progresos y los descubrimientos, la desaparición de las distancias, el desenvolvimiento de la ciencia y del trabajo ingenioso del hombre, han esparcido efectivamente en la sociedad y facilitado los medios de un bienestar material absolutamente desconocido á las generaciones que nos han precedido. Mis recuerdos personales me hacen ver como si fuera ayer al obrero de antaño: y cuando considero el pan negro que comía, la choza que habitaba, la jerga de que se vestía y las abarcas que se calzaba, me siento

tentado á preguntar como tal vez lo haréis vosotros, ¿por qué se queja el obrero actual, incomparablemente mejor vestido, mejor alimentado, y, aun en las ignobles buhardillas de nuestras ciudades, mejor alojado que lo estaba el antiguo obrero?

Hasta en los pueblos y aldeas observaréis ese fenómeno. Han desaparecido casi por completo, Señores, las viejas chimeneas de campana, donde pendía enganchado de las llares un pote de hierro todo cubierto de negro hollín. En lugar de las llares veréis la estufa del burgués, de bruñido y reluciente acero; el pote es interiormente de porcelana; la casera en los días de fiesta lleva flores en su sombrerillo y el casero luce sombrero de fieltro.

El pueblo, pues, ha subido. ¿De dónde proviene que se queje? Observad que no ha subido solo. Cuando él ha dado un paso, vosotros los ricos habéis dado dos. Ese mismo progreso, esa misma industria del hombre, esos mismos descubrimientos os han llevado á vosotros á un grado de lujo inaudito en otros tiempos. Ved vuestros hoteles y los hoteles de entonces... ved vuestros guardarropas y los guardarropas de vuestros abuelos... ved vuestros caballos de raza y sus caballos de posta... vuestros coches de ocho muelles y vuestros auto-

móviles y sus calesas ruidosas y rechinantes con todos los ruidos de todo su herraje. Ved vuestros *fumoirs*, Señores, y... ellos no tenían *fumoirs*... Ved vuestras fiestas y sus fiestas, vuestros placeres y diversiones y sus diversiones y placeres.

Ha sucedido, pues, que entre el pueblo y vosotros ha crecido la desigualdad, ó al menos—no forcemos las cosas—ha permanecido lo mismo. La misma distancia os separa de él; vosotros estáis siempre arriba, y él abajo.

Pues bien, eso es lo que enciende y atiza la envidia en su corazón; y esa envidia le quema y abrasa... y esa quemadura y abrasamiento es tanto más penetrante y más viva, cuanto que ha gustado de esos bienes que antiguamente ignoraba, y le han parecido gratos, gratos á sus labios como á vuestros labios, gratos á su corazón como á vuestro corazón.

En el país de los tigres se dice que cuando una de estas fieras ha probado carne y sangre de hombre, ya no gusta más que de esa carne y de esa sangre... El pueblo ha probado vuestros bienes y dichas, oh ricos, y ahora los quiere á toda costa.

La segunda fuente del mal es la alteración de las relaciones entre el obrero y el amo. Esta ha sido la inevitable consecuencia de lo que se ha llamado la gran industria.

La industria antigua, la pequeña industria, se presta naturalmente al patronato antiguo. Un patrón dirigiendo á treinta, cuarenta, cien obreros, les conoce, les llama por sus nombres, sabe su historia, se interesa por su suerte y por la de sus familias, se compadece de sus penas y dolores, se regocija en sus éxitos y prosperidades, les ama, para decirlo en una palabra que todo lo comprenda, y en su corazón el patronato es como una prolongación de la paternidad. En la gran industria, en que los obreros se cuentan por miles, en que ya no hay patrono, sino accionistas, nada de eso es ya posible... el obrero es un desconocido para el patrono, el patrono un desconocido para el obrero, y el único lazo que les une es el de la libreta de la quincenal

Esa libreta no basta; es preciso más para unir corazones de hombres.

¿No habéis visto nunca, en las noches de invierno, á vuestros niños levantar castillos y torres con las fichas de un juego de dominó ó de damas? Sus ojos, sus manos, toda la tensión de su espíritu está fija en aquella gran obra... toman medidas de prudencia y lanzan gritos de

espanto que es cosa de verlos y oírlos... «¡No se muevan! ¡no se muevan! ¡Estense quietos!» En verdad, desde hace más de un siglo la sociedad está obrando como esos niños: erige el orden social de patronos y obreros, como ellos levantan sus torres y castillos con las fichas de damas y dominós... Veinte veces cae á tierra todo eso, y veinte veces vuelve á empezarlo... Espera siempre, ¡oh locura!... que esos dominós y esas damas se sostendrán!... «¡No os mováis! ¡no os mováis!...» ¡Pues, necios, si queréis que se sostengan, soldadlas! ¡Y no olvidéis que la soldadura de los corazones de los hombres es el amor!

La tercera fuente del mal es la acumulación de las riquezas en unos pocos y el empobrecimiento de la multitud. También aquí, Señores, el progreso y el gran desarrollo de la industria, las nuevas vías abiertas al comercio á través de los mares, las tierras y las montañas, han conducido fatalmente á una situación económica enteramente nueva. El fondo de la riqueza era la posesión de la tierra; ya no lo es. El elemento que la fundaba y la hacía dar su fruto era el trabajo. Hoy día ya no es el trabajo, sino yo no sé qué cálculo aventurado que pesa las pro-

babilidades de la buena y de la mala fortuna y atiende al éxito de una casualidad benévola y favorable, como hacen los jugadores del *bacarrat*, sin contar con el uso frecuente de las cartas preparadas.

El resultado no se ha hecho esperar, y se halla enteramente en las dos palabras del Papa: «El empobrecimiento de las masas y el enriquecimiento insensato de un pequeño número».

Las estadísticas sobre este punto tienen una elocuencia á la cual nada resiste. Pero se hallan poco difundidas, y, generalmente, cuando nos encontramos con esas columnas de cifras en nuestras lecturas, las pasamos por alto.

En vista de esto se han publicado libros encargados de vulgarizar, aun entre el pueblo, la enseñanza que nos daba la estadística, pero que no era escuchada ó no era comprendida. Esos libros han tenido una resonancia enorme. Su aparición fué como un toque á rebato, dando la señal del asalto... ¿contra los semitas, los judíos? ¡No! ¡No os engañéis en eso!... No es contra el judío, hijo de Abraham, de Isaac y de Jacob, contra quien se dirigen las amenazas y los odios, es contra el judío hijo de Mammón, el dios del oro, es contra el rico: y cuando el pueblo corra furioso á apoderarse de sus fortunas, no se detendrá á investigar si el que las posee es cristiano ó

circunciso: «¡Á mí! ¡á mí!» gritará, y de nada os serviría el presentarle vuestra fe de bautismo!

Cualquiera que, por otra parte, sea el origen del hecho, es incontestable que esa anómala repartición de la riqueza constituye un peligro social inminente. Se ha roto el equilibrio por esas cargas de la fortuna, que, corriéndose todas á un mismo lado, no dejan ningún contrapeso al otro. El navío se ladea, un golpe de viento le hará zozobrar.

Viene en seguida «la idea más grande que de su valer y poder han concebido los obreros, y la unión más estrecha con que se han coligado». Sí, Señores, los obreros han concluído por conocerse mejor. Han palpado sus músculos, y han descubierto que valen tanto como los vuestros, que están formados de la misma carne y de la misma sangre. Han hecho ensayo de su inteligencia, y han descubierto también que valía tanto como la vuestra, que tenía la misma llama y la misma amplitud. Han conocido que eran hombres como vosotros, y que la naturaleza les daba los mismos derechos. En lo cual me parece que no estaréis dispuestos á contradecirles.

Por otra parte las leyes civiles ya no distin-

guen apenas entre ellos y vosotros; han visto ellos que casi todos los caminos les estaban abiertos como á vosotros. Quieren marchar por ellos, y aspiran á subir á la cumbre. ¿En qué está su falta?

Para conseguirlo mejor se unen. Están en su derecho. Se unen de un país á otro, de un extremo del mundo al otro. También es su derecho. Sería risible, y por otra parte enteramente inútil, pretender impedir esas cosas. Cuando el obrero se dice vuestro hermano y vuestro igual ante la naturaleza y ante Dios, está en lo cierto; cuando se une con otros obreros para llegar por medio de un común esfuerzo adonde no podría llegar solo, está en lo justo.

Podéis exigirle que respete las leyes. Ciertamente. Pero ya cuenta él con cambiar esas leyes; quiere hacer leyes á su vez, y tales que redunden en su beneficio y provecho. Y atended, si vosotros no tenéis para protegeros más que leyes humanas, sin fundamento sobre la vieja roca de la justicia, donde Dios ha colocado las bases del alma y de la conciencia, vuestras leyes no podrán sostenerse en pie! Ellos las derumbarán y pondrán otras en su lugar, tan débiles acaso como las vuestras y que caerán á su vez; pero las vuestras no se levantarán. Ved cómo á fines del siglo pasado cayeron todas las

leyes de excepción y de privilegio... Así caen las hojas secas cuando pasa el cierzo. Siglos y siglos habían descansado sobre esos caballetes... Ahora duermen con el pesado sueño de las cosas pasadas. ¡Todo ha concluído! ya no las despertaréis.

«Y finalmente, dice también el Papa, la corrupción de costumbres». Quizás me preguntaréis cómo las costumbres pueden influir en la cuestión social. Tened á bien reflexionar conmigo un poco. Los vicios cuestan caros. «Cuesta más, decía Franklin, el alimentar y sostener un vicio que dos hijos. Los vicios socavan la fortuna del rico y devoran el salario de pobre... El vicio, por lo tanto, es un incentivo del oro; irrita la sed de oro que ya nos devora, y hace palpitar anhelantes todos los pechos en la gran lucha».

No es esto todo: bajando el nivel moral, el hombre ya no se toma el trabajo de mantenerse en él; se le perdona el que se deje llevar de la corriente de las pasiones recibidas y admitidas; se hace pronto á esos hábitos incontestablemente fáciles, y, perdiendo la costumbre de vencerse, concluye por no acertar á mandarse.

Las concupiscencias se sostienen en la carne

humana, y por donde una ha pasado victoriosa, victoriosas pasarán las demás. Ya no hay regla, ya no hay freno... ya no hay más que una ley, la ley de las bestias feroces, el instinto que atrapa su presa.

¿Cómo queréis entonces que el pueblo se resigne?... ¿Cómo queréis que se sujete á sufrir, él que no ha sabido jamás rehusarse el gozar? ¡No! ¡no! se lanzará á atrapar su presa, y esa presa sois vosotros

¡Ah! Señores, hay otro peligro en esa corrupción de las costumbres contemporáneas... esa corrupción ha debilitado las energías, ha afeinado las almas... Decidme, ¿qué valor resta todavía en esos hombres á quienes el placer ha extenuado entre sus brazos? ¿Dónde están el acero de sus corazones y el bronce de sus músculos? Y si sonara la hora del combate, ¿qué apoyo podíais hallar en esa raza exhausta de sangre y de valor?

El obrero, por corrompido y depravado que os plazca imaginárosle, no puede entregarse al placer más que á ciertas horas y en determinados días. En los intervalos, es preciso que sus hombros vuelvan á soportar pesadas cargas, que sus manos vuelvan á empuñar el martillo de las forjas ó el azadón ó el picacho en las tierras y en las minas, que trillen el trigo sobre

la endurecida era, que guíen la reja del arado abriendo surcos en la dura tierra. Y con ese trabajo que les retempla, recobran sangre y vigor... mientras que vosotros en vuestros lechos de rosas... ¡ah! me engaño, en los intervalos, vosotros jugáis al florete, os entretenéis en el tiro al pichón, y en vuestras batidas de caza matáis alguna liebre ó perdiz.

¿Habéis pensado alguna vez en la sorprendente inferioridad en que semejante vida os coloca con respecto al obrero, á ese hijo del trabajo?... ¡Es espantosa! Imaginaos, os lo suplico, un delicado hijo de familia opulenta en lucha cuerpo á cuerpo ó á brazo partido con un pudelador ó un martillador de nuestras fábricas... Están solos y no tienen más armas que sus brazos. Pero con uno solo de sus puños el obrero levantará al señorito como una pluma, y la veréis allí patalear colgado al extremo de aquel brazo extendido, como del brazo de la cocinera un conejo cogido por las orejas.

Pues bien, Señores, ¿no es á esa lucha á brazo partido entre el pobre y el rico, entre la plebe y el patriciado, entre el obrero y el patrón, adonde caminamos precipitadamente?

Bien sé yo que contáis con vuestros ejércitos; pero, ¡cuidado, no os fiéis demasiado en ellos! esos ejércitos son el pueblo. Ese pueblo

armado cumple con su deber, porque la justicia y el derecho están de vuestra parte, y se le ha enseñado á obedecer. Solamente os digo que, si alguna vez se aparta de vosotros la justicia, si vuestro derecho no se le manifiesta en toda su luminosa claridad, no contéis ya con él... el pueblo armado y pagado os abandonaría, se iría al pueblo de los que sufren, del cual ha salido él mismo, reconocería en él á sus hermanos y con ellos se volvería contra vosotros.

Entonces tendríais que defenderos á vosotros mismos... se despertaría en vosotros la energía de la desesperación... acudiríais á las viejas panoplias de vuestros antepasados... ¡Ah! hijos de aquellas razas antiguas, formaos, pues, frentes que no se arruguen bajo el peso de sus yelmos, pechos y espaldas que puedan llevar y sostener sus corazas, brazos que puedan esgrimir desembarazadamente sus tizonas; formaos sobre todo corazones grandes como sus corazones para que puedan abrigar su valor!

Tales, pues son, Señores, los orígenes y los peligros de la crisis social que atravesamos. Para obviarlos, sería preciso cegarlos en su fuente.

¿Se puede hacer esto?

¡Ay de mí! á algunas de esas fuentes no que-

rríais vosotros tocar, y aun cuando quisierais no podríais hacerlo.

Tratad, por ejemplo, de poner un dique al progreso material de la industria, y una cadena al espíritu de los descubrimientos. Tratad de cerrar los caminos que el arte se ha abierto á través del mundo... ¿No sentís vuestra impotencia? Pero hay más: no tenéis derecho para ello. Cuando el hombre con su ingenio consigue someter á su voluntad la fuerza y la materia, cuando arrebatada al suelo sus tesoros, cuando manda á los mares que le transporten, á la tierra que se abra para darle paso, al fuego que le preste alas, al rayo mismo que se humille y le sirva, el hombre desempeña su papel, su papel providencial, su papel de rey de la naturaleza. Dios le ha consagrado y ungido con su óleo. ¡No le toquéis en eso!

Tampoco podéis pensar en quitar al obrero la conciencia de su valor, de sus derechos y de su fuerza. Porque también en eso Dios está contra vosotros. Él es quien le ha hecho vuestro igual y vuestro hermano. Cuando el obrero os dice: «Valgo tanto como vos», tiene razón. Dios no le ha hecho á él de tierra de pucheros y á vosotros de tierra de porcelana. Y cuando el obrero se cuenta y os cuenta á vosotros, y cuando mira sus brazos y vuestros brazos y exclama:

«Somos el número y somos la fuerza...» ¡Oh! Señores, esto es muy molesto para vosotros, convengo en ello, pero el obrero tiene también razón. Es verdad: él es el número y él es la fuerza. Vosotros nada cambiaréis á esto. No se volverá ya á los tiempos de la esclavitud ni de los besamanos polacos. No es, pues, hacia ese lado adonde debéis dirigir vuestras esperanzas!

Pero las otras fuentes del mal están á vuestra disposición. Podéis, si no cegarlas, al menos encauzarlas, abrioles un lecho pacífico, amurar sus diques y hacer fecundas sus aguas hasta el presente devastadoras.

Podéis poner mano en esa repartición anormal de las riquezas y restablecer el roto equilibrio.

Podéis volver al orden antiguo de las relaciones entre el rico y el pobre, entre el obrero y el amo, y donde se han puesto cifras, volver á poner el amor.

Podéis, en fin, apretar el freno á la pasión humana, rehaceros acostumbándoos suavemente á las vigorosas virtudes de vuestros antepasados, y con un esfuerzo enérgico barrer la espuma de los afeminados que puebla y deshonra al mundo.

Y á trabajar en esta regeneración precisamente es á lo que nos llama el Jefe de la Igle-

sia. Por medio de ella es como quiere fortificar vuestros brazos y sobre todo vuestros corazones. Venid, pues, y ved aquí el camino que se debe seguir: se dirige á los débiles, va derecho al pobre.

Y en primer lugar la anormal repartición de las riquezas: Todo á los unos; nada á los otros.

Para obviar á este mal se preconizan los medios más diversos; no puedo enumerarlos todos; señalaré los más salientes deteniéndome en ellos según su valor.

Una partición igual de todos los bienes entre todos los hombres. La locura de este sistema es tan manifiesta, que no hay para qué insistir en ella. Pasemos adelante.

La absorción de todos los bienes y de toda la fortuna pública por el Estado, encargado de proporcionar á todos en proporciones equitativas los alimentos, vestidos, habitación y demás medios para una vida desahogada y cómoda. Es otra forma de locura; pero más dulce, y como tiene en favor suyo bellas apariencias, como parece calcada sobre el comunismo de la vida religiosa, seduce á muchos espíritus y los extravía. Existe toda una escuela de socialistas que profesa este símbolo.

Más dulce aún, pero siempre loco, es el sistema que pretende hacer al Estado propietario de todos los bienes y dejar á los individuos el usufructo de los mismos.

Este es el sistema de Marx y de los marxistas. Es el de todo el socialismo científico alemán. Lasalle no ha hecho más que divulgarlo; no ha añadido á la teoría más que la famosa «ley de bronce de los salarios», de que os hablaré luego.

Estos sistemas, y todos los que de ellos se derivan ó con ellos se relacionan y á ellos se adhieren, avanzan pisoteando la propiedad personal y privada. No lo ocultan; se apoderarán de vuestras tierras, de vuestras minas, de vuestras fundiciones, de vuestro oro mismo, porque también el oro es productor. Y aún se jactan de que esto no les costará gran cosa. Para transformar los bienes que constituían el objeto del trabajo, ha sido preciso más tiempo, más esfuerzos y más sinsabores que los que serán precisos para transformar la propiedad capitalista en propiedad social. En aquello, se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por algunos usurpadores. En esto, se trata de la expropiación de algunos usurpadores por la masa del pueblo».

Son estas, bien lo sé, vanas teorías. Sin em-

bargo, no os adormezcáis en una seguridad sonriente... El fin del siglo último vió echar mano á los bienes de los religiosos y de la nobleza emigrada... ¡Quien sabe si no veremos nosotros con nuestros propios ojos echar mano á los bienes de los ricos! Ya se ha vuelto á poner de moda la palabra que para eso sirvió entonces. Se decía entonces, no *robar*—eso de ningún modo—sino *nacionalizar* los bienes de los religiosos; y ahora se dice *nacionalizar* el capital de los ricos.

Era necesario que la enseñanza de la Iglesia reivindicara solemnemente ese derecho de propiedad personal y privado, batido en brecha por el ariete de todas las codicias humanas. El augusto escritor lo hace con una amplitud magnífica y con esa severidad majestuosa de la verdad poseída. No se limita á recordar al mundo aquella antigua ley de los libros santos: «No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenece». Va más al fondo, si puedo expresarme así; desciende hasta los fundamentos de ese inquebrantable derecho, y los descubre basados sobre la vieja roca de la naturaleza humana. ¡Quienquiera que los arranque desgarrará el alma!

No me extiende sobre este punto; sería fuera

de propósito ante este auditorio, en el que la legitimidad del derecho de propiedad no hallará, me parece, ningún contradictor.

Me limito á concluir con el Papa: «Queda, pues, bien sentado, que el primer fundamento que deben colocar todos los que sinceramente quieren el bien del pueblo, es la inviolabilidad de la propiedad privada».

¿Dónde conviene entonces buscar el remedio?

Se ha propuesto para llegar á una repartición más equitativa de la riqueza sin faltar á la legitimidad de las fortunas adquiridas:

Primeramente, la interdicción de ciertas operaciones comerciales y financieras que tienen mucho más de juego que de trabajo y donde se pesca el oro no á caña sino á red. En segundo lugar, un impuesto proporcional sobre las fortunas, impuesto cuya razón geométrica iría creciendo tan á prisa que, desbordándose las cajas del Estado por lo que les entrara por arriba, podrían no solamente librar de cargos á los pobres de abajo, sino también favorecerles con largueza. Además un derecho fiscal sobre las herencias, nulo ó casi nulo para los modestos herederos de pequeñas fortunas, pero creciente en proporción á las partes recibidas hasta el

punto de poner coto á las fortunas exorbitantes. Mil otros procedimientos, en fin, sin contar un derecho de capitación sobre los ociosos que no sirven á la sociedad ni en la magistratura, ni en el ejército, ni en la marina, ni en el clero, ni en el comercio, ni en la industria, ni en la agricultura, y que se contentan con aspirar la vida, como hacen las ostras, abriendo sus conchas al sol. ¡Y aun á estas siquiera se las puede comer!

¿Necesito deciros que en vano buscaríais, en el solemne documento que voy analizando, una opinión acerca de semejantes procedimientos? Quedan todos ellos á la libre discreción de los pueblos y de los Estados. Son por otra parte tales, que sirven más bien para evitar un mal futuro que para remediar el mal presente. No: solamente dos medios señala León XIII; y ambos brotan de la misma naturaleza de las cosas. El salario y la limosna... el uno dependiente de la justicia, y el otro de la caridad.

El salario...

Es evidente que por el salario una parte de vuestro oro va á pasar al obrero. Y es de justicia, porque él á su vez os da una parte equivalente de su trabajo. La dificultad se halla precisamente en determinar esa equivalencia, en

fijar la tasa del salario. Hay aquí una cuestión muy complicada; yo me limito á exponerla, sin pretender resolverla.

Quiero yo abrir una zanja en derredor de mi finca. Se me presenta un hombre y se compromete á prestarme ese trabajo, á razón de un franco diario; se sobreentiende que tengo que darle además la comida, como es costumbre en las labores del campo. Otro trabajador, que se halla sin trabajo, se me ofrece á razón de setenta y cinco céntimos... un tercero á razón de cincuenta... otro cuarto, por fin, hambriento, me dice: «Dadme solamente la mantención y yo haré la zanja».

¿Puedo ajustar á este desgraciado, alimentarle, y, concluída la zanja, enviarle con las manos vacías? Si él protestase, creo que los tribunales me darían la razón, porque he sido fiel á mi contrato.

Esta es, Señores, la famosa ley de la oferta y la demanda, y, según algunos, la única que debe regular la tasa de los salarios.

Lasalle ha deducido de ella esta conclusión que él llama la ley de bronce de los salarios. Vedla aquí en los mismos términos en que la expone: el promedio del salario quedará siempre reducido á la cantidad absolutamente necesaria al obrero para la conservación de su vida

y la reproducción de su raza. No puede por largo tiempo elevarse, ni descender. No puede por largo tiempo elevarse, porque el mejoramiento de la suerte de los obreros aumentaría su número; por consiguiente habría una oferta mayor de brazos; lo cual haría descender el salario á su nivel medio. No puede descender por largo tiempo, porque entonces aparecería la emigración, el celibato, las familias estériles ó reducidas; y, por consiguiente, disminuirían los brazos y volvería á crecer el salario». Fatalmente, pues, se halla el obrero condenado á oscilar alrededor de ese promedio miserable... ¡está destinado á sufrir!

¿No es verdad, Señores, que esto causa escalofríos en el corazón? ¿y que una sociedad en que el obrero estuviese reducido á una suerte tan dura, puesto á subasta, como una bestia de carga, sería una sociedad sin entrañas?

Pero, gracias á Dios, ni es así, ni podría serlo, ni en una sociedad verdaderamente racional, ni mucho menos en una sociedad cristiana.

«Deben acordarse los ricos y los amos, exclama el Papa, que oprimir en provecho propio á los indigentes y menesterosos, y de la pobreza ajena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano. Y el defraudar á uno del verdadero precio de su tra-

bajo es un gran crimen que clama al cielo venganza.

»Aun cuando el obrero y el amo libremente convengan en algo, y particularmente en la cantidad del salario, queda, sin embargo, siempre una cosa que dimana de la justicia natural, y que es de más peso y anterior á la libre voluntad de los que hacen el contrato, y es esta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero, que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciera alguna vez que el obrero, obligado de la necesidad ó movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura, que, aunque no quisiera, tuviese que aceptar por imponérsela absolutamente el amo ó el contratista, sería esto hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia».

¿Y cuál es esa ley superior á las condiciones de la oferta y de la demanda?

Vedla aquí.

En el orden de la naturaleza y de la Providencia, el obrero, para vivir, tiene su trabajo, y no tiene más que su trabajo.

¿Habéis pensado alguna vez en la suerte de ese pobre que llegado á los veinte años, ¡ay! y

¡cuántas veces antes, á los quince, á los doce años! se ve solo en el mundo, sin pasado, sin presente y sin porvenir? La vida, para él como para vosotros, se presenta llena de solicitudes que le llaman, llena de necesidades que gritan, y en derredor suyo pasa el mundo, el mundo de los dichosos; y él les ve, les comprende, y él está solo, empujado por la turba de ellos... Su corazón,—porque también él tiene corazón como vosotros, no lo olvidéis,—su corazón ruge, quiere saltar y seguirles; puesto que allí está la vida, quiere también vivir... y para vivir, tiene él... sus manos, sus brazos, sus hombros, su frente, su fuerza y su sangre.

«Pues bien, ahí los tenéis, tomad mis manos, mis brazos, mi fuerza y mi sangre... ¡también quiero vivir yol»

¡Pero vivir, Señores, no es solamente no morir de hambre! Eso apenas bastaría al bruto; ¡al hombre le es necesario más!

Vivir no es solo tener el pan necesario para reparar las fuerzas perdidas, tener una cama para tomar en ella el descanso que conforte los fatigados miembros y los reanime para el trabajo, tener para cubrirse un honesto vestido conforme á su clase y condición, tener fuego en invierno para defenderse de las inclemencias del frío... Es más; es tener también el legítimo goce

de una diversión modesta, y una cierta seguridad del mañana.

¡Es más todavía! Vosotros no podéis aislar á ese infortunado en la vida... Tiene derecho él también á formarse un hogar, á instalar en él á su consorte, á ver en él á sus hijos sonriéndole... Para él vivir, es amarlos, es alimentarlos, es criarlos fuertes de cuerpo y valientes de alma. ¡Sí, vivir es todo eso! Y es más aún. Es prever el porvenir, es aspirar á mejorar su posición, es soñar en poseer un día, bajo el bendito sol de Dios, una casita propia con su emparrado é higuera que la sombreen, y allí descansar en paz cuando llegue la hora de la achacosa vejez y de la muerte.

Y para vivir así, pues vivir es todo eso, el obrero no tiene más que su trabajo... ¿Qué quiere decir esto?... Sencillamente, que el salario del obrero, en las condiciones normales, debe ser tal que le permita subsistir honestamente según su clase y posición, fundar una familia y atender á sus necesidades, y aun, repito las palabras del Papa, «proporcionarse con prudentes ahorros algún sobrante, y un día la adquisición de un modesto patrimonio».

Sé por experiencia que este modo de concebir el salario no es aceptado fácilmente;—tiene tal sello de sencillez la ley de la oferta y la de-

manda, que le asegura mejor acogida.— Pero tened á bien notar en primer término, que no se trata aquí más que del obrero honrado, sobrio y arreglado y que pone todo su trabajo; y en segundo lugar, que si el obrero no encuentra en su salario todo lo que acabo de decir, ya no es obrero, sino pobre, indigente, menesteroso... Ahora bien; ese rebajamiento de clase no es de modo alguno admisible en una sociedad bien organizada.

Claro es que el obrero puede llegar á ser pobre, pero accidentalmente, y desde ese momento, para llegar á vivir, no bastándole ya el salario, será preciso, como luego veremos, que venga la limosna en su ayuda, supliendo la caridad á la justicia. Pero en el estado normal de la sociedad el obrero no es el pobre, el obrero vive, no de la conmiseración de los demás, sino de su trabajo, de lo que en justicia se le debe, de su salario.

He ahí pues, Señores, el elemento esencial y primordial que debe intervenir en la fijación de los salarios. Á él puede agregarse el factor de la oferta y la demanda, pero no puede jamás destruirle; y de rechazo cae por tierra la férrea ley de Lasalle; porque esa ley no tiene en cuenta la parte de reserva, de economía y de ahorro que proporcionará al obrero una defensa y un

muro contra las tentativas de explotación de que pudieran llegar á ser víctimas; no ve tan desesperante ley, abierta delante del obrero, ese puerto de salvación, por donde puede subir, y de obrero llegar á ser propietario.

Pero además interviene, ó al menos debe intervenir, otro elemento; y aunque no le toque en su Encíclica el Padre Santo, permitidme que os le señale, pues ha preocupado muchas veces mi pensamiento. Es el valor intrínseco y propio del trabajo prestado por el obrero. Os diré sencillamente cómo me ha venido la idea de esto. Hace bastantes años fui invitado á pasar algunos días en una pequeña granja del Brabante y allí vi trabajando á una encajera. Concluidos los trabajos del día, en la cocina, cerca del hogar en que ardían troncos de leña y pedazos de turba, la jovencita—¡no tenía aún veinte años!—se sentaba junto á la mesa, encendía una lamparilla, y la colocaba delante de un frasco cilíndrico de cristal lleno de agua. Este frasco hacía el oficio de lente, reconcentrando sobre los dedos de la trabajadora los rayos amarillos de la pequeña mecha humeante. ¿Dónde había aprendido física la niña? Luego tomaba un dibujo sobre cartón é hilo blanco... Este era el

capital que le había prestado la patrona. Enhebraba su aguja... instrumento de trabajo que debía proporcionarse ella misma... y desde aquel momento sus ojos, fijos en el dibujo, no volvían á separarse de él: la aguja pasaba y repasaba formando con el hilo caprichosos enlaces, y punto por punto iba brotando la flor, con sus contornos, sus nervios y sus perfiles. Sin interrumpir su trabajo, hablaba la trabajadora y sonreía... Si hubiera estado sola, hubiera cantado, pero distraída porque su alma estaba engolfada en aquel cartón y en aquel hilo, ponía en aquella labor una parte de su vida y consumía... no puedo decir sus bellos ojos, porque no eran bellos, pues ¡la pobrecita era bizca!... pero bellos ó feos le daban la luz del día, tan dulce de ver, y ella sabía que con aquella lamparilla los iba perdiendo.

Ahora bien, Señores; ahí tenéis hecha la flor, ahí tenéis otras veinte flores... Se las enlaza y ordena; ahí tenéis ya el encaje... Tiene su nombre; si no me engaño, le llaman encaje á punto de aguja.

Pesad el hilo que ha entrado en el encaje... Á tanto el gramo, hace la suma de...

Evalúad el dibujo... Puede valer la suma de...

El total de ambas cosas representa el capital empleado en la industria: la parte puesta por

el patrón ó la patrona. Supongamos que llegan á un luis... El encaje vale 50... ¿De dónde le viene este mayor valor?... Del trabajo. ¿Quién ha puesto el trabajo?... ¡La obrera! ¿Luego á la obrera irán á parar esos 49 luises de exceso de valor?... ¡Oh! no, de ningún modo! el capital tiene derecho á sus frutos. ¡Es muy justo! Separemos para eso otro luis, lo cual le dará un fruto ó producto de ciento por ciento... ¿Quedan los 48 luises restantes para la obrera?... No prosigo, Señores; bien sabéis vosotros lo que sucede: se le arroja un puñado de perras grandes á la infeliz. ¿Es esto justo?

El mismo pensamiento me volvió más tarde ante un espectáculo del todo diferente... ante la solemne visión de una inmensa fábrica de acero, donde á través de la roja luz de las llamas, en medio del ruido ensordecedor de las máquinas, corrían de una parte á otra miles de obreros ennegrecidos por el humo y el carbón!

Vese allí, á un extremo, hierro y hulla entrando por un conducto; en su camino encuentran máquinas y brazos de hombres... al otro extremo, á la salida, la hulla no es ya más que humo y ceniza, pero la masa de hierro se ha convertido en acero: acero en lingotes, en viguetas,

en railes, en abrazaderas, en planchas y semi-planchas, etc., etc.

Lo que ha ganado en valor es fácil de calcular: se conoce el número de toneladas de acero que sale de un número dado de toneladas de hierro, y se sabe el valor relativo del hierro y del acero. Se sabe el número de toneladas de hulla que ha habido que consumir para verificar la transformación y el coste de las demás materias que han tenido que intervenir en ella, y por fin se puede apreciar el deterioro de las máquinas.

Apartad todo eso. Queda el beneficio líquido del trabajo de la transformación del hierro en acero.

Solo que aquí el patrón tiene más derecho á intervenir en el repartimiento. No ha puesto él solamente la materia bruta del trabajo, ha puesto además ese gigantesco instrumento del trabajo que se llama la fábrica: los inmensos cobertizos de hierro, las máquinas con motor de fuego, las máquinas con motor de agua, los cubilotes, los convertidores, los hornos de recalentamiento y pudelaje, los laminadores, los pilones, etc., etc.

Pues bien, capitalizad todo eso; nada más justo; cread además una caja ó fondo de reserva por previas separaciones de una cantidad

proporcional... y ahora lo restante ¿irá todo al obrero? ¿lo consagraréis enteramente á su salario?... Pues sin embargo, esa es su parte de trabajo, ese es el fruto de sus brazos y de su sudor... Vuestro capital tiene derecho á su fruto, ya lo sé; pero también el trabajo tiene derecho al suyo. ¿Cómo hacéis la repartición?... Yo, Señores, no sé más que una cosa, y es que en la fábrica de que hablo, aun en los momentos en que apretaba la crisis, el capital contaba con un producto de 20, 25 y aun de 27 por 100.

Sería interesantísimo hacer un examen análogo de todas nuestras industrias, en que una materia bruta, fecundada por el sudor del obrero, se transforma y perfecciona, y comparar de una parte el valor mercantil que ese trabajo le agrega, y de otra el salario que se paga por ese mismo trabajo.

Conviene por otra parte no olvidar que el capital fundamental, el verdadero tipo de la riqueza normal y estable, es el capital territorial, y que este llena de gozo á sus propietarios, cuando les da un beneficio de tres, de cuatro ó de cinco por ciento, cosa inaudita en nuestros días.

Se ha dicho que era difícil establecer la parte proporcional de los beneficios que corresponde, por un lado al capital y por otro al trabajo.

No es tanto como eso; y entre veinte procedimientos para ello, he aquí uno que someto á vuestra consideración.

Un obrero agrícola gana por término medio un jornal de dos francos; 600 francos al año. Vuestros capitales, colocados en tierras, os producen, fuera de los tiempos de crisis, tres por ciento. Tomemos por base esta tasa y capitalicemos el trabajo del obrero. Su trabajo le produce 600 francos al año; luego equivale á 20.000 francos de capital. Que el obrero traslade á la industria ese mismo trabajo; le producirá cinco francos diarios; 1.500 francos al año. Es decir, que ese capital-trabajo de 20.000 francos producen en la fábrica un 7,50 por 100. Si el capital que os pertenece á vosotros, patronos, trasladado como el suyo á la industria, deducidos todos los gastos y hechas todas las reservas, no os produce más que el 7,50 por 100, es evidente que se guarda proporción entre el beneficio del capital-trabajo y el beneficio del capital-dinero. Se mantiene el equilibrio. El obrero no tiene porqué quejarse... Pero si el beneficio ó el interés del capital-dinero se eleva, y sube á 10, 15, 20 y 25 por 100, y el del capital-trabajo se queda en 7,50, ó no sube más que á 8, 9 ó 10 por 100, ya no se guarda proporción, queda roto el equilibrio.

Hay en las consideraciones que acabo de hacer, elementos de naturaleza diversa, pero que deben concurrir juntos á fijar el salario.

Ahí tiene, Señores, su campo la justicia.

«Pero la justicia no basta, añade el Papa; es preciso que venga en su ayuda la caridad». ¡Oh, la caridad! ¡oh, el amor!

«La propiedad privada, dice el Sumo Pontífice, es de derecho natural, como hemos visto anteriormente; pero si el rico tiene derecho á sus riquezas, ¿cómo debe usar de ellas?» Para responder á esta pregunta cita y hace suyas las siguientes palabras del Príncipe de las Escuelas Católicas, Santo Tomás de Aquino: «Cuanto á esto no debe tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte, que fácilmente las comunique con otros cuando estos las necesiten. Por lo cual dice el Apóstol: «Manda á los ricos de este siglo que den y repartan de buen grado».

La caridad, Señores, no es solamente la limosna arrojada al menesteroso en sus horas de apuro; es todo don libre hecho por el rico, que posee, al pobre, que no tiene nada. Y el Papa se complace en recordar aquí una de sus formas más generosas. Tal era, en mejores tiempos, la

fundación de esas grandes obras de misericordia, de esos hospitales, esas casas del pobre, esos asilos para los ancianos, esas casas de refugio, esos huerfanatos, todas esas creaciones del amor que suplen las lagunas de la justicia. Reyes, reinas, nobles, potentados, ricos, unían á ellos su nombre y descansaban más tranquilamente en paz al terminar su vida, sabiendo que allá orarían los pobres por su alma. El obrero veía el porvenir sin temor, porque sabía que si le hiriese la enfermedad, habría manos delicadas que le recogieran y cuidaran; que si le imposibilitase la vejez, tendría un techo donde acogerse, y que si muriese prematuramente, sus pequeñuelos no quedarían abandonados, que hallarían un padre y una madre que velaran por ellos y les enseñaran á vivir.

Esas obras grandiosas, magníficas, tenían un nombre: eran el patrimonio de los pobres, la fortuna del pobre y su riqueza!... ¡Oh! ¡cómo pesaban en la balanza social! ¡Cómo aseguraban el equilibrio de las riquezas y de las fortunas! ¡Porque aumentaban las de los infelices y desheredados!

Se ha creído que se reemplazaría todo eso con la beneficencia oficial. No quiero hablar mal de ella; bastante se ha dicho de ella, sin que yo añada nada más. Siempre le faltará una

cosa: ¡el amor!... ¡Ella calcula, no ama! No veo más que una clase de gentes que la bendigan... el ejército de empleados que de ella viven... Los ricos, escarmentados por sus manipulaciones, la miran con prevención y envían á otra parte sus donativos; los pobres la soportan cuando no pueden menos, y se desentienden de ella tan pronto como pueden. Saben muy bien que los empleados oficiales no tienen corazón. ¡Ah! voy á contaros un hecho. Este mismo verano, en un bosque muy solitario oí de repente detrás de mí el sordo rodar de un carretón sobre la tierra muelle del camino; al pronto no hice caso, pero oyendo luego que me llamaban, miré atrás. Era una pobre aldeana que me pedía limosna... mostrábame su carretón, y en él acostada entre retazos de mantas sobre una almohada una niñita de dos años apenas... la pequeña, en una ausencia de su madre, había hecho que cayera sobre sí una olla de agua hirviendo, y su pobre cuerpecito retorcido por las quemaduras, se había replegado sobre sí mismo, crispado por el horrible dolor que le devoraba... De esto hacía entonces quince días: la madre, loca al oír los gritos de su hija, la había cogido en sus brazos y, desgñada, había corrido dos leguas largas por el bosque para llevársela á las Hermanas que hicieron á la niña la primera cura. Después

siguió la madre llevando al mismo sitio á su niña en brazos y á cuestas por espacio de ocho días, y la pequeña iba mejor. Y ahora había discurrido aquel medio de llevarla; pues por dulce que fuese aquella querida carga, al cabo de aquel largo camino sentíase la madre rendida por su peso.

—Pero ¿por qué vais tan lejos, pobre mujer?... mucho más cerca está el hospital de la ciudad...

—No, señor, me dijo... las Hermanas quieren mucho á los niños.

Todo está ahí, en esa palabra...

Y ahí es adonde hay que volver: ¡á amar!

¡Qué bien arreglado y firme está todo, Señores, en el orden de la Providencia! Acabamos de ver cómo en la teoría cristiana se restablece el equilibrio en la repartición de las riquezas: Por una justa elevación del salario del obrero y por el espontáneo donativo de la caridad, creando al pobre su patrimonio y su fortuna.

La caridad es el amor. Pues bien, dejad obrar al amor y á la vez restablecerá las relaciones alteradas entre el obrero y el patrón. Ha entrado en la plaza y va á salvarla.

Cuando el amor domina en el corazón del

amo, yo os aseguro, Señores, que no veréis surgir esos horrores de que habla la carta pontificia y contra los cuales pide socorro, aun á la autoridad pública. Traduzco literalmente: «Es preciso que la autoridad pública libre á los pobres obreros de la crueldad de los amos codiciosos, que á fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas como si fueran máquinas. Exigir tan gran tarea que con el excesivo trabajo se embota el alma y sucumbe al mismo tiempo el cuerpo á la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten. En el hombre toda su naturaleza, y consiguientemente la fuerza que tiene para trabajar, está circunscrita con límites fijos, de los cuales no puede pasar. Auméntase, es verdad, aquella fuerza con el uso y ejercicio, pero á condición de que de cuándo en cuándo deje de trabajar y descanse. Débese, pues, procurar que el trabajo de cada día no se extienda á más horas de las que permitan las fuerzas. Cuánto tiempo haya de durar este descanso se deberá determinar, teniendo en cuenta las distintas especies de trabajo, las circunstancias del tiempo y del lugar y la salud de los obreros mismos... Lo que puede hacer y á lo que puede comprometerse un hombre de edad adulta y bien robusto, es inicuo exigirlo á un niño ó á una

mujer. Más aún: respecto de los niños hay que tener grandísimo cuidado de que no entren á trabajar en la fábrica ó en el taller antes de que la edad haya fortalecido suficientemente su cuerpo, sus facultades intelectuales y toda su alma... Del mismo modo hay ciertos trabajos que no están bien á la mujer, nacida para las atenciones domésticas, las cuales son una gran salvaguardia de su propio decoro, y se ordenan naturalmente á la educación de los hijos y prosperidad de la familia. En general debe quedar establecido que á los obreros se ha de dar tanto descanso cuanto compense las fuerzas empleadas en el trabajo, porque debe el descanso ser tal que renueve las fuerzas que en el ejercicio se consumieron. En todo contrato que entre sí hagan los amos y los obreros, haya siempre expresa ó tácita esta condición, que se ha provisto convenientemente al uno y otro descanso; pues contrato que no tuviera esta condición sería inicuo, porque á nadie es permitido ni exigir ni prometer que descuidará los deberes que con Dios y consigo mismo le ligan».

¿Quién es el que ha introducido todas esas formas de servidumbre, todas esas condiciones tiránicas que conducen derechamente al embrutecimiento del obrero ó del pobre, y contra las cuales el pobre y el obrero se rebelan al fin?...

¿Quién ha cambiado la paternidad del padre en esa condición sin entrañas? El egoísmo.

¿Y quién curará esas heridas que desgarran el alma de los pequeños y la desangran?... ¿Quién devolverá al patrón su corazón de padre? La caridad y el amor.

Un fornido joven, hijo de un aldeano rico, iba todos los días desde su aldea á un colegio de la ciudad vecina á dar lecciones de latín y griego, que debían hacerle con el tiempo, según se esperaba, todo un señor. Todos los días también caminaba con él una aldeanita que iba al mercado llevando á la cabeza una gran cesta con legumbres, mantequilla y queso, y al brazo derecho apoyado en la cadera un reluciente y pesado cántaro lleno de leche.

Sucedió, pues, que el fornido joven cobró amor á la aldeanita. Pero ¿cómo decírselo? Esto es cosa generalmente demasiado embarazosa, aun para los señoritos, y hasta los más hábiles se muestran aquí tan desmañados que hacen reír.

¡Juzgad los apuros que pasaría un aldeano! Ni su griego, ni su latín le sacaban de ellos. Pero un día, después de un momento de descanso sobre un ribazo del camino, levantándose ambos para continuar su marcha... él la miró, entregó á la joven sus libros y cargó con la cesta

poniéndosela sobre su cabeza y con el cántaro llevándole al brazo.

Ella comprendió. Y desde entonces hacían así el viaje todos los días.

Llevaba él gustoso la pesada carga y le parecía ligera, porque ella sonreía y esta sonrisa era su recompensa.

No llegaron á casarse. El fornido joven, muy debilitado al presente, es hoy día misionero en las Indias; en cuanto á la aldeanita no sé lo que ha sido de ella.

¡Pero qué bien se muestra en lo dicho el amor!

Señores, si el amo, si el patrón amase al obrero, si el rico amase al pobre, no digo yo que los quitarían la carga que pesa sobre sus espaldas, pero ¡cuánto se la aliviarían!... Y también ellos encontrarían aquí su recompensa. La mirada fría, seca, despreciativa, llena de odio á veces, de las turbas, adquiriría ese tinte y brillo de dulzura y caluroso reconocimiento que encanta, y sobre esos labios en que vibran las rebeliones aparecería la sonrisa del amor.

Ved pues, Señores, cómo el amor, después de haber restablecido el equilibrio de las fortunas, restablece también el orden normal entre

las clases hoy día enemigas y en guerra. No hemos llegado aún al término de esos encadenamientos. Y vosotros mismos sois los que vais á descubrirme los.

Oigo, en efecto, que me decís que en el plan de esa reforma cristiana, suavizadas las condiciones del trabajo, disminuirá la producción fabril y excesiva del tiempo presente, y aumentando por otra parte el salario, y en larga proporción los donativos libres, se debilitarán los beneficios del patrón y del rico. El rico, pues, va á ver disminuir su fortuna.

Exactamente, Señores. Ese es, en efecto, el resultado inmediato de la teoría que os estoy exponiendo; no tengo dificultad en concederlo. Pero decidme, os ruego, si queréis restablecer el roto equilibrio de las riquezas y poner un dique á esa permanente amenaza de revolución social, ¿cómo lo habéis de hacer sin eso? Hay mucho arriba y poco abajo; ¿cómo os las arreglaréis si no hacéis pasar un poco de lo demasiado que hay arriba á lo demasiado poco que hay abajo?... Y por este mero hecho, es evidente, se disminuirá la carga de arriba.

Pero me decís que eso no puede ser, que el rico mismo se ve en apuros, que la renta de sus tierras y de sus bienes ha disminuído en tales proporciones, que apenas puede, que no puede

ya ni seguir su rango, ni guardar su posición; que si todavía se aumentan sus cargas y sus deberes, se acabará con él y se verá bien presto precisado á su vez á pedir limosna.

Es verdad, lo reconozco, Señores; y añadiré que el fenómeno que me ha impresionado y conmovido y me conmueve todavía más en mi experiencia de las miserias de este mundo, es el derrumbamiento de las fortunas antiguas... No se da un paso sin encontrar esas ruinas... el suelo está cubierto de ellas, y se hallan empapadas en lágrimas bien amargas y crueles! Toda miseria humana es lamentable; pero esta parece más desoladora, porque el dolor se acrecienta en ella con el acerbo recuerdo de los bienes perdidos.

Sin embargo, hay un remedio para estas decadencias.

Volved, oh ricos, á la austera y noble vida de los tiempos antiguos, recobrad aquella sencillez de vuestros antepasados que os revestía de dignidad y de honor. Dejad á un lado esa vida de brillantes frivolidades y esos vanos esplendores de un lujo que agota vuestras fortunas y solo atrae sobre vuestros nombres los bullangueros aplausos de una pandilla despreciable.

¡Ah! Señores, lo repito una vez más: ¡qué bien arreglado y firme se halla, qué bien se sos-

tiene y afianza todo en esta teoría magnífica!... Porque, ¿no es precisamente á esta reforma de costumbres á las que alude el documento del Jefe de la Iglesia?... ¿no exhorta á esa reelevación del nivel moral de las sociedades y á su reintegración en el honor y en la virtud?

Y así como de anillo en anillo hemos ido descendiendo por lo largo de la cadena, podemos de igual modo de anillo en anillo ir remontándonos por ella.

El rico que vuelve á la austera simplicidad de los siglos anteriores, sentirá restaurarse en su corazón las antiguas virtudes domésticas. Pues bien, el amor á los sirvientes, al obrero, al pobre, es una de esas grandes virtudes.

Sus recursos, aligerados de la carga de todo ese peso inútil, le permitirán abrir largamente al obrero la mano para entregarle el salario y la limosna. La suerte del obrero se hace más dulce y deseable, porque entra el bienestar en su casita y se siente amado.

El obrero mismo, arrastrado por el ejemplo venido de arriba, renuncia á ese desolador lujo de las clases bajas, á esas locas orgías que imitan vuestras funciones y diversiones degradándolas hasta un nivel indecible, á ese placer desenfrenado que ha copiado de vosotros, pero con grosero pincel, como pintor de brocha gorda.

También él se acostumbra á la economía y al ahorro, y recobra con la seguridad la paz, y con la paz ese bien divino que parece desterrado de la tierra: la felicidad.

Señores, todo esto ¿no es soñar?

¡Oh! ¿no me obliguéis á decir que es un sueño!

Pues qué ¿hasta ese punto habrá que desesperar de los hombres?

¡No! ¿no es verdad?

Por lo demás, ¡guárdense bien, anden con mucho cuidado los ricos! Terribles amenazas penden sobre sus cabezas... El cielo del porvenir está preñado de tempestades.

Que resistan, si quieren. Que se nieguen á practicar la caridad y la justicia, ¡sea en buen hora! Que continúen durmiendo tranquilos; habrá para ellos un terrible despertar.

«Si no aparece la buena voluntad, dice el Papa, queda todavía la fuerza».

«¡Obrero, hermano mío, apela á la ley!» ¡La ley es la primera fuerza del débil! «La autoridad pública, dice el Papa, debe tomar las medidas que se requieran para poner á salvo la salud y los intereses de la clase obrera; si á esto falta, viola la justicia». Y detallando en seguida lo que el obrero puede esperar de los poderes públicos, enumera una parte conveniente de esos bienes exteriores, cuyo uso se requiere

para el ejercicio de la virtud: la fijación de los días de descanso y de los tiempos de descanso cada día; la limitación de las horas del trabajo; la reglamentación del trabajo de los niños y de las mujeres; la protección de la salud física y moral del obrero, y hasta la determinación del salario.

Hay una segunda forma de la fuerza para el obrero. Las leyes modernas no le consideran ya como un paria, tiene derechos como los ricos. Que se asocie, que resucite, adaptándolas á nuestras costumbres, las viejas corporaciones de otros tiempos, que se organice en sociedades de resistencia legal... ¡Oh! se les creía débiles é impotentes... pero se llaman legión, y cuando quieran serán los amos.

¡Ah! Señores, ¿no es esto lo que estamos viendo? El obrero se organiza: crea sociedades de socorros mutuos y de ahorro; crea cajas de seguros y de pensión; crea, en fin, las grandes cooperativas de consumo, que es la señal característica del movimiento obrero contemporáneo. Muchas, mal administradas, solo han conducido á ruinas; pero otras muchas prosperan, y son verdaderos triunfos, y se engrandecen y se multiplican todos los días... Ahora bien; ¿cuál es el resultado social de esos agrupamientos de fuerza?... Bien marcado está. Es la destrucción de

todo el comercio al por menor, es la desaparición de los intermediarios... todo eso será troncado y barrido, y solo quedarán frente á frente, de una parte el productor y de la otra el consumidor. Podemos, sin duda, compadecernos de esas razas que van á desaparecer, pero la ley es fatal, y en todas las grandes transformaciones de la máquina social se ha visto y se verá cómo los engranajes y los instrumentos ya inútiles, cómo capas enteras de la sociedad son barridas y arrojadas fuera.

No recriminéis por esto al obrero: nada le obliga á pagar su pan más caro para salvar á los panaderos de la población que hacen el pan en menor escala y no pueden sostener la competencia, como nada os ha obligado á vosotros á renunciar á los ferrocarriles por salvar á las galeras y diligencias y á las razas de mayoresales y postillones, bien dignas, por otra parte, de consideración.

Añadid á esto los sindicatos entre compañeros del mismo oficio, en que se acuerdan las condiciones que se han de poner á los patronos y á los amos. ¿Es esto fuerza? ¿Sí ó no? ¿Y no veis que vais á quedar reducidos á merced de ellos? Todo esto es, sin embargo, legal, todo esto es justo. Pero ¡ay! ¡cómo huele á pólvora todo esto!

¿Por qué os lo he de ocultar? termino este discurso bajo sombríos presentimientos.

Os he manifestado el plan de reforma social elaborado por el Jefe de la Iglesia, y que en adelante es el plan de campaña de la Iglesia entera.

Supone este plan una renovación religiosa de todo el antiguo mundo, ó al menos un retorno á las ideas cristianas, tan poco apreciadas en nuestras sociedades racionalistas.

Cómo se verificará esta renovación de las inteligencias y de los corazones: ¿en la paz y por medio de dulces persuasiones, ó en la guerra, por medio de esa horrible guerra social, cuyos siniestros resplandores parece que enrojecen ya el sombrío horizonte?

No olvidéis que esos trastornos, esas revoluciones, esas guerras intestinas en que los hombres se destrozan mutuamente, son los instrumentos de Dios... Un día, cuando se ha llenado la copa, llama á los bárbaros... y los bárbaros vienen, ya del norte, ya del sur, ya del fondo de los bosques, ya del repleto seno de las ciudades... Vienen... «Id, les dice, y borrad la tierra...» y el torrente se desborda, la sangre corre, los cadáveres cubren la tierra, la llama del incendio ondea por los aires, las piedras y maderas crujen y se derrumban... Ese torrente, esa

sangre, esos cadáveres, esas llamas, esas ruinas son la justicia de Dios que pasa.

Acordaos de la gran revolución del siglo último, toda roja de matanzas... ¡Ah! yo no la absuelvo y nadie que tenga corazón de hombre puede absolverla; sin embargo, ella ejecutaba la obra de Dios. Hay castigos muy justos, cuyos ejecutores son muy culpables.

¿Será la bondad de Dios la que nos visite... ó será su justicia?

Yo no lo sé... ¡pero roguemos y amemos!

¡Sí, Señores, amemos! Los pobres y los pequeños, no me cansaré de repetíroslo, tienen más hambre todavía de amor que de pan.

Y que no invada el desaliento vuestras almas. De mi Padre y Maestro San Ignacio de Loyola conservo como santo y seña lo que de él dice su esclarecido biógrafo el P. Rivadeneira: «En las cosas del servicio de nuestro Señor que emprendía usaba de todos los medios humanos para salir con ellas, con tanto cuidado y eficacia, como si de ellos dependiera el buen suceso; y de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su divina providencia, como si todos los otros medios humanos que tomaba no fueran de algún efecto».

Amemos como si solo el amor de nuestros corazones hubiera de salvar al mundo... y después esperémoslo todo del amor de Dios, único que puede salvarle.

De esta suerte habremos cumplido con nuestro deber, y si todo en derredor nuestro debe perderse, al menos nos quedará el honor y la satisfacción de haber obrado bien.

El año 390 antes de Jesucristo invadieron á Roma Breno y sus Galos. Mal preparada para defenderse, la gran ciudad se vió presto desierta, sus habitantes huyeron despavoridos, dejando á merced de los bárbaros sus casas, sus templos y sus altares. Solamente los ancianos, senadores, patricios y varones consulares no quisieron echar un borrón al valor, al honor y á la dignidad romana. Se envolvieron en sus togas y sentados en su silla curul, con la vara de marfil en la mano, esperaron la muerte, impasibles y grandiosos.

Señores, si la tempestad arreciara, si la ola de esa guerra social que me espanta, debiera un día invadir nuestras ciudades, no huyamos; reunámonos en nuestros templos, envolvámonos en el manto de la fe cristiana, y tomando en la mano, no ya la ebúrnea vara de la justicia, sino la cruz de la caridad, la cruz en que murió Jesucristo, el Dios obrero y pobre, impasibles

y satisfechos, ¡esperemos! ¡Ah! cuando las turbas fanáticas y gritando franqueen la entrada del sagrado recinto, podremos dirigirles estas magníficas palabras: «¡Matadnos! ¡pero sabed que nosotros al menos os hemos amado!»

A. M. D. G.

ANDRÉS-MARÍA AMPÈRE

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

ANDRÉS-MARÍA AMPÈRE

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

P. VICTOR VAN TRICHT

ES PROPIEDAD





Monseñor, (1)

SEÑORAS, SEÑORES:

NO sé qué filósofo dijo en cierta ocasión: «Cuando se niega el movimiento, yo no discuto, ando». Algo semejante á esto es lo que yo intento hacer esta noche al hablaros de Andrés-María Ampère. Se nos está moliendo con la eterna cantinela de que «los descubrimientos de la ciencia han echado por tierra definitivamente el andamiaje de nuestros dogmas; que Fe y Ciencia son dos cosas absolutamente incompatibles en un mismo espíritu; que es preciso renunciar á la una ó á la otra, y que es soñar el pretender conciliarlos».

(1) Mons. de Rousaux, Obispo de Tournai.

Discutir estas cosas es muy fastidioso. En primer lugar es muy largo, por tener cada uno de los impugnadores la costumbre de reproducir por su propia cuenta todos los argumentos, cien veces refutados, que han discurrido y opuesto sus predecesores durante cerca de tres siglos. Es además muy difícil, por ser en general estos señores, hablo de los que nos impugnan, muy ignorantes de las cosas de la religión y, con más frecuencia de lo que se cree, ignorantísimos también de las cosas de la ciencia. Y, en fin, es cosa inútilísima; porque en el fondo no es siempre ver claro lo que desean, es frecuentemente tranquilizarse y quedar sosegados; no buscan la verdad, sino yo no sé qué velo para ocultarse á sí propios las debilidades y flaquezas de su voluntad y de su corazón. Tratan de no creer, para no tener ya que avergonzarse. Se les podría decir lo que Lacordaire decía á su auditorio de Nuestra Señora de París: «No sois creyentes, por la misma razón que no sois castos;» así para lo uno como para lo otro se necesita el valor de la virtud, y ese valor es el que os falta.

Por esto prefiero andar. Prefiero tomaros por la mano y conducirlos, á la caída de la tarde, bajo las ennegrecidas bóvedas de una vieja iglesia. Está silenciosa y sombría; apenas en el

fondo una pequeña lámpara lanza rojizos rayos sobre los postes de columnas y sobre los arcos que alumbra con resplandores pálidos y temblorosos. No se oye otro ruido que el de vuestros pasos, ruido que se apaga en el silencio de las profundas naves y en el chisporroteo de los cirios encendidos ante las piadosas imágenes de Nuestra Señora. Ved allí, de rodillas, aquel venerable anciano, inmóvil, está rezando su rosario. Ese anciano cree y ora. Joven, inclinaos ante él profundamente, muy profundamente: ese anciano es Ampère, el grande, el inmortal Ampère!, el más poderoso genio de que puede enorgullecerse la ciencia de este siglo y el más sumiso de los hijos que la Iglesia haya llevado en su seno y calentado con su amor.

¿Qué responder á semejante espectáculo?

¿Que por un resto de costumbre el sabio ha conservado maquinalmente la fe de su madre? ¡No! Ampère comenzó por perder esa fe de la cuna entre la negligente indiferencia de una juventud atolondrada; luego, á ruegos de su admirable mujer, estudia la cuestión religiosa y vuelve á encontrar la fe. La pierde de nuevo en el trato con la filosofía racionalista y materialista; pero va hasta el término, profundiza aquella filosofía, la escudriña, y en el fondo le reaparece Jesucristo, de quien ya no vuelve á separarse jamás.

¿Diréis que se ha encerrado en ese rincón de las ciencias físicas que no confina con las cuestiones religiosas?

¡No! ¡no! Ampère lo ha sondeado todo: la botánica, la literatura, la zoología, la paleontología, donde entrevé una especie de transformismo, las matemáticas, la historia, la filosofía en sus concepciones más atrevidas, y muere sobre un manuscrito abierto, en el que desarrollaba con una incomparable amplitud de miras, la clasificación de las ciencias universales.

¿Diréis que se halla muy poco elevado entre los sabios y que es de un espíritu demasiado débil?

¡Oh! aquí es donde os aguardo.

«El puesto de Ampère, dice José Bertrand, actual secretario de la Academia de Ciencias, y bien imparcial, pues tiene la desgracia de ser incrédulo, el puesto de Ampère es al lado de Newton. Su libro es aun hoy día la más admirable producción en el campo de la física-matemática después del *Libro de los Principios*... Su libro ha revelado una ley de atracción nueva, más compleja y más difícil de descubrir que la de los cuerpos celestes. Él ha sido á la vez el Kepler y el Newton de su teoría; y sin ninguna exageración, aun en el día de hoy, á medio siglo de distancia, sin dejarnos llevar de los

compromisos de ninguna amistad y sin complacencia ni adulación personal de ningún género, podemos colocar el nombre de Ampère al lado de los más ilustres en la historia del espíritu y del talento humanos. Ningún genio ha sido más completo».

Pues bien, Ampère creía y oraba y rezaba su rosario.

Voy á describiros su vida, tratando de hacer os comprender juntamente su inteligencia y su corazón.

Andrés Ampère nació en Lyón, en la parroquia de Saint-Nizier, donde recibió el bautismo el 20 de Enero de 1775, de Juan Jacobo Ampère, negociante, y de Juana Antonieta Sarcey de Sutières.

Muy poco tiempo después de su nacimiento, su padre se retiró de la ciudad y se fué á vivir en un delicioso valle colindante con la Saona, en un caserío que le venía de su mujer, en la aldea de Polémieux. Era una alquería muy modesta, adosada á un cortijo; pero delante se extendía todo el valle con sus campos y sus huertos floridos, más lejos grandes bosques en que susurraba el viento, y al extremo del horizonte las grandes cimas del monte Verdun y del monte Thou.

Delante de ese cuadro magnífico se deslizó toda la infancia y toda la juventud de Andrés.

Á los siete años no sabía leer ni escribir, pero con piedrecillas ó con habas hacía cálculos prodigiosos: el matemático nacía y se apoderaba apasionadamente del niño.

Cae enfermo; por temor de que fatigue su cabeza le quitan sus chinitas: llora... Después de tres días de una dieta absoluta, le dan un bizcocho... él le deshace en pequeños pedazos, y con estos vuelve á comenzar sus queridos cálculos, cuyo misterioso mecanismo ninguno ha conocido jamás.

Su enfermedad fué grave, su madre inquieta le ofreció á Nuestra Señora de Fourvières, y desde aquella fecha Andrés unió á su nombre el de María.

Cuando hubo convalecido, su padre pensó enseñarle por sí mismo á leer y escribir. Pronto aprendió Andrés á leer, pero la escritura mal enseñada quedó siempre defectuosa. Ampère no escribía con la mano sino con el brazo, lo cual daba á sus letras unas dimensiones exorbitantes. Un día, siendo ya miembro de la Academia, recibirá de una amiga graciosa una invitación á comer, escrita toda ella dentro de la letra *a* de una de sus firmas.

Sea como quiera, estos nuevos instrumentos

puestos en manos de su inteligencia le permitieron una labor de que no podemos* formarnos idea.

Devoró resueltamente toda la biblioteca de su padre, y aun cuando las matemáticas fueron siempre su objeto y estudio predilecto, no dejó nada por ver, historia, bellas letras, viajes, novelas, ciencias naturales, lenguas muertas, Homero, Lucano, El Taso, Fenelón, Voltaire, Corneille, todo lo fué examinando.

Poseía en grado prodigioso esa facultad que Platón llama «potente diosa», la memoria. Todo entraba en aquel poderoso espíritu, y todo, colocado en su sitio, se quedaba allí, y allí se arraigaba.

Desde sus doce á sus dieciséis años leyó de rabo á cabo, siguiendo el orden alfabético, los veinte volúmenes en folio de la Enciclopedia.

¡Ay! Señores, la Enciclopedia enorme, indigesta, emponzoñada!... ¡Se dejaba semejante obra en manos de un niño!...

Pues bien, medio siglo después, la Enciclopedia toda entera permanecía todavía presente en su memoria. Habiendo querido un día probarle sus colegas de la Academia de Ciencias, les analizó él con una exactitud perfecta los dos artículos que le habían propuesto, los relativos al blasón y cetrería.

En cuanto á las matemáticas, bastará decir que á los dieciocho años había repasado todos los cálculos de la mecánica analítica de Lagrange.

De esta suerte se deslizaba su juventud entre su padre, su madre, una tía, á quien familiarmente llaman *Tatán*, una hermana mayor, cuyo nombre no he podido encontrar, y una hermana menor, Josefina, que le fué afecta y fiel hasta la muerte.

En aquel dulce círculo se desarrolló Andrés, bueno, sencillo, entregado enteramente á sus libros, que iba á hojear en el bosque; bonachón, como todos los espíritus más acostumbrados á la naturaleza que á los hombres; tímido y desmañado, como casi todos los niños á quienes no desbasta á golpes la ruda educación de los compañeros de colegio, como decía Lacordaire; tierno y amante sobre todo, como todos los corazones que han sido largo tiempo caldeados por el corazón de su madre. Crecía, pues, Señores, nuestro joven, y su alma se desplegaba en aquella pura y saludable atmósfera de la campiña, ante aquel cielo despejadísimo, ante aquellos horizontes de montañas que elevan el pensamiento.

Pero su fe se moría... Todas aquellas lecturas mal reguladas, Voltaire, Diderot, la Enciclopedia, cayendo en un espíritu á quien una educación religiosa imperfecta no había prevenido y fortificado bastante contra ellas, la minaban sordamente, la cubrían de velos, la echaban en el olvido. Moría su fe insensiblemente, sin que en verdad el mismo Ampère lo advirtiera y se diera cuenta de ello. Abismado por completo en sus estudios, en sus cifras, en sus fórmulas, no la sentía morir, y su vida se deslizaba uniforme, descuidada, feliz, como toda vida á los dieciocho años.

La tempestad rugía sin embargo á lo lejos, y sus rayos iban bien pronto á descargar sobre el pobre Ampère un terrible golpe.

Apenas el año 1789 acaba de lanzar al universo, como un canto triunfal, la proclamación de sus principios y de sus reformas sociales, cuando he aquí que se ven las campañas francesas taladas por la devastación, el asesinato y el incendio. Juan Jacobo Ampère se refugia en Lyon con su familia. Polémieux es saqueado completamente.

A la Constituyente sucede la Convención, después viene el Terror. Lyon es sitiada por Fouché y Collot d'Herbois. Ampère envía á su mujer y sus hijos á refugiarse en las ruinas de

Polémieux, más seguras desde entonces que la ciudad. Él, encargado por sus conciudadanos de una magistratura importante, se queda en su puesto de honor con la Tatán, que no quiere separarse de él. Vencido Lyon, abre sus puertas; Ampère es denunciado como reaccionario y preso y arrojado en los calabozos.

Llega una carta á Polémieux... la señora de Ampère la abre: á las primeras palabras lo comprende todo, y su alma queda transida de dolor.

¡Ah! Señores, quiero que conozcáis á Andrés, permitidme que os lea algunos extractos de la última carta de su padre.

Anuncia este con una calma admirable su condenación á muerte. Luego hace una relación detallada de sus bienes y de sus deudas, y añade:

«Estoy muy distante, mi queridísima esposa, de dejarte rica ó al menos en una posición desahogada; no puedes achacarlo á mi mala conducta ni á ninguna disipación; mi mayor gasto ha sido la compra de libros y de instrumentos de geometría para Andrés... Gracias á tu prudente economía, bastarán los pocos bienes que te quedan. De ti provienen, á ti ó á tu hermano por lo tanto pertenecen. Haz valer tus derechos, y nuestros hijos estarán al menos al abrigo de la indigencia. ¡Nuestros hijos!... yo espero que

su pensamiento te hará soportar mi pérdida con valor y resignación. Después de mi confianza en Dios, mi más dulce consuelo es que amarás mi memoria tanto como yo te he amado.

»¡Quiera Dios que nuestros hijos tengan mejor suerte que yo!... Á la Tatán la envió mi más tierno adiós. Ojalá pueda tener ella una parte del valor que á mí me anima, para que os sostengáis mutuamente. No hables á la pequeña Josefina de la desgracia de su padre; obra de modo que la ignore largo tiempo. En cuanto á Andrés no hay nada que yo no espere de él.

»Adiós, tierna amiga, no tengo ningún remordimiento y soy siempre digno de ti; te abrazo y abrazo á todo lo que nos es querido desde el fondo de mi alma.—JUAN JACOBO AMPÈRE».

El día siguiente la guillotina segaba su cabeza...

Cuando recibió Andrés la terrible noticia, pálido, inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos y los brazos temblando, sintió como que se le rompía un resorte de su alma, se volvió loco... Y desde entonces se le vió, en actitud estúpida, pasar días y días, sentado, mirando al vacío, abrazando sus rodillas con las manos juntas, inerte, sin un movimiento, sin un

pensamiento; ó en el jardín bajo un sol abrasador, siempre sentado, haciendo y volviendo á hacer montoncillos de arena.

Á veces, como estremecido por una sacudida, temblaba todo su cuerpo; sus ojos se fijaban á lo lejos, llenos de horror, espantados, como si apareciese de repente ante él la cabeza ensangrentada de su padre.

Esta crisis intelectual fué larga. No salió de ella de un golpe. Le despertó primeramente la vista de las flores; corrió á través de los bosques, errando días enteros por recogerlas, declamando á grandes voces y con grandes gestos versos de Horacio á los ecos que le respondían. Luego entrando en casa por la tarde, replantaba sus flores; y de este modo la ciencia le iba volviendo en sí; las replantaba según su género y su familia. Después se puso á escribir versos latinos, griegos y franceses. Poco á poco en las hojas y cuartillas fueron apareciendo signos algebraicos; en medio de un ensayo de tragedia, algunos $a + b$, y después de un esbozo de poema, una fórmula general para formar inmediatamente todas las potencias de un polinomio cualquiera.

¡Andrés renace! Las flores son el primer sol de donde le viene nuevamente la luz. Pero otro sol debía aparecer bien pronto para él en el

horizonte. Una de las hojas, ya amarillentas, de que os hablaba, lleva estas palabras: «Un día que me paseaba, después de la puesta del sol, á lo largo de un arroyuelo solitario...» Y la frase se detiene... Los largos cálculos de análisis que siguen nada nos descubren. Un cuadernillo menos discreto habla mucho más. También él se ha puesto amarillo como todos los otros; también él tiene la cubierta empedrada de jeroglíficos de álgebra. En medio, una sola palabra, escrita con más cuidado y como con deseo de agradar: *Amorum*.

Luego, en la primera página:

«Domingo, 10 de Abril. La he visto por primera vez». Ya adivináis el misterio. Después de cuatro meses, más abajo, en la misma página:

«Sábado, 10 de Agosto. He ido á su casa».

«Sábado, 17 de Setiembre. La he llevado comedias, y he comenzado á abrirle mi corazón».

Es probable que este comienzo de apertura no descubriera nada á la señorita Elisa Julia Carrón.

«Lunes, 19 de Setiembre. He acabado de explicarme. He obtenido débiles esperanzas junto con la prohibición de volver allá antes de la vuelta de su madre.

»Martes, 18 de Octubre. Me he abierto enteramente á la madre, la cual me ha parecido que no quiere quitarme toda esperanza.

»Miércoles, 26 de Octubre. Me he hallado algunos instantes solo con ella; pero no me he atrevido á hablarla.

»Miércoles, 9 de Noviembre. La he hablado. Julia me dice que no vaya tan á menudo».

Me apresuro, Señores, á cortar este idilio, porque el tiempo me apremia. Andrés no conseguía éxitos rápidos. Una tal señora Lacostat, llamada á dar consejo en aquel asunto, encontraba en el joven cualidades sólidas, pero formas que no lo eran: era demasiado serio: á los veinte años parecía ya un viejo... no se le había visto reir jamás... después tenía una manera de saludar absolutamente ridícula. ¿Hay quien se case con semejantes hombres? Y en verdad Julia se sentía indecisa. Sobre lo cual su hermana Elisa le escribía:

«Mi querida hermana: Estoy incomodada contra las gentes que no se pagan más que de exterioridades y que juzgan á un hombre perfecto si saluda con gracia y dirige ciertos cumplimientos, sin los cuales podría uno pasarse muy bien... Yo no me hallo tan prevenida en favor de las buenas maneras y de la elegancia y apostura que diga que aquel que carece de

ellas se halle privado de cualidades superiores... No niego que tenga un poco de terquedad en sus sentimientos, pero ¿dónde están los hombres que no la tengan?... y mucho más enojoso es encontrar esa testarudez en una bestia que en un entendimiento y espíritu como el suyo que tan bien discurre y raciocina... Me interesa por su franqueza, su dulzura y sobre todo por sus lágrimas, que brotan sin que él lo quiera. No se le nota nada de afectación, nada de frases novelescas que son el lenguaje de tantos otros... En fin, arréglate como quieras; pero déjame á mí amarle un poco antes de que tú le ames; ¡es tan bueno!»

Este pro y este contra duraron tres años, durante los cuales el pobre Andrés se consuela escribiendo en su diario: «Lunes, 3 de Julio. He podido ayudarla á levantar la ropa que lavaba. He comido cerezas que habían estado sobre sus rodillas».

La desgracia de Ampère no era el ser desmañado, ni el saludar mal, era el no ser rico. Julia le amaba de veras, pero... le era preciso «un estado», como se decía entonces, una posición, como se dice actualmente. Daba nuestro joven lecciones privadamente, ¡pero se sacaba tan poco! Las señoras de Ampère y Carrón buscaban y deliberaban. Por su parte Andrés es-

taba dispuesto á todo. Hubo un momento en que se pensó en montarle un comercio de sedería.

¡Ampère, Ampère, el inmortal autor de las teorías electro-dinámicas, tras de un mostrador de telas!...

En fin las mamás cedieron y el 6 de Agosto de 1799—15 de termidor del año VII—contrajeron matrimonio Julia Carrón y Andrés-María Ampère, que no tenía veintiún años cumplidos.

Tuvo un año de felicidad.

En la primavera de 1800, su mujer, de salud muy delicada, se vió en la precisión de tomar el aire del campo y se fué con su madre á Saint-Germain; él, clavado en Lyón por las necesidades de su enseñanza, no pudo verla ya más que los domingos de cada semana. Un día fué llamado con toda urgencia. Dios le daba un hijo. Él le puso el nombre de Juan Jacobo en memoria de su padre.

Desde entonces no le bastan ya sus lecciones. Busca y solicita por todos los medios una plaza de profesor con sueldo fijo; y en 1800 obtiene la de profesor de física de Bourg; trabaja en una obra de matemáticas y en experimentos de física que serán sus títulos para la promoción. Julia, vuelta á Lyón, no se reponía

sino con dificultad... Ambos sin embargo esperaban. Ampère había emprendido una gran memoria que debía darle renombre en Lyon; soñaba en ella hacía siete años. «Por fin, escribe á su esposa, acabo de encontrar mi idea con una multitud de consideraciones curiosas y nuevas sobre la teoría de las probabilidades. Esta obrita de álgebra pura quedará redactada pasado mañana; la repasaré y corregiré dentro de la semana próxima, y en seguida te la enviaré por medio de Porchón, con el chaleco de cuadros, las medias de lana y los seis luises que he ganado para ti. Haz que la impriman tus primos los señores Perisse. Estoy seguro de alcanzar mi plaza en el Liceo. Te preparo todavía bastantes molestias con mis comisiones, pero esto no durará. El porvenir nos ofrece en perspectiva una buena plaza en Lyon, el restablecimiento de tu salud, nuestro hijo encantador y una idea bien dulce, cual es la de que siempre me amarás.

»¡Si pudieras enviarme á ese pobre niño que llama á su papá!»

Y ella le contesta: «¿Querías, pues, tener junto á ti á tu pequeñín?... ¡Pobre amigo! He recibido los seis luises. ¿Por qué no te has reservado al menos uno para ti, mi pobre Ampère?... ¡Quieres, pues, enviarme todo lo que ganas!»

Y él triunfante vuelve á escribir: «Me he ajustado con la Perrín, ella nos dará el desayuno todos los días por tres francos al mes». Y más adelante: «Ayer hice un importante descubrimiento acerca de la teoría del juego. Trabajo para insertarla en mi obra, lo cual no la aumentará mucho. Me has dicho que mi hijo me había escrito palotes, ¿por qué no me los has enviado?... Me he arreglado para comer en casa de la Perrín mediante dieciocho francos por mes, sin el vino... Te envió al fin mi manuscrito. Encontrarás en el paquete tres chalecos, un par de medias de lana y mi ropa interior, en uno de los bolsillos del chaleco de terciopelo amarillo hallarás doce libras y ocho sueldos. Pienso encargar una misa á la que asistiré para pedir á Dios la curación de mi Julia. ¡Pobrecita!...»

¿Por qué me detengo en daros estos extractos de correspondencia, que parecen triviales? ¿Es para mostraros el corazón de Andrés? Cierto que sí; pero también para mostrárosle luchando con el dolor, con la miseria y con la necesidad. Aquella gran inteligencia, en la que Dios había reunido tantos dones, aquel hombre que debía sobresalir á través de los siglos por el incomparable poder de su genio, come por diez francos

al mes, y cercena sus gastos por ayudar á vivir á su pobre mujer. Prosigue los cálculos de aquella memoria que está escribiendo y que debe asegurarle la plaza de profesor en el Liceo lyonés, en medio de las torturas de su corazón. No encuentra nadie que pueda repasarla y censurarla y advertirle si se equivoca y extravía. El mismo De la Lande no ve claro en aquel asunto. Él es el único matemático en Francia que puede concebir aquel análisis y... se ve precisado á recortarle y abreviarle, para que su impresión no sea demasiado costosa.

¡Ah! ¡jóvenes, jóvenes, que os quejáis de las circunstancias y de la adversidad y la fortuna, que tenéis que luchar contra las implacables situaciones de la vida, no os dejéis abatir. El genio lo vence todo, y mejor aun que el genio, esa voluntad de hierro y acero que debe vibrar en vuestros corazones de hombres!

Un día, en una experiencia ante el mismo De la Lande, para la cual se había puesto sus mejores vestidos, por tener que hacerla en presencia del inspector de los Liceos de Francia, estalló una retorta y le saltó á la cara un chorro hirviendo de ácido sulfúrico: «En seguida, escribe á su esposa, pensé en mis vestidos y los empapé de amoniaco, de suerte que sufrirán muy poco. Ya no tengo el menor mal en la

vista y te aseguro que mi traje no se ha deteriorado, y que no tendré ya ni rastros de este accidente cuando vaya á verte dentro de ocho días. Julia mía, dentro de ocho días espero partir. El domingo próximo á las cinco de la tarde te abrazaré y besaré al pequeño!...»

Su esposa le contesta: «Cuida bien de tu ropa, para no tener que comprar otra; no tengo más que siete luises y medio, y tengo que pagar todavía tus zapatos y otros artículos que importan al menos noventa y ocho libras... Adiós, va emborronado el papel, pero te abrazo estrechamente... ¡Ah! si no fuera por mi falta de salud seríamos muy dichosos».

Tres largos años se pasan de esta suerte luchando dolorosamente por la vida. Las vacaciones que el régimen escolar de entonces concedía á Andrés eran muy cortas; volaba en seguida á Lyon, gozaba dulcemente en compañía de su mujer y de su hijo, y luego se veía precisado á volver á Bourg. Y, en su amor, no veía que en su esposa se iba extinguiendo la vida cada día.

En fin, llegó el decreto; Ampère es nombrado para una cátedra en el colegio de Lyon. Irrisión de la suerte... ¡Es demasiado tarde! ¡Su mujer se va á morir! Corre allá Ampère, y escribe en su diario:

«17 de Abril. Acabo de llegar de Bourg para no dejar ya á mi Julia.

»19 de Abril. Hemos estado juntos en la misa mayor de Polémieux. Triste conversación en el camino.

»21 de Abril. Paseo en el jardín. Julia muy mal».

¿Y de qué pensáis, Señores, que hablaba aquella joven esposa tan enferma, aquella moribunda, paseando del brazo de su esposo bajo los copudos y melancólicos árboles de Polémieux? ¿De amor y felicidad? Tal vez. Ampère no lo consigna. Pero un cuidado mucho mayor oprimía su alma. Desde hacía largo tiempo, en cada entrevista, se lo había solicitado á su Andrés...

Este, vacilaba, estudiaba, discutía, volvía á estudiar.

«Pienso, le escribe, desde que me separé de ti en lo que esperas de mí, no sabes bien la situación en que se encuentra mi espíritu, cuántas reflexiones exige lo que me pides. Estoy determinado á hacerlo, pero ¡cuánto me cuesta no poder comunicarte todos mis pensamientos! No es este asunto que pueda tratarse por car-

tas...» Y más tarde: «Me dices que lo piense, demasiado lo hago. Miro este paso como de los más importantes. ¿Puedo darle al azar, para vivir en seguida como si no le hubiera dado? Julia mía, Julia mía, estoy resuelto á hacer lo que deseas, pero decididamente no es posible hasta que esté en Lyon».

Y ahora que el tiempo urge, ahora que se siente morir, la enferma suplica.

Lo que pedía nos lo va á decir el diario de Andrés:

«28, sábado. He visto al Sr. Lambert en su confesonario.

»6, lunes. Absolución. Este día ha decidido del resto de mi vida».

Ahora, Julia, ya puedes morir tranquila.

«13, miércoles. Dios mío, gracias os doy por haberme criado, redimido é iluminado con vuestra divina luz... Gracias os doy por haberme de nuevo llamado á vos... Conozco que queréis que no viva sino para vos... ¡Oh Dios mío, ¿me quitaréis toda mi dicha sobre esta tierra?... Espero en vos, oh mi Dios, pero suceda lo que suceda permaneceré sumiso á vuestra voluntad... ¡Hubiera preferido morir!...»

Aquel mismo día Julia volaba de este mundo al cielo.

«¡Oh Señor! ¡oh Dios de misericordia, dig-

naos al menos unirme en el cielo con aquella que me habéis permitido amar sobre la tierra!...»

¡Todo ha acabado para Ampère! Aquella plaza de Lyon que tanto había deseado, le es ya indiferente, y quiere renunciarla. Memorias, ciencias, descubrimientos, inmortalidad... ¡qué le importan ahora! Pero sin embargo es preciso vivir. ¡Ah! ¡vivir, vivir!... No. Morir es lo que él querría, y morir es lo que espera y demanda.

Entonces, en aquel tumulto borrascoso de su alma, le viene á hablar una voz, una voz tal vez demasiado olvidada en medio de su dicha, ¡la voz de su madre! ¡Oh Señores, y qué dulce y solemne al mismo tiempo es esa voz!

«Me afliges, pobre Andrés mío, cuando te veo en el estado en que estabas el domingo. Procura, pues, mi amado hijo, llevar tu cruz con Jesucristo... ¿Qué sería de tu pobre niño si te perdiera?... Acuérdate que ella te recomendó á su hijo... Estás obligado á vivir para educarle en el amor y en el temor de Dios... ¿De quién tendrá necesidad tu Juan Jacobo más que de ti?

»Adiós, hijo mío, ten piedad de tu pobre madre, que lo daría todo por verte dichoso y que no ha tenido esta suerte más que un instante.

»Adiós, mi padre Andrés, ama á tu madre tanto como ella te ama. Cuídate ¡por el pequeño!»

Pero Andrés no tuvo tiempo de presentar su renuncia. Sus trabajos matemáticos no le habían engañado acerca de su porvenir, y poco después de nombrado profesor de Lyon, fué designado para ocupar una plaza de pasante de análisis en la Escuela Politécnica de París. Aquí empieza para él una vida nueva. Se engolfará en el trabajo para aturdirse y llegará á poder escribir á su cuñada Elisa: «Quiera Dios que encuentres un poco de calma. Quiera Dios que como yo caigas en esa apatía, en que el alma ya casi no siente lo que sufre, porque ya no se siente á sí misma».

No me propongo seguir á Ampère en todas las peripecias de esta nueva vida. De pasante en la Escuela Politécnica subió bien presto á profesor de análisis. Enseñó en el Colegio de Francia, llegó á ser inspector general de la Universidad, y en fin, en 1814 entró en la Academia de Ciencias. Esta es la cumbre de las carreras científicas, Señores, y no se puede ambicionar nada más allá.

Pero si no puedo seguirle en su vida, puedo al menos mostraros el movimiento de su alma.

En el momento en que deja la cátedra Lyon, vuelve á ser, á ruegos de su esposa, el cristiano

que sabéis. No creáis, sin embargo, que haya hablado demasiado el corazón allí donde debía escucharse únicamente la razón.

Su retorno á Dios, después de la gracia divina, fué ante todo obra de su gran inteligencia. De aquel tiempo data una memoria suya... ¿sobre qué, Señores? ¿Sobre alguna teoría abstracta ó sobre alguna experiencia nueva? No... Sobre las pruebas históricas de la divinidad del Cristianismo. También fué en aquella época cuando fundó en el mismo Lyon lo que él llamó «La Sociedad cristiana», y allí, en un círculo de amigos — eran quince — se estudiaba lo que Ampère moribundo llamará las cuestiones eternas.

Permitidme que os dé uno de sus programas:

Sr. Bredin.—Importancia que tiene para el hombre el conocer su destino.

Sr. Grogner.—¿Halla el hombre en sí mismo el medio de conocer su destino?

Sr. Ballanche.—¿Debe y puede haber una revelación?

Sr. Barrett.—¿Lleva consigo la revelación caracteres esencialmente divinos?

Sr. Deroche.—Historia de la revelación desde el origen del mundo.

Sr. Ampère.—Exposición de las pruebas históricas de la revelación.

Sr. Chatelain.—Comparación de la moral cristiana con la de los filósofos.

Sr. Ballanche.—Influencia del Cristianismo sobre la conducta del género humano.

Este programa había sido dictado y distribuido por Ampère.

Nuestros ingenierillos contemporáneos están muy por encima de todo eso. ¡Eso es bueno para los Ampères!...

En París para distraer y aturdir su alma y su dolor, se entregó Ampère con nueva pasión á sus estudios favoritos; á ellos consagraba todas las horas que le dejaba libres la enseñanza.

El solo enunciado de las memorias que publicó por entonces, ya en las revistas del Instituto, ya en el diario de la Escuela Politécnica, os asombraría tal vez; pero yo puedo deciros una palabra que os mostrará su valor. Hay en matemáticas un problema, cuya solución había buscado Galileo en vano. Tres géometras solamente en Europa lo habían conseguido; llevaban los nombres de Bernouilli, Huygens y Leibnitz. Se creía que sus soluciones eran la última palabra de aquel famoso problema.

Ampère le vuelve á tomar por su cuenta, y descubre una solución de él más sencilla y más

elegante, y saca de ella una serie de deducciones sorprendentes que ni Bernouilli, ni Huygens, ni Leibnitz pudieron entrever.

Pero su grande, su inmenso descubrimiento, el descubrimiento cuyo inmenso alcance quizá no se conoce aun hoy día, fué sin contradicción su teoría electro dinámica.

¡Ah, Señores, cuánto siento no poder daros aquí una simple lección de física para mostraros la amplitud de las concepciones de Ampère y la fecundidad mágica de sus pensamientos!

Pero es preciso que me resigne á ello. No puedo hacerlo. Me contentaré con deciros cómo han abierto á las ciencias eléctricas los caminos que con tanto y tan noble orgullo van recorriendo.

Un sabio dinamarqués, Oersted, descubre un día, por casualidad, la siguiente cosita. Imaginaos la aguja de una brújula y por encima un hilo de cobre tendido en la misma dirección que la aguja. Si pasa por el hilo una corriente eléctrica, la aguja es rechazada á un lado y se pone en cruz con la corriente.

¡Esto es todo!... Y ante este descubrimiento Oersted se detiene. Repite la experiencia, la vuelve á repetir veinte, cien veces... se la repite en todos los laboratorios de Europa, y, lo vuelvo á decir, á eso se reduce todo; no se pasa de

ahí! Quedan todos admirados, encantados ante aquella agujita que con tanta fidelidad evoluciona y girando sobre su apoyo corre á ponerse en cruz.

Pues bien, he ahí el sencillo experimento que sirve de punto de partida á Ampère. Y desde luego, sin ninguna teoría, sin ningún análisis, por una como adivinación de su genio, saca de ella, como de paso y con soberana indiferencia, ¿qué pensáis, Señores? Ese incomparable y maravilloso instrumento de la civilización moderna, ese aparato mágico que ha suprimido el espacio y unido á la humanidad de un extremo á otro del mundo: el telégrafo.

Y Oersted y todos los demás seguían mirando su aguja en cruz!...

«Si se pusieran en movimiento tantas agujas imanadas como letras del alfabeto por medio de conductores que se hiciera comunicar sucesivamente con la pila... podrían dar lugar á una correspondencia telegráfica que franquearía todas las distancias y sería más pronta que la escritura ó la palabra para transmitir los pensamientos».

No se han tomado tantas agujas como letras, sino una sola aguja que da, por convención, tantas señales como letras.

La idea, sin embargo, y el plan de Ampère

es lo que sirve de base al primer telégrafo de Wheatstone, y á ella también es á lo que hemos vuelto en nuestros telégrafos trasatlánticos.

Mas Ampère no se detiene aquí. Dobra su hilo de cobre en forma de hélice, le presenta á la aguja... y la hélice obra sobre ella como obraría una barra imanada: ya la atrae, ya la repele. Y en seguida aquel gran genio se lanza: concibe una nueva teoría de los imanes, asimila de una mirada el magnetismo y la electricidad en movimiento, y concibe la existencia de grandes corrientes telúricas que determinan la orientación de las brújulas de nuestros navíos. Arago escucha, le contempla, le admira, y entre los dos combinan el electro imán; ese quicio central, esa rueda maestra, ese tronco fundamental de todos los aparatos de transmisión, de producción y de utilización eléctricas imaginadas desde entonces.

Observa que esos hilos, siempre esos mismos hilos, unas veces se repelen y otras se atraen, y después se animan de rotaciones rápidas; les sigue, calcula y marca sus leyes; sigue adelante, siempre adelante, derecho, sin una vacilación, sin un paso en falso, siguiendo la admitable luz de su análisis, y por fin, en 1826 entrega al mundo aquella gran obra: *Teoría de los fenómenos electro-dinámicos deducida de la experien-*

cia. Conjunto de magníficos descubrimientos, irradiando en derredor de una unidad perfecta, todos demostrados, todos acabados, sin ninguna laguna entre sí. Ampère todo lo había visto, todo lo había comprendido, todo lo había depurado.

Yo me pregunto si hay en la historia de las ciencias otro ejemplo de un poder intelectual semejante. No hay, en el desenvolvimiento maravilloso que han adquirido en nuestros días las ciencias eléctricas, no hay, repito, un descubrimiento nuevo, ni una máquina, ni un instrumento, ni una teoría, ni un principio, ni una ley que no se halle en germen en el descubrimiento magistral de Ampère, y no se encuentre allí marcado en su sitio y en su rango.

El libro tuvo contradictores. Cuando un hombre se hace gran lugar en el mundo de las ideas, es necesario, de toda necesidad, que desaloje de aquel puesto á los que antes le ocupaban. Éstos naturalmente rechinan. Únicamente los talentos vulgares hallan oportunamente un lugarcito á su medida que nadie piensa en disputarles.

Por otra parte, Arago, Biot, Duhamel, Wollaston, Herschell, Laplace aplaudían. Bien se podía, pues, no hacer caso de los demás. Cuantos genios ilustres contaba entonces la ciencia

en Europa acudían á Ampère, á su casita de la calle de las Fossés Saint Victor; allí tenía dos habitaciones, una en el entresuelo donde trabajaba, y la otra en el piso donde dormía y donde la construcción de sus instrumentos absorbía toda su pensión y le hacía contraer una deuda de cuatro mil francos.

Se apretaba la gente en aquella pobre cámara por ver á Ampère, por oírle, por escuchar de su boca salir sus razonamientos y sus cálculos, por seguir bajo sus dedos aquellas corrientes que él había conseguido hacer móviles, sobre puntas de acero bañadas de mercurio y que misteriosamente se agitaban y marchaban.

Confusamente sobre la mesa se veían cuartillas de matemáticas, notas esparcidas, pensamientos tomados al vuelo, y si algún indiscreto hubiera hojeado aquellos tesoros, hubiera podido dar con una hoja amarillenta en la que se encontraba lo que voy á leeros:

«El espíritu que nos aleja de Dios, el espíritu que nos aleja del verdadero bien, no es más que un espíritu de ilusión y de extravío.

»Es preciso hacerse humilde, sencillo y estar enteramente desprendido de los hombres; es preciso ser pacífico, recogido y de ningún modo disputador con Dios.

»La figura de este mundo pasa. Si tú te ali-

mentas de sus vanidades, pasarás como ella. Mas la verdad de Dios permanece eternamente; si tú te alimentas de ella, como ella serás incontestable.

»Trabaja con espíritu de oración. Estudia las cosas de este mundo; es el deber de tu estado, pero no las mires más que con un ojo, que el otro esté constantemente fijo en la luz eterna.

»Escucha á los sabios, pero no los escuches más que con un oído, que el otro esté siempre abierto á la inspiración celestial.

»No escribas más que con una mano. Con la otra sostente agarrado al vestido de Dios, como un niño permanece agarrado al vestido de su padre.

»Que mi alma permanezca de esta suerte unida á Dios y á Jesucristo. ¡Benedicidme, Dios mío!—AMPÈRE».

¿Habéis visto, Señores, en un cielo despejado y sereno á alguna de nuestras grandes aves cernerse, rasando las nubes? La gracia y suavidad de sus movimientos, el balanceo fácil y ondulado de sus alas, todo en ella indica un poder y fuerza de vuelo, cuyo despliegue y sostenimiento tranquilo y reposado nos pasma de admiración.

Pero que la tempestad sople furiosa, que las nubes se precipiten en imponentes torbellinos, que se alborote y muja el mismo mar. Ved ahora al águila durante la tempestad; ved su ala impetuosa pasando á través de las trombas del cielo; nada la detiene en su curso, va majestuosa y altanera, subiendo siempre más arriba, por encima de los truenos y los rayos. ¡Cómo se agranda entonces el espectáculo! ¡cuán bello es en su fuerza victoriosa!... Entonces es más que admiración lo que nos sobrecoje; es la sensación de lo sublime lo que embarga nuestras almas.

Así me parece ver volar el genio de Ampère.

No imaginéis, Señores, que el cielo en que se cernían sus pensamientos estuviese despejado y sereno, que su casita estuviese tranquila y silenciosa, y que él gozara de ese reposo y de esa paz tan necesarias al espíritu en su trabajo de descubrimientos.

¡No! ¡No!... Yo no conozco vida más acibarada por el dolor y por la prueba. El espíritu de Ampère tuvo que franquear la crisis de todas las dudas. Su corazón tuvo que beber todas las amarguras.

No vacilo por lo demás en decirlo: el enorme desarrollo de su inteligencia carecía del contrapeso práctico. Era un hombre nacido para vivir con ideas y teorías, y no con los demás hom-

bres. En Alemania hubiera sido de los especulativos puros.

Os he mostrado cómo su admirable esposa le había convertido á las prácticas religiosas de su infancia. Ciertamente, Ampère no había entonces renegado de su fe, pero la había dejado en el olvido; no la había hecho traición, pero la había descuidado. Apenas llegado á París, trabó amistad con Cabanis, filósofo materialista completo. Y he aquí que Ampère se lanza en seguida por aquel camino: hubo un momento en que pudo creerse que iba á desertar de las ciencias exactas, para alistarse en la bandera de la filosofía. Su fe se quebranta de nuevo en aquella nueva atmósfera. «Andad con cuidado, le escribe uno de sus amigos, estáis en la pendiente del precipicio; por poco que se os vaya la cabeza, no sé lo que os sucederá». Pero el gran entendimiento de Ampère y el sincero amor que profesaba á la verdad le salvaron. Ozanam le hallará en la iglesia rezando su rosario, y... cosa extraña y que nos muestra cuán frágil es el vaso en que llevamos esta fe divina, el amigo, cuyo grito de alarma acabo de citaros, ese amigo la pierde, y después de haberla perdido, Ampère á su vez es quien se la devolverá.

Pero ¡cuántos tormentos durante aquel período de duda! «Estoy como el grano entre las

pedras de molino, escribe; nada puede expresar el desgarramiento que sufro; ya no tengo fuerza para soportar la vida!»

¿Y su corazón?... ¡Ah, Señores! Ampère tenía treinta y tres años cuando fué nombrado para la Escuela Politécnica, y ya había empezado á esparcirse la fama acerca de sus trabajos. Podía, pues, preverse que le esperaba un buen porvenir. Una madre previsora, en busca de marido para su hija, le juzgó buena presa. Le tendieron sus lazos, y Ampère, bueno, sencillo y crédulo, cayó en ellos de lleno. Se volvió á casar... Pero ¡qué bien vengada quedó Julia! Desde los primeros meses estalló la guerra. Bien pronto á su mujer se junta contra él su suegra. El pobre Ampère huye, y va á llorar en casa de un amigo que trata de consolarle, pero en vano. Antes de que transcurriera un año, la posición se hace absolutamente insostenible. Ampère se aparta definitivamente de aquella miserable criatura, que dos semanas después hace que le anuncie un conserje el nacimiento de su hija. Intervino la ley, pronunció la separación, y Ampère se fué con su Juan Jacobo y su Albinita, ¿á dónde, Señores? ¡Ah! ¿donde se encuentra todavía amor cuando nos hacen traición todos los demás amores? ¡Á casa de su anciana madre! Tuvo más suerte aún... su madre comprendió cuánta nece-

sidad tenía su hijo de ella, y aunque agobiada por la edad, dejó á Polémieux y fué á fijar su residencia con Josefina en París para vivir junto á su Andrés!

No hemos llegado al término, Señores; os he dicho que su corazón tuvo que beber todas las amarguras. Juan Jacobo ha llegado ya á ser un joven distinguido; parece que ha heredado todo el talento de su padre; ¡tan grande es el desarrollo de su inteligencia! Lleva el primer premio de filosofía en el concurso general de los Liceos de Francia. Dudando un momento acerca de la carrera que debía seguir, no tarda en consagrarse á las letras, y en ellas recoge laureles llenos de esperanza. De repente se detiene, y se atasca... ¿Qué ha sucedido?

Juan Jacobo ha sido admitido en los salones de la señora Recamier, y esta mujer de cuarenta y tres años, fastidiada tal vez de la turba de sus adoradores ya de edad, se dió á jugar con aquel pobre corazón juvenil. Un día, un Laval-Montmorency llegó á decir de esta mujer: «No nos moríamos por ella, pero á todos nos tenía encantados». Prefiero la expresión de Alberto Stepfer: «Siento aborrecimiento á esa mujer, á quien tanto se ha amado».

Ampère no tardó en ver que su hijo había caído en el cepo; le reconvino, le reprendió, le suplicó, pero no consiguió nada. Quiso casarle, Jacobo se prestó á ello, y dió á la hija de Cuvier testimonios de afecto bastantes para que la pobre niña se le aficionara con toda su alma. Pero la señora de Recamier no dejó que se le arrebatara su presa; sujetó al infeliz bajo el yugo con nuevos cordeles y con yo no sé qué promesas de matrimonio contando con la vejez de su marido. Cuando cinco años después Juan Jacobo la puso en el caso de cumplir su palabra, cansada tal vez ya entonces se desentendió de sus compromisos y le soltó.

Mientras tanto, la señorita Cuvier, abandonada, había muerto de pena.

Juan Jacobo partió, y en largos viajes trató de olvidar á la pérfida y recobrar su juventud perdida... Allá, lejos, en las grandes ciudades, cuando se presentaba: «¿Sois pariente del famoso Ampère?» le preguntaban.— Soy su hijo, respondía él, y todos se inclinaban más profundamente por razón de tal padre.

Ampère había sufrido muchísimo durante el largo y triste cautiverio de su hijo. Pero debía sufrir todavía más con su hija.

Ozanam, que vivió, como sabéis, familiarmente con ellos, después de haber expresado su

admiración por la prodigiosa variedad de conocimientos de que Ampère daba muestras en sus conversaciones diarias, añade: «Su hija Albina habla muy bien y toma parte en todo lo que se dice; el Sr. Ampère le tiene mucho cariño».

Era este el único afecto en que reposaba su corazón. Ampère casó á su querida hija con un personaje cuyo farsante fingimiento engañó á la vez al padre y á la hija. Le creyeron honrado y bueno; y resultó un jugador, libertino y alcohólico. Se volvió loco, y en los accesos del *delirium tremens* corrió peligro la misma vida de la pobre Albina. Le encerraron en una casa de alienados, y Albina volvió á casa de su padre; pero la infeliz no pudo ya dominar su tristeza, se consumió lentamente, y á los treinta y cuatro años murió consumida de pesadumbre.

¿Cómo, Señores, en medio de esos infortunios, en medio de todas las torturas de su corazón, cómo ha podido el genio de Ampère elevarse á esas alturas en que le hemos visto cernerse?

Por una excepcional potencia de su espíritu para fijarse, para clavarse en un pensamiento, y para reconcentrarse en sí mismo, dejando pasar todo el resto del mundo como si todo el resto del mundo no existiera.

Y por esa otra potencia del alma, Señores, venida de lo alto, y que se llama la Fe, la Esperanza y la Caridad divina. Ampère creía en ese Dios que ha sufrido hasta morir por nosotros, y se juzgaba dichoso en ser crucificado por Él. Ampère esperaba, y el pensamiento de la gloria que le aguardaba en el cielo le hacía tener en poco las tristezas y los dolores de la vida. Ampère amaba, y el amor hace gustar dulzuras en medio de las amarguras más acerbadas, y mantiene la calma en medio de las tempestades más borrascosas del corazón y la serenidad en las frentes más torturadas por el sufrimiento.

Esa fuerza de abstracción que desprende al alma de las cosas y se las hace olvidar, por ventajosa que en sí sea, no deja de tener sus inconvenientes.

Las distracciones del gran Ampère han llegado á ser legendarias, y por pueril que esto sea, es preciso que diga yo algo acerca de ella, para no falsear el retrato que de él os he hecho hasta aquí.

En el Colegio de Francia, cuando el inmenso tablero negro en que hacía sus cifras estaba cubierto de ellas, borraba con una rodilla sus fórmulas, y luego, por lo regular, creyendo que se

trataba de su moquero, la metía en el bolsillo. Algunos minutos después la volvía á sacar para limpiarse, y quedaba jalbegado como un payaso.

Un día, en pleno bulevar de París, le preocupa un problema, y va resolviéndole en su mente... Advierte en su camino cierta cosa negra, se detiene, saca de su bolsillo un pedazo de tiza y se pone á escribir cifras... sobre el respaldo de un coche.

Estando á la mesa, en casa de una de las más nobles familias de Francia, algunos miembros del Instituto, invitados con él, tuvieron la ocurrencia de lanzarle, desde que se empezó á servir la sopa, en una cuestión de metafísica... Ampère se echa á discurrir; se deja llevar más y más de su idea... De repente se detiene, rechaza vivamente su plato, y creyéndose en su casa exclama: «Tres semanas hace ya que vengo diciendo á mi hermana que despida á esa cocinera: su sopa es detestable».

Invitado á no sé qué velada del aristocrático arrabal de Saint-Germain, se imaginó que tenía que presentarse en traje oficial; se puso, pues, el uniforme con palmas de oro, propio de los miembros del Instituto, ciñéndose su espadín correspondiente. Llegado allá, ve á todos los convidados en traje negro; sumamente contrariado y un poco aturdido, se resuelve á ocultar

al menos su espadín, y en un salón inmediato le desliza bajo el almohadón de un diván. Á la salida, se escabulle, deja que desaparezca todo el mundo, y luego, de puntillas penetra en el salón para recoger su espadín... La dueña de la casa, cansada sin duda, se había acostado encima y dormía. ¿Qué hacer? Primero esperó y observó, luego con suavidad cogió la empuñadura y tiró de ella lentamente. ¡Ay! la vaina se quedó allí debajo. Intenta recogerla. La señora despierta sobresaltada, y viendo ante sí á un hombre alto y negro, con la espada desenvainada, lanzó un horrible grito de espanto... Acude la gente... Ya podéis adivinar lo demás y la situación del pobre Ampère.

No se presta más que á los ricos. Ampère era rico en aventuras de este género, y se le ha prestado y colgado mucho.

Os he referido la vida de Ampère. No os he dicho, Señores, más que una pequeñísima parte de sus trabajos. Los últimos tiempos de su vida fueron ocupados en una obra inmensa: un ensayo de clasificación general de las ciencias.

No me detendré á analizarle; he propasado ya la medida ordinaria de nuestras conferencias.

En Mayo de 1836, girando su visita de Inspector general de la Universidad, llegó á Lyón. Sus amigos de la «Sociedad cristiana» acudieron presurosos á recibirle. No reconocieron á su Ampère; una tos profunda y persistente le había minado; sus espaldas encorvadas se doblegaban bajo el peso de su cabeza; comprendieron que todo estaba perdido. Ampère lo sabía... y me atreveré á decir, Señores, lo esperaba; la vida, tal como él la había pasado, había infundido insuperables desalientos en su alma.

Fué, con uno de sus antiguos camaradas, pausadamente á ver de nuevo uno por uno todos los sitios de sus antiguos recuerdos... Polémieux con la casita blanca... Saint-Germain y el cerezo de Julia, los árboles que reverdecían, los prados con sus renacientes flores... Ante aquel hermoso cielo de la juventud y de la infancia, él, que no podía ya renacer ni reverdecer, sostuvo una conversación suprema. Habló de Dios, de Jesucristo, de las ciencias y de su porvenir, del papel de los grandes hombres en la sociedad, de los sufrimientos, de todas esas elevadas cuestiones que son de las que se cuidan las grandes almas... luego como volviera otra vez á Dios y se elevara á consideraciones que le inflamaban de entusiasmo, su amigo, adivinando por su voz y la respiración de su pecho cuánto le devoraba el

fuego de sus pensamientos, le rogó que se reposara, alegándole el cuidado de su salud.

«¡Mi salud, mi salud!... exclamó Ampère, de mi salud se trata precisamente. Á esta hora, entre nosotros, no debe tratarse de otra cuestión que de las verdades eternas».

Fué á Marsella. Allí se le declaró una pneumonía ardiente. Acudió el capellán del Liceo. Ampère le dió gracias añadiendo: «He tomado la delantera, señor capellán, me he confesado en París». Lo hacía cada semana. Recibió el Viático y la Extremaunción. Como se acercara la muerte, uno de sus amigos le leyó algunos pasajes de la *Imitación de Cristo*: «No os canséis, le dijo Ampère; sé de memoria ese hermoso libro».

El 10 de Junio de 1836, á las cinco de la mañana, murió Ampère. ¡Dichoso al fin!... *Tamdem felix!*

He acabado, Señores; no me resta más que una palabra que deciros.

Ampère, el grande, el inmortal Ampère creía y oraba. Bajo aquella frente donde bullían inmensos pensamientos, la ciencia y la fe se daban la mano.

Cuando cualquiera de nuestros sabios de hoy

día venga á deciros que la ciencia y la fe son incompatibles, cuando en nombre de los modernos descubrimientos pretenda excusarse de creer y orar, preguntadle qué es lo que ha hecho él por la ciencia. El supremo esfuerzo de ese incrédulo tan engreído, si ha llegado sin embargo á conseguir alguna cosa, habrá sido tal vez el cambiar de sitio una escobilla ó un aislador en la máquina de Gramme ó de Siemens!...

Y ahora permitidme que á mi vez os proponga un problema.

Un día, doce ignorantes, doce paisanos juicios, congregados como al azar en aldeas desconocidas de la Galilea, se conciertan acerca de una doctrina. Tratan del hombre, de Dios, de la tierra y del cielo, del cuerpo y del alma, de los derechos y de los deberes, del pasado y del porvenir; tocan todas las cuestiones eternas, y hacen acerca de ellas un símbolo neto, preciso, decisivo, donde no queda ningún lugar en vago y menos aún en duda. Después de lo cual toman su báculo de viaje y van á predicar á todo el mundo.

Hacia el fin del siglo XVI nace lo que se ha convenido en llamar «la ciencia». ¡Oh! no en el cerebro de un paisano, sino en una inteligencia fina y superior; después la han cultivado todos los mejores talentos, lo más selecto de la huma-

mitad se ha puesto á su servicio; se le prodigan los tesoros intelectuales del universo entero. Contad, si podéis, los colegios, las universidades, los observatorios, los institutos, las academias, los laboratorios de estudios esparcidos en el mundo; contad el ejército de hombres que en esos templos adoran á la diosa, y pasan su vida en escuchar las lecciones que caen de sus labios... Contad... Pues bien, he aquí que ese ejército se conmueve... Os vienen á la memoria aquellos antiguos ejércitos de la Edad Media, en que toda la caballería de Europa forrada de hierro, dando al viento sus banderas, partía al galope de sus corceles á rechazar al turco y al infiel.. La tierra temblaba, el cielo se llenaba del brillo de las corazas y de las espadas, los retumbantes cuernos esparcían á lo lejos cánticos guerreros, y á los sonidos del cobre se juntaban y mezclaban las voces de los combatientes lanzando á los ecos su grito de guerra.

Pues bien, Señores, eso mismo sucede ahora; solo que ya no es la vieja caballería de Europa, es la caballería literata y científica de todo el universo la que pasa.

—¿Y á dónde va?

Se precipita, innumerable, inmensa, sobre los doce paisanos judíos, sobre los doce ignorantes de hace poco.

Y esto dura desde hace trescientos años.

¿Y qué es lo que yo veo?

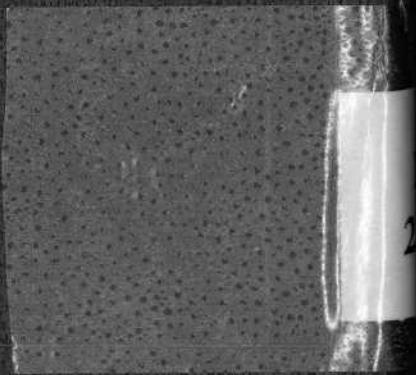
Los doce ignorantes siempre fieles, en pie,
sosteniendo en la mano su símbolo.

He ahí mi problema.

Su solución es sencilla, Señores; pero no tiene
más que una:

Esos ignorantes han tenido un Maestro, que
se llama Dios!...

A. M. D. G.



2



D-2

23613